

San Manuel González, Obispo

LO QUE PUEDE UN CURA HOY

CAPÍTULO I

DE ALGUNAS COSAS QUE HAY QUE SABER PARA LEER CON FRUTO ESTE LIBRO

A lo que vengo

1610. A destruir pesimismos que para nada sirven y para todo estorban. A decir a mis hermanos los curas lo que yo me digo a mí mismo en mis ratos de desaliento y de tedio para no llegar al aburrimiento y al pesimismo habitual. A recordar cosas que, de puro sabidas, quizá se haya olvidado y porque se han olvidado sobrevienen muy malos ratos.

A quiénes vengo

1611. Vengo a mis hermanos los sacerdotes y especialmente a los curas, y de éstos, principalmente, a los más aburridos y desalentados.

Vengo a echar un rato de conversación con aquellos curas que por lo infructuoso de sus trabajos, por la pertinaz dureza, ingratitud e inconstancia de sus feligreses, están muy próximos a encogerse de hombros y a levantar la mano del arado, diciendo con una expresión de triste convencimiento: *¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco?*

A ese hermano mío, harto ya de predicar sin que nadie le oiga, de hacer bien sin que nadie le agradezca, de sembrar sin recoger nada, viene este librillo a decirle: "Espera, hermano mío, espera, antes de sacar tu arado del surco que venías abriendo, y léeme".

1612. No temas cansarte con su lectura: no va a hablarte un lenguaje de profundidades científicas, ni de reflexiones filosóficas, de que su autor está ayuno. Te hablará el lenguaje de la fraternidad y de la experiencia, no de muchos años, sino de muchas dificultades y muchos apuros. Va a hablarte, en una palabra, un corazón abierto de par en par y que, por haber pasado por las mismas penas que tú y por saber lo tristes que son esas horas de abatimiento, quiere contar a sus hermanos lo que a él le consuela y le da fuerzas para echar con nuevos bríos la mano al arado.

¡Quiera el Sagrado Corazón de Jesús, bajo cuya mirada se han escrito estas cuartillas, que ellas lleven a esos pobres corazones que se consumen en las tristezas del desaliento y de la casi convicción de la propia inutilidad, un poquito de aliento que les haga sonreír y esperar!

¡Quiera ese Corazón tan bueno, que a la lectura de estas líneas siga un resurgir de las alegrías de los primeros días de la ordenación sacerdotal y que a aquella expresión de ¡a qué trabajar más!, suceda esta otra: ¡trabajaré hasta la muerte, aunque no consiga nada!

¿Y por qué soy yo y no otro más alto y autorizado el que se mete en tan delicada empresa?

Y tan respetable ha sido para mí esa pregunta que me ha tenido mucho tiempo sin llevar a la obra la idea, hace tiempo concebida, de escribir este libro.

Pero me han decidido a saltar por encima de ese fundado reparo las siguientes razones:

1613. 1ª Mi afición probada por la Acción Social Católica junto con la convicción que tengo de que la *mejor de todas las obras sociales* es un *buen cura.* De donde me deduzco que trabajar porque los buenos curas no se desanimen, es una interesantísima obra de Acción Social Católica.

2ª Mi condición de cura de una parroquia numerosa, formada en su mayoría de obreros de minas y de extranjeros, con sus correspondientes círculos republicanos, escuelas laicas, entierros y casamientos civiles, niños sin bautizar, etc., etc.; ésta mi condición me hace, por lo menos, testigo de mayor excepción y da a mis palabras la autoridad del que dice lo que ve, oye, siente y padece.

3ª Y es quizá la que me ha dado el último empujón. A saber: lo bien que ha tocado en la llaga mi conferencia en la III Semana Social de Sevilla sobre **«La Acción Social del párroco».**

Ha sido realmente consolador [1] y me ha pagado con creces el mal rato que pasé al pronunciarla ante un auditorio tan respetable como numeroso, el desfile, por cartas, de desconocidos y distantes hermanos, comunicándome reconocidos el consuelo que habían recibido de aquellas pobres leccioncillas de Acción Social parroquial, *comenzada y terminada en el Sagrario,* y pidiéndome que no dejara enmohecer la pluma, sino que la metiera otra vez y muchas veces más en el tintero para continuar materia tan interesante como provechosa.

1614. Pues bien, unido todo esto a los deseos del Papa y de los obispos que en multitud de actos, y especialmente el primero en reciente documento al Eminentísimo cardenal Primado, claman por la restauración de la vida parroquial, y tienden a hacer de la parroquia el centro y la seguridad de la Acción Social, unido todo esto, repito, y después de ofrecer mi pluma y mi proyecto al Sagrado Corazón de Jesús, Padre, Señor, Guía y Amo de todas mis empresas, me he sentido con arrestos

[1] Son muchas las ediciones que se han hecho de esta conferencia. Al final de este libro, se publica íntegra.

para contestar la pregunta del principio, si no con la autoridad del maestro que enseña, con la ingenuidad y buena voluntad del que cuenta lo que sabe y cree que puede ser útil.

Y ¡qué!, ¿no sería útil y utilísimo atacar con todas las armas ese gravísimo peligro de nuestro ministerio, que se llama el *pesimismo?* ¿No será una buena obra de misericordia acercarse a aquel pobre cura que se muere de pena en la soledad de su iglesia y decirle que, aunque esté tan solo y él crea que no sirve para nada, no está todo perdido, que no hay motivo para desalentarse y, sobre todo, que aun puede hacer mucho?

Yo no creo que haya idea que más entristezca a un hombre que ésta: ¡Soy inútil! Como también creo que la que más amable hace la vida con todas sus amarguras y trabajos es ésta: ¡Sirvo para algo!

Pues, si no me equivoco, la inacción que se lamenta en alguna parte de nuestros hermanos procede del convencimiento que a fuerza de reveses y desengaños se han formado de la inutilidad de sus esfuerzos...

Las circunstancias

1615. Es verdad que no pueden ser peores.

Al clero hoy se le exige mucha ciencia, no sólo sagrada sino profana; muchos dispendios, muchos sacrificios y mucha actividad.

En cambio, hoy a los fieles se les puede pedir muy poco, y ese poco, aunque se les pida, de ordinario no lo dan.

¡Vaya si eso es triste!

El cura que, como fruto de una vida de sacrificios y amarguras recoge una iglesia casi siempre vacía, un cinco por ciento, si acaso, de fieles que cumplan con el precepto pascual y dominical; la mayor parte de los enfermos que mueren impenitentes o, a lo más, con el *santo óleo* condicional; los hombres mismos por él favorecidos con colocaciones, favores o limosnas, que vuelven la cara por no saludarlo; los mismos que frecuentan el templo, aburridos a lo mejor, y por contera y remate de todo esto, sus obras, las más buenas, las hechas con mejor intención, mal interpretadas o calumniadas. El cura, repito, que ve todo esto, verdaderamente necesita todo el heroísmo de un mártir para amanecer cada día con la cara sonriente, el corazón esperanzado y el espíritu suficientemente tranquilo para seguir abriendo su surco, sin desmayar y sin caer.

Y no exagero si digo que ése es el estado de muchas parroquias y que con esas tintas, y más negras, si cabe, hay que pintar el cuadro que presentan.

Cómo están nuestras parroquias

1616. No nos empeñemos en engañarnos. Es verdad que hay parroquias, muchas por la misericordia de Dios, en las que se cumplen con una feliz exactitud los deseos del Buen Maestro: *"Un solo redil y un solo Pastor"*. ¡Benditos de Dios sean y dichosos los curas a quienes Él regala tanto! Pero también son muchas las parroquias, verdaderas repeticiones del Calvario; que allí no faltan ni sayones que crucifiquen, ni fariseos hipócritas que seduzcan y azucen al pueblo, ni discípulos cobardes que huyan, ni malos ladrones que roben dinero y fama, ni víctima que responda con sonrisa y con perdones a los que crucifican, seducen, abandonan y roban...

1617. *¡Las parroquias-calvarios!*

Ésta es la frase y no hay que asustarse de ella. Y aunque me llaméis cruel, yo añadiré que a ese calvario levantado por los malos cristianos en nuestras parroquias hay que añadirle que es un calvario, no de tres horas, sino de muchas horas y de muchos años. Que es un calvario en que no se muere para resucitar al tercer día, sino que se vive para padecer más. Que es un calvario en el que se siente, a veces, junto con el abandono de Dios, el abandono de los más amigos. Un calvario en el

que nadie llora, ni compadece. Un calvario, en fin, y esto quizá es lo que lo hace más angustioso, desde el que se divisa el falso tabor del mundo adornado con sus placeres y riquezas tan atrayente y sugestivo, y sobre él al ángel malo que repite: *Todo esto te daré, si me adoras...*[2] ¡Dios mío, Dios mío, qué duras son a veces las pruebas a que sometes a tus amigos!

¡Héroes!

1618. Eso, eso han de ser los curas de tales parroquias, y si no lo son, primero el desaliento que acobarda; después, el tedio que retrae; y, por último, el pesimismo, que todo lo inutiliza, se apoderarán de sus corazones y cerrarán sus válvulas paralizando el riego de la sangre y, como consecuencia, la inactividad, la inercia para todo lo bueno, y ¡permita el Señor que tras la inercia, no venga la muerte moral con todas sus podredumbres...!

Y pregunto: Supuesto que ese pobre cura ha de vivir en calvario perpetuo, ¿no lo queda otra ocupación que dejarse crucificar y esperar resignado la muerte? ¿No tiene ninguna utilidad su sacrificio? ¿No servirá para nada ese cura-víctima? ¿Ha de consumirse su vida como la de la luz de la lámpara solitaria que arde ante el Sagrario? ¿No tiene otro destino en la tierra más que consumirse como el grano de incienso en el incensario?

1619. Y respondo con todas las páginas de este librillo diciendo: No, ese sacerdote tiene que hacer mucho más que eso. Su sacrificio es el más fecundo de todos después del de la Cruz. Su destino no es ser *luz* de lámpara solitaria, sino *luz* colocada en lo alto del monte para iluminar a todo hombre que viene a este mundo. Y *sal* que condimente a las almas y las preserve de la corrupción. Llorará, es cierto, pero su llanto se convertirá en gozo suyo y de muchas gentes. Hablará, y al parecer no será oído. Y trabajará sin fruto visible, pero su palabra y su trabajo siempre, ¡oídlo bien!, siempre producirán su fruto.

¿Cómo lograré llevar esta convicción al ánimo de mis hermanos?

Éste me ha parecido el mejor modo: Presentarles dos cuadros calcados en la vida real y no en idealismos o ensueños. En uno pondré **«lo que el cura no puede»**, y en el segundo **«lo que puede»**. El primero servirá para prevenir desengaños, que siempre se traducen en desalientos. El segundo para ensanchar el pecho con una sólida y alentadora esperanza.

Sabiendo el cura que no lo puede todo, no se desalentará si no consigue todo lo que desea. Y convenciéndose de que puede más de lo que de ordinario cree, conservará o recobrará el valor y con él la alegría que siempre produce el trabajo que se sabe que sirve para algo.

Mi hipótesis

1620. La en que se coloca este libro es ésta: Una parroquia como la que acabo de describir con más o menos negruras, y un cura de buena voluntad con deseo sincero de salvar las almas de sus feligreses y de cumplir su obligación, y casi desanimado por el escaso fruto de su trabajo y el aumento siempre creciente del mal. Este librillo, pues, no reza, por lo menos de un modo principal, ni con los curas desgraciadamente extraviados, para quienes las almas no inspiran interés alguno, ni para los curas santos, santos que, a fuerza de milagros y de heroísmos de caridad y penitencia, hacen de sus parroquias lo que quieren y por eso están fuera de toda regla.

Los Judas y los curas de Ars están fuera de los límites de este libro.

CAPÍTULO II

[2] Mt 12,9

LO QUE NO PUEDE EL CURA

1621. Como el objeto no es llenar cuartillas, sino decir mucho en poco sitio, reduciré a clases las imposibilidades que nunca superará el cura.

Se pueden reducir a cinco clases. O sea: Imposibilidades por parte de las almas, del pecado, de los feligreses, de los compañeros y de sí mismos.

Y vamos por partes.

El cura no podrá convertir todas las almas

1622. La conversión es obra exclusiva de la gracia de Dios. La palabra del sacerdote, su elocuencia, sus piadosas industrias, su celo, su talento, pueden ser instrumentos de que se valga Dios, pero nunca son instrumentos necesarios. Con ellos y sin ellos, Dios convierte a quien quiere y cuando quiere.

¿Por qué Dios convierte a unos y a otros no? ¿Por qué Dios convierte algunos que parecen más malos y no se convierten otros que parecen menos malos? ¿Por qué hay quien vive burlándose de Dios y de su santa Iglesia y se convierte a la última hora, y hay quien, viviendo bien, se condena por tener la desgracia de cometer un pecado mortal al fin de su vida? ¿Por qué se convierte un pecador que jamás viene a la iglesia ni trata con el sacerdote, y se endurecen en sus pecados otros que oyen sermones, frecuentan el templo y hasta reciben beneficios del sacerdote? ¿Por qué unos niños, teniendo padres y maestros cristianos, se pervierten, y otros, criados por malos padres y entre escándalos constantes, se conservan buenos? ¿Por qué jóvenes educados en el santo temor de Dios se hacen impíos, y otros, casi sin rezar, porque nadie se lo ha enseñado, son tan fervorosos? ¿Por qué almas muy pecadoras que se resisten a confesar a última hora a las instancias de un buen sacerdote o de un buen amigo, se entregan a discreción a la propuesta de un sacerdote tibio o malo o de un amigo libertino?

1623. Éstas y otras cuestiones que con no rara frecuencia se presentan prácticamente al sacerdote que tiene cura de almas, y que parece como que ponen en tela de juicio todo lo que en libros de moral y ascética hemos leído, ¿cómo resolverlas sino diciendo: ¿Quién es capaz de escudriñar la misteriosa y armónica acción del poder, de la justicia y de la misericordia de Dios sobre la libertad del hombre?

Consecuencia de esta doctrina: Que podemos y debemos trabajar con todo ahínco por convertir a las almas, porque *ésa es nuestra parte.* Pero no debemos inquietarnos si no se convierten, porque *ésa es la parte de Dios y de ellas.*

Los obcecados no se convertirán nunca

1624. Otro aspecto de la imposibilidad que presentaba en el párrafo anterior.

Es cierto que, sin que Dios niegue a nadie, por perverso que sea, mientras vive, las gracias suficientes para salvarse, hay un castigo impuesto por Él a la obstinada infidelidad a su gracia que consiste, en frase de nuestro Señor Jesucristo, en *tener ojos y no ver, y oídos y no oír*. Es decir, en la obcecación y endurecimiento del corazón para todo lo bueno.

Castigo, por cierto, que, a mi juicio, padecen muchísimos de los hombres de nuestro tiempo por su obstinada y soberbia ingratitud y mala voluntad para con la Iglesia.

Pues a los que padecen ese horrible castigo, bien podéis irles con buenas lecturas, buenos consejos, buenos ejemplos, advertencias cariñosas, sacrificios y oraciones de una hija o una hermana piadosa, lágrimas de una esposa cristiana, argumentos de razón y de autoridad; lo que de

ordinario conseguiréis es enconarlos más en su maldad. ¡Pobrecillos, parecen unos condenados en vida!

Claro que esto no quiere decir que se deje de trabajar y pedir y llorar por ellos, al fin y al cabo, no se ha acabado del todo para ellos la misericordia de Dios. Sino que al tropezar con tales desgraciados, no debe desmayar el celo.

La desaparición total del error, del pecado y de los escándalos, es imposible

1625. Un buen cura, un fervoroso, y, si queréis, un santo pastor, podrá, contando siempre con la gracia de Dios, disminuir el número de los pecados y de los escándalos. Logrará quizá borrarlos y hacerlos desaparecer para siempre de algunas almas. Podrá llegar a decir, como de algún santo párroco se cuenta: "Hoy no hay ningún pecado mortal en mi feligresía", pero hacer desaparecer del todo y para siempre los pecados y los desórdenes, eso no lo conseguirá.

Lo asegura la palabra de Jesucristo: *Necesario es que haya escándalos...* por las razones que señalan los exégetas y que no son de este lugar.

Lo comprueba la condición de nuestra pobre naturaleza inclinada por el pecado original a todo lo malo e inconstante para todo lo bueno.

Lo comprueba la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos, en los que, aun en los más cristianos y buenos, ha habido cosas malas.

Consecuencia: que no se desaliente el párroco si, a pesar de sus constantes esfuerzos y predicaciones contra las blasfemias, las herejías, la transgresión de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, hay en su parroquia blasfemos, incrédulos, amancebados, ladrones, usureros, calumniadores y demás familia...

Por otra parte, ¡cuántas ocasiones encontrará de alabar la amorosa providencia de Dios sobre su Iglesia, sacando bienes de las fechorías de los malos y escribiendo *derecho con renglones torcidos...!*

Imposibilidades de los feligreses

1626. Hablo de los buenos, de los de buena voluntad, de los que intencionadamente no se atrevían a dar un disgusto al cura. Pues bien, éstos también ofrecen sus imposibles.

Un cura, por bueno y santo que sea, debe tener muy sabido que no le será posible verse libre de estos huéspedes inoportunos y desalentadores.

La antipatía de algunos, que nace porque sí, como los hongos, irracional, si queréis, disimulada o descubierta, que, aun sin mala fe, todo lo ve defectuoso, contra todo choca, de todo murmura y que siempre siembra recelos y desconfianzas.

La inconstancia producida tal vez por la *novelería,* que tanto daño hace en la piedad, y como consecuencia de la inconstancia, el verse solo el cura en las obras de celo que emprendió contando con los demás; el sentir fallidos los cálculos que, contando con los mismos, echó; las vacilaciones al empezar obras nuevas o continuar las empezadas; las congojas de la soledad y las ganas que la pícara naturaleza no deja de meter, de pagar el desdén con el desdén...

Las rozaduras del amor propio, tan susceptible en ciertas personas ricas y devotas. ¡Y son tan delicados ciertos *cutis!* ¡Y son tan sensibles ciertos *amores propios!* Un desaire del todo involuntario, un capricho desatendido, una preferencia otorgada sin pensar, una visita no pagada, una palabra un poco seca, una nonada, en fin, ¡qué heridas, Dios mío, suele abrir, y qué hondas y qué enconadas! ¡Y qué caro se le hace pagar al pobre cura su *crimen!* Retirada o disminución de favores, de protecciones, de ayuda para el culto y ¡hasta para los pobres! Enfriamiento y hasta ruptura de relaciones, quejas, intrigas e *intriguillas*, suspicacias y ¡qué se yo qué chaparrón de cosas malas caen sobre el *atrevido delincuente!*

Pues bien, no lo olviden mis hermanos los curas. Por más equilibrios de caridad y celo que hagan, no les será posible apartar de sí *siempre* a alguno o algunos de estos enemiguillos domésticos.

Imposibilidades por parte de los compañeros

1627. El cura, de ordinario, no está solo. Tiene coadjutores o sacerdotes adscritos, de los cuales se sirve para el apacentamiento y gobierno de su grey.

La aspiración del párroco es ver unidos con él a todos sus sacerdotes. ¡Todos unidos pueden tanto! ¡Facilita tanto el trabajo y multiplica tanto su fruto la acertada distribución del mismo!

Pues también en la realización de ese plan tan conveniente y fecundo, encuentra el párroco sus imposibles.

Imposible que se vea siempre libre de *Judas Iscariotes.* Nuestro Señor no se vio libre de él. ¡Qué terrible azote para un pueblo!

Imposible que no tropiece con algún prudente *según la carne,* con devotos del *padre quieto* o del *padre torbellino,* o con alguno devorado con la *emulación que no sea por Dios* o del *oro de la fama.* Sudar sangre cuesta a veces vencer la resistencia pasiva que al celo y a la abnegación sacerdotal oponen estos elementos.

Las imposibilidades de sí mismo

1628. ¡También ésas tenemos! Y ¡vaya si es preciso contar con ellas!

Pueden calificarse en imposibilidades involuntarias *absolutas* y voluntarias *secundum quid.*

A las primeras pertenece la limitación natural de las fuerzas, de la salud, del dinero, del talento, de la energía, de la voluntad y hasta de las gracias sobrenaturales que el Señor a cada cual otorga.

Por esta razón no podrá el cura todo lo que quiere o su celo le inspira. Se sentirá muchas veces devorado por la comezón del celo, y su falta de fuerzas físicas, intelec- tuales o morales le dirá: no puede ser. Y ¡vaya si esto hace sufrir!

En las imposibilidades voluntarias *secundum quid* pueden incluirse el *propio carácter* y los *defectos habituales.*

Les llamo imposibilidades porque de hecho imposibilitan para ciertas cosas.

Es más difícil de lo que parece prescindir del propio carácter. Prescindir siempre me parece imposible.

1629. Y lo mismo digo de nuestros defectos.

Sabemos, porque lo enseña la sagrada teología, que, sin un privilegio especialísimo de la gracia, nadie puede verse exento de todos y cada uno de los pecados veniales, y la Sagrada Escritura dice que siete veces cae al día el justo.

Podemos, sí, y por eso las llamo imposibilidades voluntarias *secundum quid*, trabajar por modificar el carácter y disminuir el número de nuestras faltas y hasta quitarles su *habitualidad.* Pero sin olvidar nunca que para conocer lo que puede un hombre, hay que contar siempre con que tiene un carácter que a unos gustará y a otros no, y unas faltas que unas veces le harán no llegar y otras pasarse.

El cura, como hombre, está hecho del mismo barro de que se han hecho los hijos de Adán. Y una larga y triste experiencia demuestra que es un barro bastante frágil y quebradizo.

Conclusión de todo lo que llevo dicho en esta letanía de imposibilidades: que queda bien comprobada y traducida la primera parte de la sentencia evangélica: EN EL MUNDO TENDREIS PERSECUCIONES.

Presiones u obstáculos imposibles de evitar por parte de las almas, del pecado, de los feligreses, de los compañeros, de vosotros mismos, que, a pesar de su número y de su peso, no autorizan

vuestro desaliento. Antes, al contrario, deben estimular vuestra confianza en Aquél que supo y pudo vencerlas.

Confiad

1630. Confiad, sí, porque Él lo quiere. Confiad, porque su victoria es prenda de nuestra victoria. Confiad, porque si es mucho lo que no podéis, es mucho, muchísimo más, lo que podéis.

CAPÍTULO III

DOS COSAS QUE HAY QUE TENER EN CUENTA CUENTA PARA CONOCER LO QUE PUEDE UN CURA

Lo que puede un cura, según sus enemigos

1631. Yo no sé si será un atrevimiento lo que voy a decir o una verdad que merece pensarse detenidamente.

Nuestros enemigos tienen de nuestro poder una idea mucho mayor de la que nosotros tenemos.

Leed sus periódicos, oíd sus declaraciones, intervenid en sus conversaciones particulares y de todo eso sacaréis la convicción de que nuestros enemigos le niegan todo al clero: virtud, ciencia, honradez, todo, menos el poder. Pero no un poder de cualquiera clase, sino un poder tenebroso, con ramificaciones infinitas, con infinito número de ojos para verlo todo, y de manos para apoderarse de todo; con influencia en todas las esferas de la vida pública y privada, con un tesón que no se cansa nunca, con una habilidad que tarde o temprano consigue su objeto, con una suspicacia, unas mañas, unas complicaciones que los trae en constante miedo.

1632. El anticlericalismo no es ni más ni menos que una fórmula del miedo al poder clerical.

Y es contraste, por cierto muy digno de observación, ver de un lado a nuestros enemigos conspirando contra nosotros, temblando de miedo como azogados; y de otro, nosotros, faltos de fe en el poder que Jesucristo nos ha dado, temblar también de miedo ante nuestros enemigos.

Y ¡qué! ¿cuál de los dos miedos es el fundado? ¿Cuál de los dos lados *tiene derecho* a tener miedo?

Ellos, sí, ellos porque despojando esa concepción del poder clerical de esas tenebrosidades y malas artes que le cuelgan los enemigos, están éstos en lo cierto al creer que nuestro poder se extiende a todos los tiempos y a todas las esferas. Y que, perseguidos y calumniados y enviados como «corderos entre lobos», el mansísimo Cordero, Cristo-Jesús, Padre y defensor del clero, hará siempre brillar su poder en el mundo y en su Iglesia, haciendo que los *lobos sean vencidos por los corderos.*

Y ¡eso sí que es poder y sí que es triunfo!

Consecuencia: nuestros enemigos nos enseñan o nos estimulan a tener fe en el poder que Jesucristo nos ha dado.

El cura no está solo

1633. Era la otra idea que anuncié.

Es una idea que ensancha el alma y da valor.

¿Veis ese pobre cura arrinconado en su iglesia desierta, olvidado de sus feligreses y despreciado casi siempre?

Pues no creáis que está solo. En esa soledad aparente tiene buenísimos y poderosos amigos que le acompañen.

¿Queréis que os los presente?

Mirad, con ese cura arrinconado está:

1º Toda la Iglesia católica

1634. Y, por consiguiente, con él están la justicia, la verdad, el derecho, la moral, la virtud que esa Iglesia representa y de que es depositaria. En comunicación con él y de modo especial por medio de su Misa, están todas las personas buenas de la tierra, todas las almas puras, humildes, abnegadas, y por él y por sus obras piden y ofrecen sacrificios. En contacto con él y recibiendo beneficios de él, están todas las almas justas en el purgatorio. Viéndolo y oyéndolo y animándolo y preparándole su trono en premio a sus fatigas, están todos los santos del cielo, especialmente todos los santos sacerdotes que allí triunfan, como Pedro de Arbués, Juan de Ávila, el Cura de Ars. Interesándose por él están todos los ángeles de la gloria y particularmente el ángel de su guarda y los de sus feligreses. Sobre él des- ciende todos los días y a cada momento el fruto de las oraciones de la Iglesia de la tierra, del purgatorio y del cielo y se diría que hasta su corazón, aparentemente tan solo, llegan los latidos y el calor de todos los corazones buenos que ha habido y hay... ¡Bendita soledad del cura despreciado: qué bien compensada ha sido por Dios!

2º La Inmaculada

1635. He aquí otra buena compañía del cura solo.

Y aquí sí que quisiera tener yo aquella ternura y suavidad de lenguaje que tenía un san Bernardo cuando hablaba de Ella.

Yo quisiera, no demostrar, que eso no necesita ser demostrado cuando se habla con sacerdotes, sino meter muy adentro del corazón de mis hermanos, y hacer circular por sus almas, como la sangre circula por el cuerpo, la presencia afectuosa, la intervención eficaz, la convivencia, si vale decirlo así, de nuestra Madre Inmaculada en la vida y ministerios sacerdotales.

Aquella regaladísima frase de un santo: «La Madre de Dios es mi Madre», nadie la puede decir con más razón y propiedad, ni tendrá más motivos para saborearla, que el sacerdote.

1636. Una sola reflexión entre innumerables. ¡Pues qué! ¿no es la Virgen Inmaculada la escogida por Dios para el honrosísimo cargo de *cuidar a Jesús* a su paso por la tierra? Y, aunque su Jesús esté en el cielo, ¿no sigue también viviente entre nosotros y vivirá hasta la consumación de los siglos? Y ¿hemos de creer que los cuidados de la Virgen para con su Hijo se acabaron con su vida mortal? No, no, que hoy también Jesús en su vida de Sagrario y de almas, siente frío, el frío de tanta indiferencia, y quiere quitárselo con el calor de los abrazos y los besos de su Madre. Que hoy también apenas si encuentra posada en donde albergarse, y Él quiere que su Madre le busque albergue. Que hoy también hay Herodes que quieren matarlo en las almas y en la vida de los pueblos, y Él quiere ser defendido por su Madre y...

1637. Y ésta es la misión que une tanto al sacerdote con su Madre Inmaculada. Toda la misión del cura se encierra en esta palabra: *cuidar a Jesús* en el alma de sus fieles preparando su concepción, primero, por la enseñanza del catecismo, haciéndolo nacer por la acción de la gracia de que él es ministro, alimentándolo y consolándolo con el fomento de las virtudes y defendiéndolo contra los Herodes de todas clases con la continua vigilancia.

Cuidar a Jesús en las almas, he aquí la ocupación de Ella: cuidar a Jesús en las almas, he aquí la ocupación del cura.

Dios mío, dejadme desentrañar y saborear estas palabras, ¡la Virgen y yo cuidamos a Jesús...!

¡No, no, el cura nunca está solo!

3º El Corazón de Jesús

1638. ¡El Corazón de Jesús! ¡cura arrinconado, cura despreciado, cura hecho quizá el vilipendio de un pueblo ingrato y duro!

¡Hermano mío contristado con tantas decepciones y agra- vios, mira hacia allá, hacia aquella puertecita dorada; hacia el Sagrario! ¡Aplica el oído y, más que el oído, el corazón! ¿Oyes lo que dicen desde adentro?... *He aquí que yo estoy con vosotros...*

Sí, ahí está Él. Ya sabes quién es Él. Es Jesucristo, el Hijo de Dios y de María, vivo, real, como está en los cielos, con unos ojos que te miran y te sonríen; con una boca que, sin moverse, te habla; con unas manos que se levantan para bendecirte y se bajan para posarse sobre tu cabeza cansada; con unos brazos que se abren para abrazarte y, sobre todo, con un Corazón con espinas de olvidos, de ingratitudes, de sacrilegios... y llamas de amores... incansables, eternos...

1639. Pues *todo ese Jesucristo* con su grandeza de Dios y sus ojos y su boca y sus manos y su Corazón de hombre, con sus virtudes de Santo, con sus méritos de Redentor, con sus promesas de Padre, con su sangre de Víctima, ¡tuyo es! Así, sin hipérboles, ni exageraciones de lenguaje, ¡tuyo es!

Y eso quiere decir que cuando te sientas débil ante el empuje de tus enemigos, *tienes derecho* a contar con su omnipotencia. Que, cuando las ingratitudes de los hombres o los pecados tuyos te hagan llorar, *tienes derecho* a postrarte ante Él y abrazarte a sus rodillas y pedirle que, posando su mano bendita sobre tu cabeza, te perdone y los perdone a ellos.

Quiere decir que, cuando encuentres un corazón, frío y duro como el mármol, que no quiera convertirse, *tienes derecho* a tomar un poco de aquel fuego de su Corazón y derretir aquella piedra. Quiere decir que, cuando siembres y no recojas, cuando prediques y no te oigan, cuando bendigas y te maldigan, *tienes derecho* a pedirle milagros de paciencia, de humildad, de caridad, de celo... Quiere decir, en suma, que, cuando las amarguras te ahoguen y tu mano no pueda levantarse para bendecir a tanto ingrato, y en tus ojos se sequen las lágrimas y las fuerzas te falten, y no quede parte sana en tu cuerpo de tantos golpes, ni fibra viva en tu corazon de tanto sufrir, *tienes derecho* a pedirle que te lleve... que te trasplante al cielo para vivir con Él siempre, siempre...

Dime, hermano mío, quien quiera que seas y sufras lo que sufras, ¿te atreverás a decir que estás solo?

CAPÍTULO IV

LO QUE PUEDE EN GENERAL UN CURA

1º. Lo que puede la presencia del cura

1640. Sólo la presencia del cura, independiente de sus virtudes y talentos, de su simpatía y antipatía, ejerce un gran poder.

Para el mundo, la presencia del cura es una *protesta, un recuerdo y un remordimiento.*

Una protesta: en una sociedad, por corrompida y ahondada en el cieno que esté, evita la prescripción del vicio y de los errores, si alguna vez pudieran prescribir, y aun a los más alejados de él les dice: eso está mal.

Un recuerdo de sus deberes: no se puede ver a un cura, véasele con los ojos que se le vean, sin que se recuerde que hay Dios, que hay Credo, que hay mandamientos, que hay otra vida con castigos y premios. Prueba de ello son las discusiones que sólo el paso de un sacerdote levanta. El cura, aun sin darse cuenta, es una constante promulgación del catecismo, es el Evangelio andando por la calle.

Un remordimiento: y eso explica el encono y la rabia que a muchos provoca la presencia de un cura, sea conocido o desconocido.

1641. El cura puede llamarse *la conciencia visible* de la humanidad y la rabia que contra él se siente no es ni más ni menos que la misma que se siente contra el grito inoportuno y amenazador de la conciencia. Contra el cura se siente un odio que no se parece a los demás odios. Es un odio sin provocación por parte de la víctima, con un ensañamiento que no se usa con nadie, sin proceso racional que lo justifique y con una insistencia que no se tiene para otras cosas, y ¡caso notable!, a medida que el cura va teniendo menos cosas de cura, es menos odiado. Mientras menos viste de sacerdote y menos tiene de virtudes y hábitos sacerdotales, menos odiado. Lo que indica que en el cura no se odia al hombre malo o antipático, sino al cura, a lo que él representa y recuerda.

Y esa protesta, ese recuerdo y ese remordimiento que la sola presencia del cura levanta, quieren decir que éste, aun con sola su presencia, es *luz y sal. Luz* para todos, para los buenos, a quienes ilumina, y para los malos, a quienes porque no miran *con buenos ojos* ofusca, y *sal* que impide a los buenos pervertirse con los malos y a éstos que corrompan a aquéllos.

2º. Lo que puede la palabra del cura

1642. Grande es el poder que Dios ha concedido a la palabra del hombre y grandes cosas hace éste para el bien y para el mal, con ese rico don de la liberalidad divina.

Es la palabra del hombre como semilla por la cual trasplanta los pensamientos de su inteligencia y los afectos de su corazón, semilla que brota de los frutos del árbol de nuestra alma y va a sembrarse en otras almas a producir frutos semejantes a los nuestros.

Esa semilla es unas veces la ciencia que siembra el sabio en el entendimiento de sus discípulos y que produce sabios. Otras, el buen consejo del amigo, que produce acciones buenas. Aquí la idea disolvente y perturbadora del embaucador, que provoca odios y rebeldías. Allí la especie maligna, la suspicacia malévola del que hiere y mata corazones calumniados. Allí y aquí y siempre la palabra del hombre está dotada de la fecundidad de la semilla.

1643. La palabra humana parece que es el esfuerzo que hace sobre sí el hombre para vivir en los demás y sobrevivirse a sí mismo.

Sí, dejémoslo sentado para que nos sirva en nuestras reflexiones posteriores: la palabra humana es el instrumento de poder más eficaz del hombre, sea para lo bueno, sea para lo malo. Una palabra puede más que un ejército de combatientes. Éste podrá matar a unos cuantos hombres. Aquélla puede salvar o perder a una nación entera.

Y ¿la palabra del sacerdote no tiene algo más que la palabra del hombre?

Yo creo que sí, y cuenta que no me refiero sólo a la palabra del sacerdote cuando dice su Misa y administra sacramentos, que entonces su palabra excede infinitamente en poder a la palabra humana. Trato de la palabra del sacerdote *siempre que habla.*

Yo creo que la palabra del sacerdote es siempre una

Palabra ministerial

1644. Y voy a explicarme.

El sacerdote, por su ordenación sacerdotal, es un hombre *totalmente consagrado.* No han sido solamente las manos o la cabeza las que han sido consagradas en el sacerdote, es él todo entero con su alma y con su cuerpo y aquélla con todas sus potencias y éste con todos sus sentidos y miembros. ¿Para qué? Para el ministerio de Jesucristo.

El sacerdote, desde el punto y hora que lo es, no es más que esto: *un ministro de Jesucristo.* Y todos sus demás nombres, caracteres, cualidades y representaciones sociales, quedan como absorbidas por este solo carácter de ministro de Jesucristo.

Consecuencia de esto es que en el sacerdote todo es *ministerial.* Es decir, su inteligencia, poca o mucha. Su corazón, grande o chico. Sus fuerzas, largas o escasas. Sus bienes de fortuna, sus relaciones y amistades, sus proyectos y deseos, todo, todo lo que sea de él o de él proceda, no tiene *ni puede tener* otro uso que éste: servir para el ministerio de Cristo.

1645. El sacerdote y todo lo del sacerdote, queda por la consagración sacerdotal como queda un cáliz consagrado, que *no puede servir* más que para contener a Cristo. Pensar en Él, amarlo a Él y hacerlo amar, hablar de Él, trabajar por Él, ocuparse sólo en Él. He aquí para qué tiene el sacerdote inteligencia, corazón, fuerzas, salud, penas, alegrías, dinero, amistad, relaciones sociales. ¡Para eso y sólo para eso! Y si no, se profanará a sí mismo, como se profana el cáliz cuando sirve para otra cosa que no sea contener la preciosa Sangre de Cristo.

El sacerdote es siempre y en todo sacerdote, preténdalo él o no lo pretenda, obre bien o cometa pecados. Siempre sacerdote. *En todo nos presentamos como ministros de Cristo...*

La doble persona

1646. Está hoy muy en boga la distinción liberal del hombre público u oficial y hombre privado, y la creación consiguiente de una doble conciencia para uso de cada una de esas personas, queriéndose establecer el disparate de que los pecados que se cometan con una de las conciencias *no repercuten* en la otra y que, por consiguiente, un hombre, *en cuanto público,* puede robar y asesinar a individuos y pueblos, y el mismo, *en cuanto privado,* puede ser una excelentísima persona.

Pues con ser tan disparatado e injusto el invento, algo de él se nos ha metido por las puertas, y ya no es raro oír hablar del sacerdote como persona particular y como persona pública, echando a ésta toda la carga y los deberes del ministerio y eximiendo a aquélla.

1647. Esto no puede ser. El sacerdote *no tiene horas de sacerdocio,* como el empleado las tiene de oficina. Es sacerdote de día y de noche, en su casa y en la calle, en sus bromas y en sus seriedades, entre sus feligreses y entre sus amigos, en sus negocios y en sus obras de celo. En una palabra, no es un hombre y un sacerdote, es ésto sólo: *un hombre sacerdote...*

Aplíquese esta doctrina a la palabra del sacerdote y se comprenderá lo que significa la *palabra ministerial.*

Significa, pues, que a la fecundidad de la palabra del hombre hay que añadir la fecundidad incomparablemente mayor de la palabra de Jesucristo.

Si el sacerdote, ya predique, ya administre sacramentos, ya platique familiarmente con sus fieles, ya hable de cualquiera clase de asuntos, es siempre *ministro* de nuestro Señor Jesucristo. Su palabra tendrá el valor, el atractivo, la eficacia y la fecundidad que le dé no ya su propio ingenio o su inteligencia, sino el mismo Jesucristo.

No quiere decir esto que se desprecien o no se utilicen las buenas prendas propias, como tampoco se desprecia la buena disposición del pincel de que el artista se vale, sino que no se le dé a esas cosas más valor que el valor de *instrumento.*

1648. ¿Pueden explicarse de otra manera los casos muchas veces repetidos, de que un predicador elocuente, elocuentísimo, no consiga convertir un alma ni arrancar una lágrima de su auditorio, al

paso que otro, desprovisto de toda gala y con lenguaje rudo y, si queréis, disparatado, convierta pecadores empedernidos?

¿Podéis explicar más que así los efectos de lágrimas, arrepentimiento, amor de Dios que vuestras palabras, quizá dichas sin daros cuenta y sin la menor emoción de vuestro corazón, producen muchas veces entre vuestros penitentes y oyentes?

¿Y no os parece que es una comprobación del carácter *ministerial* de vuestra palabra el mal efecto que aun entre los más desaprensivos produce el lenguaje indigno o soez en los labios de un sacerdote?

¡Y a qué pensamientos tan halagadores no abre puerta esta idea de la *palabra ministerial!*

1649. Si mi palabra es un *instrumento* de que se vale Jesucristo nuestro Señor, mi palabra le servirá para hacer recordar deberes olvidados; para sembrar ideas y pensamientos que produzcan virtudes y buenas obras; para tocar corazones un poco esquivos; para ablandar otros muy duros; para curar otros muy enfermos... Mi palabra le servirá para enseñar a los niños su nombre y su amor; para decir a los pobres, a los caídos, a los tristes, a los despreciados, a los afligidos, las cosas que Él sabe decirles para consolarlos...

Sí, repitámoslo para que se ensanche nuestro corazón: *mi palabra es palabra de Cristo* con toda la autoridad, con toda la fecundidad, con todo el atractivo que Él quiera darle. Pero siempre palabra suya.

Y decidme ahora, amadísimos hermanos en el sacerdocio y compañeros de penas y fatigas, ¿os atreveríais a decir que *podéis poco* contando con un medio de apostolado y de conquista tan eficaz, tan fecundo y atractivo como la palabra de Jesús, de la que se ha dicho: *La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos...?*[3]

No, sino que conmigo diréis una y muchas veces: ¡Bendito sea Dios que me ha dado una lengua para hablar y bendito mil veces Jesucristo, que me la ha consagrado para no hablar más que de Él!

3º. Lo que puede la oración del cura

1650. Este párrafo es una explanación de los párrafos anteriores y como una consecuencia de la doctrina en ellos contenida.

Si el sacerdote siempre es sacerdote, su oración también tendrá siempre ese carácter. Será una oración *ministerial.*

Hablo con sacerdotes que saben mejor que yo lo que vale la oración y la abundancia de bendiciones prometidas a los que oran.

También saben que lo que es el sol a la vida del mundo físico y sensible, es la oración a la vida del mundo espi- ritual, y así como el día que se extinguiera el último rayo de sol, se apagaría también el último soplo de la vida en aquel orden, el día en que no se orara en la tierra, sería también el último día de ésta.

Dios infinitamente pródigo y generoso, ha querido poner como condición esencial de muchas de sus larguezas, la oración. De modo que si ésta no sube al cielo, ciertamente no bajarán del cielo esas larguezas prometidas.

¿Y sabéis el papel que desempeña el sacerdote en esa economía de la oración?

El sacerdote nunca ora solo. Con él y por él ora *toda la Iglesia. Es tomado de entre los hombres y puesto al servicio de Dios en favor de los hombres, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados...*[4]

Es el colector de todas las súplicas, de todas las oraciones que salen de los corazones y de los labios de los hombres.

---

[3] Hbr 4,12

[4] Ib. 5,1

1651. La oración del sacerdote es la oración de la Iglesia, que, ocultando bajo el velo de las divinas misericordias las miserias propias del hombre, levanta sus manos al cielo cargadas de todos los sacrificios, de todas las obras buenas, de todas las lágrimas de la penitencia y del amor y de todo lo bueno que se hace en la tierra, y presentándolas al Corazón de Jesús pide a cambio de ellas, bendiciones, gracias, amor... San Agustín ha llamado al sacerdote orando, *boca de la Iglesia,* os Ecclesiae.

1652. La oración del sacerdote es la oración de Jesucristo *siempre vivo para interceder por nosotros,* y siempre *es escuchado en atención a su actitud reverente.*

Pues saquemos consecuencias. Si la oración del sacerdote sube al cielo tan bien acompañada y tan ricamente avalorada, y si tan blando es el Corazón de Jesús para la oración, ¿qué no podrá un cura cuando, celebrando su Misa o de rodillas ante el Sagrario de su parroquia, se pone a *echar el peso de sus oraciones,* que son las de toda la Iglesia, sobre sus feligreses duros, tibios, ingratos, sobre sus mismas necesidades, sobre sus desalientos, sobre sus deseos?...

Yo no diré que conseguirá todo lo que pida y al punto que lo pida. Pero sé que si nuestros ojos de carne pudieran ver a los ángeles custodios de cada uno de esos feligreses por quienes ha orado el cura, los veríamos gratamente entretenidos en sembrar en el alma de sus protegidos, las gracias y bendiciones que sobre ellas han atraído aquellas oraciones. De todos los trabajos del cura el más útil y fructuoso es el *trabajo de rodillas.*

4º. Lo que puede el trabajo del cura

1653. En el trabajo del cura hay que tener en cuenta la acción de tres agentes: Dios, el cura y las almas.

La parte del cura

Pescador, pastor, sembrador de almas, éso es el cura por voluntad de su divino Maestro.

Y el pescador *tiene que trabajar* en preparar sus redes, su cebo y su barquichuelo; en surcar las aguas a fuerza de remo y de vela; echar sus redes y esperar a veces noches enteras, y cuando los peces caigan, cargar con ellos y prepararlos para la venta, es decir, tiene que hacerlo él todo menos el *que caigan los peces.*

El pastor *(buen pastor) tiene que trabajar* en buscar buenos pastos, en vigilar su ganado, ahuyentar los lobos y en correr a veces en busca de la oveja perdida.

El sembrador *(arrojó la semilla)* también *tiene que trabajar* en preparar su tierra, escoger su semilla, arrojarla al surco, defenderla contra las aves del cielo y las malas hierbas, y cuando crezca, recoger el fruto y guardarlo en sus graneros.

Pues ése precisamente es el trabajo del cura.

1654. Sus estudios, sus visitas de enfermos, sus predicaciones, el culto que promueve, las buenas obras que realiza en favor de los niños, de los rudos, de los necesitados; ese continuo agitarse que forma la vida parroquial, ¿qué otra cosa son sino preparativos de redes, barcos y cebos para echarse a *pescar* almas por los mares del mundo, o *pastoreo* de almas con sus continuas vigilancias contra los lobos de las malas doctrinas y sus continuos sinsabores de almas perdidas y no halladas; o *laboreo* en las almas trabajándolas con el arado de su predicación y buen ejemplo, arrojando en ellas la semilla de la palabra de Dios, regándola con los sudores de su celo y preservándola contra las espinas y malas hierbas de las pasiones y preocupaciones mundanas?

Pero nótese bien; a pesar de todos esos trabajos e incesantes fatigas, en las manos de ese pescador no estará el que caigan peces o no caigan; o que sean muchos o sean pocos. Ni en las manos de ese *pastor* estará el evitar que se le escapen las ovejas y que aparezcan las que se pierden. Ni, por

último, en las manos de ese *sembrador* está el que su semilla dé siempre fruto, o lo dé en esta o aquella medida.

Y ahí entra

La parte de Dios

1655. *Él mismo abre el entendimiento, Él perdona, Él mueve, Él edifica* (san Agustín).

Porque hay que tener en cuenta que, como todos estos oficios son sobrenaturales por todos sus cuatro costados, hay que contar siempre con la acción sobrenatural de la gracia de Dios, que es la que *llama y hace caer* en la red a esos peces, y la que *sostiene* en el redil a esas ovejas o, perdidas, las *trae de nuevo,* y la que *da jugo* a aquella tierra para que la semilla *arraigue, crezca y dé fruto.*

Porque cuando no hay más que trabajo nuestro *pues toda la noche bregando y no hemos cogido nada,* y *ni el que planta ni el que riega es algo, es Dios el que da el incremento.*

Y así y todo, si falta

la parte de las almas

1656. Por un misterio de la sabiduría y de la misericordia de Dios, inefablemente unidas con su justicia, también *nada cogemos.*

Porque adviértase que estos peces, ganados y tierras sobre los que tenemos que ejercitar nuestros oficios, son peces, ganados y tierras *con libertad* que Dios nuestro Señor respeta mucho.

De modo que podemos poner en nuestros oficios toda la habilidad de nuestro ingenio y toda la fuerza de nuestro celo y, junto con esto, puede poner Dios todos los dulces requerimientos de su gracia y todos los suaves llamamientos de su amor, y todavía podrán las almas no caer en nuestra red, o irse de nuestro redil o ahogar nuestra buena semilla con las brozas y malas hierbas de los vicios.

El gran obstáculo de hoy

1657. Y si por añadidura de todo esto, las almas se encuentran bien entretenidas y halagadas por el lado de allá, ¡vaya si es cosa difícil el que se vengan a nuestro lado!

Y he aquí precisamente la gran dificultad de nuestro ministerio en el día de hoy y la causa principal de todas las esterilidades que lloramos.

La sociedad moderna es esencialmente anticristiana. Se ha constituido de manera que apenas si se echa de menos a Dios.

Parece que todo el empeño de esta civilización tan decantada es ahogar todas las ansias del alma por Dios y por la felicidad del cielo con cosas de la tierra.

Hambre de luz y de verdad tiene el alma, y la sociedad moderna se la sacia con raciones de luces eléctricas y de ciencia barata, suministrada en revistas y diarios. Hambre de virtud y de bondad tiene el alma, y la entretienen con una virtud hipócrita del honor y de las buenas formas. Hambre tiene el alma de paz y de dicha, y le propinan en forma de novelas, comedias, modas provocativas y *vicios baratos,* tósigos que la adormezcan y le apaguen remordimientos.

1658. Más claro: ¿Qué ganas va a tener de venir al templo a oír una palabra que le habla de austeridades y deberes penosos el hombre que por *un real* puede disfrutar por unas cuantas horas de los divanes, y luces, y tertulias y *señorío* de un café o casino, que sacian su vanidad. Y *por cinco céntimos* del diario que halaga su curiosidad y *se entera de la marcha del día,* y por diez o quince de la *revista ilustrada,* que con su barniz de ilustración satisface su petulancia, ve la cara de los hombres públicos y mujeres públicas del día, y la reproducción del crimen o del *lío* del día, y por *diez céntimos* del teatro o cine por horas ve y oye lo que halaga sus pasiones e instintos. Y por nada

o casi nada tiene bailes y tertulias y espectáculos que entretienen y distraen? Y después, en otro orden de cosas, ese mismo hombre ve que los que medran y suben y mangonean son los desaprensivos, los que viven en perpetua conculcación de la ley de Dios y de la Iglesia, y que, en cambio, los fieles cumplidores de esa ley son perseguidos con burlas, descréditos y mermas de sus intereses, y junto con esto y con aquello, as
pira ese ambiente de sensualidad, de rebeldía, de soberbia, de altanera prescindencia de Dios que caracteriza a nuestra época.

1659. Decidme, ¿le quedarán muchas ganas a ese pobre hombre de ir al templo, aunque lo tenga a las puertas de su casa? ¡Quiá! Lo que le pasará bien presto es que de tal modo se aclimatará a esa vida verdaderamente naturalista y pagana, que apenas si volverá ya a echar de menos a Dios y pasará a la categoría de los *inconvertibles*, categoría que, dicho sea con pena, está formada hoy por legiones de almas, sometidas, sin saberlo ellas, al terrible castigo fulminado contra las almas infieles: *viendo no ven; oyendo no oyen.*

Cierto, y apúntese esto para aliento de nuestro celo, que, a pesar de todo eso y del respeto que Dios tiene a la libertad humana, todavía hay *gracias eficaces* para derribar a esos pobres Saulos, y que de hecho, no pocos, al golpe de esa gracia *derribante,* caen del caballo de sus falsas preocupaciones y mala vida y se convierten en Pablos.

Cierto también que, a pesar de todos esos alicientes de vicio, y de todas esas dificultades para la vida cristiana y en medio de esa atmósfera tan inficionada, la gracia de Dios brilla, como brilla el diamante en un montón de estiércol, y como luce la violeta al borde de un albañal, preservando almas y conservándolas puras y firmes, oponiendo al ejemplo de un padre desmoralizado o una madre impía el contraste de una hija piadosísima. Al de un hermano perseguidor rabioso de la Iglesia, el de una hermana propagandista ferviente. Al de un pariente, deudo o amigo demagogo y petrolero impenitente, el de un amigo apóstol de Cristo, y ejecutando, en una palabra, el programa de Jesucristo, que *no he venido a traer la paz sino la espada,* y a separar al padre del hijo, etc.

Cierto, muy cierto es todo esto. Pero es tan milagroso como cierto, y los milagros los hace Dios cuando quiere *con y sin nuestro trabajo.*

1660. En suma, que en la valoración de nuestro trabajo hemos de huir de dos extremos igualmente peligrosos: el de creer que nuestro trabajo lo puede todo en orden a la conversión, conservación y santificación de las almas, y el de desconfiar de tal modo de él, que lleguemos a figurarnos que no sirve para nada.

El término medio y, por tanto, el verdadero, es éste: que nuestro trabajo no es *causa* del fruto, sino condición, pues Dios nuestro Señor da el fruto *cómo, cuándo y en la medida* que quiere.

Que es después de todo la doctrina evangélica de trabajar hasta donde se pueda, hasta dar la vida, si es preciso, y después (oígase bien, *no antes) siervos inútiles somos.*

¡Ésa es la verdad firme, y contra ella se estrellan todos los pesimismos y ante ella se desvanecen todos los desalien-
tos.

5º. Lo que puede la mortificación del cura

1661. Punto es éste de grandísimo interes y que bien merece figurar en el arsenal de un cura.

De tres lados pueden venir a éste mortificaciones: del aldo de Dios, de los que le rodean y de sí mismo.

Quédese para los tratados ascéticos hablar de las mortificaciones que Dios envía al cura, lo mismo que a cada hijo de Adán y Eva, como pruebas de su virtud o castigos de sus pecados. Yo quiero fijarme en la *parte utilizable* que para el ministerio tienen las mortificaciones que al cura acarrean los que le rodean o las que él mismo se impone.

Mortificaciones venidas

1662. Para los que no conocen al cura más que de oídas o de vista, es éste el hombre de digestión más plácida, de sueño más reposado, de nervios más templados, de vida más dulce que imaginarse puede. Buena mesa, buena cama, despreocupación constante de los cuidados que a los demás inquietan. Ésa es, poco más o menos, la idea que de la vida del cura se tienen forjada más de cuatro y más de cinco también.

Y ¡qué!, ¿eso es verdad? ¿Es cierto eso de la placidez de las digestiones, del reposo del sueño y de la dulzura de la vida de que hablan?

El gesto de compasión y de resignada sonrisa con que se fruncirá el ceño de mis hermanos los curas al leer estos renglones, contestará mejor que yo a esas preguntas. Ese gesto responderá que si hay placidez y reposo en la vida del cura no es ciertamente por la buena comida y por todas esas buenas cosas que le cuelgan, sino *sólo* por la tranquilidad que dan la buena conciencia y la esperanza en Dios, y digo *sólo* subrayado, porque fuera de esos motivos sobrenaturales, especialmente hoy, el cura no ve ni encuentra en cuanto le rodea más que motivos de muchísima amargura y de innumerables desazones.

1663. Ved aquí sólo una muestra de los enemigos del bienestar del cura.

El odio de los malos y de los viciosos, la ingratitud de los favorecidos, la maledicencia o las hablillas de los *píos* y, sobre todo, de las *pías*. La impertinencia de los *sablistas* de oficio. Las exigencias de los de arriba. Las peticiones incesantes de los de abajo. La codicia de los que lo quieren todo de balde. La volubilidad y susceptibilidad de sus feli- greses, que le harán fracasar las empresas mejor organizadas o le interpretarán mal las intenciones más puras...

Al cura, que es quizá el hombre más pobre de su parroquia, llega desde el niño de la calle que le pide una *meallita,* hasta el hombre de negocio que le *pide* su firma o su crédito, y como no siempre se puede dar lo que se pide, las negativas acarrean enemistades.

La puerta del cura es la más aporreada del vecindario, la oficina del cura la más frecuentada con asuntos delicados y gratuitos. Todos los cargos tienen sus horas de trabajo; el del cura no tiene horas; sobre su puerta hay que poner como sobre las cuartas planas de los periódicos faltos de anuncios: DISPONIBLE..., siempre disponible a cualquier hora del día y de la noche.

Y, como veis, por parte alguna aparece lo de *la placidez de las digestiones.*

1664. Sí, confesémoslo, la vida parroquial es una vida de muchas y muy punzantes espinas, que a veces hasta hacen saltar la sangre.

Y bien: *¿qué aprovecho con el derramamiento de mi sangre?*

¿Qué utilidad dan al ministerio parroquial esas espinas?

Respondo brevísimamente: si se llevan mal esas espinas, es decir, si respondemos a los pinchazos con acritud habitual, mal carácter, protestas y quejas continuas, entonces lo único que se conseguirá es que... *puncen más,* sin frutos en las almas.

Si se llevan bien, es decir, si se cumple al pie de la letra y de una manera constante, *a pesar de la humana flaqueza,* el programa de san Francisco de Sales, que dice: "Es necesario consentir en que esté nuestra cabeza entre las espinas de las repugnancias, y nuestro corazón traspasado por la lanza de las contradicciones, es necesario beber la hiel y tragar el vinagre... porque Dios lo quiere, y entre todo esto conservar una dulzura que pase del corazón al semblante y a las palabras..." Si se cumple, repito, ese programa, aseguro con el Evangelio y la experiencia a la vista, que esas coronas de espinas, aun en este mundo, se convertirán no pocas veces para el cura perseguido en coronas de vencedor, que ceñirán a sus sienes Dios y el pueblo porque ante Dios y ante el mundo siempre canta victoria el *que se vence hasta el fin.*

Un cura constante vencedor de sí mismo, acaba siempre por ser una institución que se impone a todos, a amigos y a enemigos.

Mortificaciones buscadas

1665. Recuerdo que prometí al principio de este librejo, dirigirme a curas de buena voluntad, pero no a los curas de Ars, que están fuera de *toda serie.*

Por eso yo no voy a hablar aquí de esas mortificaciones extraordinarias con que los curas del temple del de Ars sitian a las almas impenitentes y duras, sin parar hasta que las rinden.

Yo me contento con hacer constar que la mortificación buscada voluntariamente y llevada generosamente por el cura para ablandar al Corazón de Jesús en favor de sus ovejas, tiene una eficacia reconocida y tantas veces comprobada cuantas se repite.

Y como comprobación de esta doctrina, me limito a citar:

1º El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo que se prepara para su *vida parroquial,* que eso fue su vida pública, con cuarenta días de rigurosísimo ayuno.

2º El ejemplo no interrumpido de los santos que se han dedicado al ministerio de las almas que obtenían para ellas favores verdaderamente sorprendentes a causa de la dulce violencia que hacían al Corazón de Jesús con sus maceraciones y ayunos.

Por todos sirva el ejemplo del santo Juan Bautista Vianney, cura de Ars.

1666. Léase con detención ese párrafo de su vida admirablemente escrito por el misionero Alfredo Monnin:

"Se entregaba el santo párroco a esos rigores severísimos cuando deseaba alcanzar alguna gracia importante, o cuando quería satisfacer a la Justicia divina por algún grande pecador, rendido a sus pies por la divina misericordia. Tenía suma confianza en el ayuno, como medio para desarmar el brazo de la Justicia divina y combatir contra el infierno. "El demonio -decía- se burla de la disciplina y de todos los demás instrumentos de penitencia y aun halla medio de arreglarse con los que hacen uso de ellos. Mas lo que verdaderamente le derrota es la privación de alimento y sueño".

Quejábasele un cura de no poder cambiar el corazón de sus feligreses, por más que hacía para conseguirlo de Dios. He aquí la contestación que le dio: "Habéis orado y llorado, gemido y suspirado; pero ¿habéis ayunado? ¿Habéis dormido sobre el suelo? ¿Habéis usado de la disciplina? Pues mientras no hagáis eso, podéis creer que no lo habéis hecho todo"; y

1667. 3º Que el sacrificio que libremente acepta un Pastor por sus ovejas debe tener un valor y sabor especial delante de Dios.

Yo creo que la oración de un cura que sube al cielo, acompañada del dolor y del gemido de la mortificación, es oración de víctima que tiene mucho parecido con aquel *clamor válido* de la Víctima augusta oída siempre *por su reverencia.*

Yo nunca veo más juntos, y me atrevería a decir, más identificados, a Jesús y al sacerdote que cuando se sacrifican por el mismo motivo, padecen los mismos dolores y gimen con el mismo gemido...

1668. Consecuencia de esta doctrina y de su comprobación es que un cura no debe decir que ha hecho todo lo que podía por sus feligreses remisos, o empedernidos, mientras le quede un poco de fuerza con que castigar en sí mismo aquellas durezas y apartamientos en la medida que una bien entendida prudencia aconseje.

No todos podemos, ni estamos obligados, a ser curas de Ars. Pero sí a todos se nos ha dicho: *El buen pastor da la vida por sus ovejas.*

En suma

1669. Y cerraré con este resumen el capítulo de lo que en general puede un cura.

Un cura, hoy como ayer, sea viejo, sea nuevo, sea sabio, sea rudo, sea elocuente, sea premioso, sea como sea, tiene el poder, porque Jesucristo se lo ha dado:

1º De su presencia.
2º De su palabra.
3º De su oración.
4º De su trabajo.
5º De su mortificación.

Y estos poderes son:

1º Eficaces: con la eficacia de las promesas y gracia de Jesucristo.
2º Inadmisibles: nadie los puede quitar, *si el cura no quiere.*
3º Peculiares: sólo al cura se le han dado.
4º Perpetuos: desde que se ordena de sacerdote, hasta la muerte.
5º Benéficos: como que proporcionan a los hombres y a los pueblos el mayor bien.

Estos poderes sirven:

1º Para preservar a los elegidos (siempre).
2º Para convertir a los pecadores (muchas veces)
3º Para hacer menos malos a los impíos (no pocas).
4º Para hacer menos excusables a los que nunca se convertirán (siempre).
5º Para poner a raya y hacer temblar al demonio (siempre).
6º Para dar muchísima gloria a Dios (siempre, siempre), y
7º Mediante todas estas cosas, hacerse santo, el que los ejerce (siempre).

Que ¡ya es poder!

CAPÍTULO V

LO QUE PUEDE EN PARTICULAR UN CURA

1670. Y *burla burlando,* hemos llegado a la parte para mí más gustosa y para mis hermanos quizá la más interesante, la parte práctica del librillo.

Quédese para la gente de *altura* el meterse en exponer brillantes teorías, indagar *porqués y conqués;* profundizar cuestiones y con todo eso hacer gala de una elocuencia y corrección de estilo que deleiten y arrebaten. Y quédese para mí, curilla atrevido y *dómine* improvisado, el presentar en estilo liso y llano y a la buena de Dios, el *menudeo* de la vida parroquial y el *cómo* de las obras en que, a mi leal saber y entender, deben emplearse aquellos eficaces, inadmisibles, peculiares, perpetuos y benéficos poderes con que nuestro Señor Jesucristo ha querido adornar a sus curas.

Y advierto de antemano para prevenir objeciones que vengan a decir: "eso está muy bonito en la teoría, en la práctica es otra cosa". Advierto -repito- que los casos y avisos que transcribo a estas cuartillas, son casos y avisos, vistos, oídos, tocados o experimentados por curas de *carne y hueso.*

Para proceder con orden voy a presentar al cura dentro y fuera de la iglesia.

Lo que puede el cura dentro de su iglesia

1671. Se ha dicho, y se dice hoy muchas veces, que el cura *debe salir de la sacristía y de la iglesia para ir al pueblo,* que desgraciadamente no se encuentra hoy en la iglesia.

Y esto es verdad y muy verdad. Pero como una verdad exagerada es más peligrosa que un error, es menester prevenirse contra la exageración, que en este caso sería el abandono de la iglesia y de lo que en la iglesia hay.

Y no es eso lo que se le pide al sacerdote. Se le pide que salga de la iglesia, pero como se le pide al soldado que salga de su campo y de su trinchera para parlamentar o pelear con su enemigo o explorar su campo, y después *volverse* a seguir fortificando y vigilando su cuartel y trinchera.

El cura debe salir de su iglesia; pero después de haberla atendido bien, y para volverse pronto.

Su cuartel, su trinchera, su puesto natural y propio, su campo natural, como ha dicho el Papa, es la iglesia.

1672. Y, por consiguiente, antes de pensar cómo ha de traer al rebaño *a los que no vienen*. ha de preocuparse en alimentar y sostener *a los que no se han ido.* Y cuando haya satisfecho esta atención o en los ratos que ésta le deje libre, entonces es cuando debe buscar *otras ovejas que no están en el redil.* La primera ocupación y preocupación de un cura es su iglesia parroquial.

¿Qué puede hacer en ella?

Y vamos al *menudeo* de la vida parroquial.

Tenerla limpia

1673. Yo no pido oro ni plata, ni ricos mármoles, ni artísticos retablos para nuestros templos. Entre otras razones, porque al pedirlo me podrían responder mis hermanos con un "no puede ser" justificado por la pobreza extrema a que el liberalismo desamortizador ha condenado a nuestras iglesias.

En muchísimos pueblos puede asegurarse que la casa más pobre es la casa de Dios.

¡Qué triste es esto!

Pero, en fin, yo no pido más que limpieza, que bien poco dinero cuesta.

Un suelo de ladrillos o terrizo, si queréis, pero sin rincones sucios y sin salivas por en medio; unas paredes sin polvo y sin telarañas; unos confesonarios sin costras en las rejillas; unos manteles y unos corporales y purificadores blancos y oliendo a almidón; unos candeleros sin *chorreones* de cera; unas lámparas transparentes; unos *monacillos* con sus sotanitas y sobrepellices sin goterones de cera y del vino tinto de las *escurriduras* de las vinajeras y con los zapatos embetunados; unos incensarios y cruces, y ciriales y demás objetos del culto, aunque sean de metal dorado, brillantes. Todas estas cosillas, que con un poco de jabón, escobas, paño, agua y con un ruego hecho a tiempo a la *señá Fulana* o a la *señá Zutana*, que con mucho gusto mandarán sus criadas o vendrán ellas mismas a asear la casa del Señor. Todo esto, repito, dará a la iglesia y al culto un atractivo que bien pronto se convertirá en aumento de la devoción del cura y de sus fieles.

Y si la iglesia es tan pobre que no puede pagar monacillos o tan sola que no tiene *señás Fulanas* piadosas, queda siempre el recurso de algunos curas, que yo conozco, de barrer y asear ellos mismos sus iglesias muy tempranito, antes de abrirlas al culto.

Sí, hermanos míos, ya que no podemos evitar que nuestra iglesia sea la casa más pobre del pueblo, trabajemos porque la casa de Dios sea la más limpia de todas las del pueblo.

La *pobreza limpia* es, después de todo, la rica pobreza de Belén y de Nazaret.

El culto a hora fija

1674. ¡La hora fija! ¡Cuánto bien hace en la parroquia!

La falta de puntualidad en la santa Misa o de los cultos, es causa bastante muchas veces para dejar desierta una iglesia.

¿Con qué cara exigiremos a una pobre sirvienta, a una madre de familia o a un hombre de negocios, que *oiga Misa entera* los días festivos si no tienen más que media hora estricta disponible,

y ésta se la hacemos emplear en esperar que salga una Misa que no acaba de salir, a pesar de haber dado el tercer toque? La hora fija de los actos parroquiales no solamente atrae fieles, sino que es hasta un buen ejemplo de orden y seriedad que se da para las familias cristianas.

El culto modesto y frecuente

1675. Le llamo modesto en contraposición a los cultos solemnes y solemnísimos, que yo no repruebo, pero que aquí no menciono, porque no está al alcance de la mayor parte de las parroquias.

Hablo de esas novenitas, quinarios y triduos a los Santos de devoción popular, y de esos trece martes a san Antonio, de los *viacrucis,* de los cultos de los primeros Viernes, de las Hijas de María, etc.

¿Qué fruto producen esos cultos sencillos y frecuentemente repetidos?

Son, a mi ver, un excelente medio para enseñar y conservar la vida cristiana y el espíritu de fe. Estrechan admirable- mente los lazos de la familia parroquial y contribuyen en alto grado a encariñar a los fieles con su parroquia.

¿Qué hace falta para sostenerlos?

Bien pocas cosas. Con un poquito de buena voluntad del cura, todo está arreglado.

Con ese poquito de buena voluntad no es difícil encontrar alguna devota del santo festejado que se preste a facilitar las cuatro o seis velas que se necesitan para alumbrarlo, y con esa misma buena voluntad se arregla todo lo demás.

1676. Yo conozco a un cura que hace esos cultos en esta forma.

Unos cuantos días antes, fija en la puerta de la iglesia un papelito anunciador del quinario, tríduo, etc., que va a celebrarse con *plática y cánticos.* Llegado el día, se anuncia con su poquito de repique al mediodía y sus toques a sermón a las oraciones. Se le ponen unas velitas y unas florecitas al santo objeto del culto y empieza éste. El mismo cura reza el santo rosario y después, desde el mismo sitio, predica o platica por espacio de ocho o diez minutos, reza el ejercicio y las oraciones de la novena, o lo que sea, y a medias con sus fieles canta sus coplitas, intercaladas con Padrenuestros. Entona la letanía, que el pueblo, a fuerza de oírla, ya sabe también, y mientras se canta, se reviste de capa pluvial, inciensa el altar y terminada aquélla, canta la oración del santo, y ¡se acabó la función!

Total, tres cuartos de hora agradabilísimamente pasados, en los que, sin cansarse el cura, los fieles han rezado, cantado, oído la palabra de Dios y olvidado por un rato las penas del día.

Certifico que estos cultos así repetidos producen maravillosos resultados en una parroquia.

Hay otro medio para que el cura no tenga que llevar el peso del canto, y consiste precisamente en cumplir lo que Su Santidad tiene mandado sobre

El canto del pueblo en la iglesia

1677. No es cosa del otro jueves enseñar a los fieles más asiduos de la parroquia la misa gregoriana de *Angelis*, la Salve de quinto modo, alguna letanía sencilla y algunos de los cantos más usuales en la Iglesia. A falta de personas mayores, ahí están los niños del catecismo, o de la escuela.

A primera vista parece esto un monte inaccesible. Repito que no es tan difícil.

En mi parroquia, y sólo con una poquita de constancia en los ensayos, que se hacían por las noches después del santo rosario, el pueblo y los niños cantan todas esas cosas y muchas más que se les siguen enseñando.

Y es cosa que edifica de verdad oír una Misa cantada por el pueblo alternando con los niños.

Yo puedo asegurar que me resulta mucho más solemne y religiosa una función cantada por trescientas o cuatrocientas voces, que cantan por alabar a Dios, que otra ejecutada por una numerosa capilla de cantores y músicos, muchos de ellos del teatro, que cantan porque se les paga.

Póngase en práctica este aviso y se verá qué efectos tan sorprendentes se obtienen.

El culto tempranero

1678. Una iglesia abierta desde muy temprano, una hora, por lo menos, antes que empiecen los trabajos del pueblo, con un cura que sea el primero en entrar y el último en salir, y que espere sentado en el confesonario, y esto de una manera constante y fija, es una iglesia que no puede tardar mucho tiempo en verse concurrida.

Una de las penas que más siento yo cuando visito algún pueblo, es la que me produce ver la taberna abierta dos horas antes que la iglesia. ¡Dios mío! ¿que han de ser más pruden- tes y activos los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz? ¿Que ha de mover más el amor a las monedas o a la cama que el amor a las almas?

Y me he preguntado muchas veces: una iglesia que abre sus puertas a las ocho de la mañana y aun después, ¿qué facilidades presta para la recepción de los sacramentos y asistencia a la santa Misa a los obreros y obreras, y, en general, a las personas ocupadas?

1679. Yo no vacilo en hacer estas dos afirmaciones, contrastadas por multitud de casos y ejemplos:

1ª Una parroquia que no sea tempranera jamás será una parroquia próspera en piedad y en vida cristiana. Si acaso se conservara alguna de estas cosas, será por misericordia de Dios y como restos de tiempos mejores.

2ª Un cura sentado en su confesonario desde antes que salga el sol, dispuesto a no cansarse ni aburrirse de la soledad, no tardará mucho tiempo en ver llegar *samaritanas y samaritanos* que vengan a pedirle el *agua que salta hasta la vida eterna.*

Vaya un caso entre mil de un cura muy amigo mío. La parroquia, para la que fue nombrado, se abría de siete y media a ocho de la mañana, y *como consecuencia*, a pesar de ser muy numerosa la feligresía, no había ninguna Comunión diaria, llegando a dos o tres personas que la recibían con alguna frecuencia.

Pues este cura, sólo con la constancia en sentarse en el confesonario diariamente a las cinco y media en invierno y a las cinco en verano y no salir de él más que para celebrar la santa Misa o cuando se había ido el último fiel, sólo con esa constancia imitada por sus coadjutores, ha tenido el consuelo de ver que en unos dos años pasaban de *setenta* las comuniones diarias y de *doscientas* las de los domingos y primeros viernes de mes.

Recuerden nuestros hermanos la frase gráfica y graciosa del ilustre padre Mach, S.J.: «que no se pueden tomar dos frescos, el de la noche y el de la madrugada», y que, entre tomar uno u otro, opten los sacerdotes por el *fresco de la madrugada*, que es el más sano para el cuerpo y para el alma propia y de los fieles.

La predicación parroquial

1680. Dígase lo que se diga de la utilidad y necesidad de la buena prensa como medio de propaganda de la doctrina católica, y yo la encarezco como el que más; alábese lo que se alabe la eficacia del apostolado seglar, y no seré yo quien le regatee aplausos, es lo cierto que el conducto autorizado, el medio solemnemente consagrado y con eficacia divina para la difusión de la doctrina de Jesucristo, es la predicación del sacerdote: *«la fe entra por el oído», «id y enseñad a todas las gentes...»* Después de los santos sacramentos, no sé que haya en la Iglesia un medio más poderoso para atraer y preservar a las almas, que la predicación de la palabra de Dios.

Y no insisto en esto ni recuerdo la obligación grave de predicar que pesa sobre los párrocos, porque no creo que haya un sacerdote que no esté íntimamente persuadido de esta doctrina. Sólo me limito a llamar la atención sobre tres reparos que suelen ponerse a la *frecuencia* de la predicación

parroquial, y que, por no destruirse a tiempo, dan lugar a casos anómalos e inexplicables de párrocos celosos y exactos en todos sus ministerios y descuidados en éste.

1681. PRIMER REPARO: *No predico siempre, porque es tan difícil...*

Respondo distinguiendo: si por predicación parroquial se entiende una predicación elocuente, de párrafos redondeados, de profundas materias, de palabras rebuscadas y golpes de efecto, concedo que es difícil para tenerla que hacer todos los domingos y días de fiesta y con el escaso tiempo de preparación de que dispone un cura. Pero si por predicación parroquial se entiende lo que debe entenderse, es decir, una predicación sencilla, sin gritos, ni patéticos golpes de efecto y, sobre todo, de *diez minutos* de duración, niego que la predicación parroquial sea cosa difícil.

Yo creo que a excepción de una gran solemnidad, para la homilía basta la lectura reposada del Evangelio del día, ayudado por algún buen comentarista, por ejemplo, Maldonado, ¡guerra a las pláticas y sermones aprendidos al pie de la letra de los sermonarios! Esa lectura reposada, el conocimiento de los flacos y vicios de su grey y, sobre todo, la oración ante el Sagrario, dan materia sobrada para echar un ratito de conversación de diez minutos.

1682. Y para la predicación del catecismo a los adultos, preceptuada por Su Santidad, tengo para mí que hay bastante con explanar un puntito del catecismo de san Pío V.

En donde yo veo más dificultad es en la explicación del catecismo a los niños, y para ella sí que debe prepararse más el párroco.

El modo de presentar las materias y de ganarse la atención de un auditorio tan atolondrado y juguetón, como el formado por niños, exige, a mi juicio, más detención que una platiquilla a las personas mayores.

Más adelante, cuando hable expresamente de la obra del catecismo, daré algunas industrias que a mí me facilitan esa dificultad.

1683. SEGUNDO REPARO: *Predicando tanto, se gasta uno tan pronto...*

Ya ve usted, dicen algunos, en mi primer año de curato, cada vez que tocaba a sermón se me llenaba el templo. Ahora, a fuerza de oírme, apenas si acude el núcleo de todos los días. Por eso yo creo, concluyen, que vale más *reservarse* un poquito y no gastarse tanto.

Respondo: El tiempo y el uso quitan a la predicación del párroco el atractivo de la novedad y aburre o aparta a los fieles *noveleros,* es cierto. Pero también es cierto que lo que pierde en atractivo para éstos, lo gana en autoridad, prestigio y gusto para los buenos feligreses, sobre todo si es predicación *breve y sentida*. Lo breve evita el cansancio, lo *sentido* produce interés y estrecha vínculos.

1684. TERCER REPARO: *Y con tanto predicar a los mismos, se agota uno...*

Siempre predicando al mismo auditorio y casi sobre los mismos asuntos, acaba uno, si no por agotarlos, que son inagotables el Evangelio y nuestros dogmas, pero sí por agotar el modo de verlos y presentarlos.

Respondo a ese reparo: El cura que predique, como llevo explicado, no tiene que preocuparse del agotamiento; como no dice pláticas aprendidas al pie de la letra, no hay peligro que las repita. Todo lo más que repetirá serán los conceptos y éstos conviene que sean repetidos para que no se olviden y se lleven a la práctica.

¿Puede decirse que un padre celoso se agota porque dé y repita buenos consejos a sus hijos? No. Pues tampoco el párroco.

Y, además, como se trata de una predicación *práctica,* los variados hechos y circunstancias que se registran cada día, le ofrecerán ocasión de nuevas e interesantes aplicaciones de la misma doctrina.

La obra del catecismo

1685. No creo tener necesidad de detenerme en encarecer la obligación y necesidad de la enseñanza del catecismo.

Recientes y perentorias son las palabras de Su Santidad urgiendo su establecimiento, sin que valgan excusas ni impedimentos de ningún género.

Doy por sentados en el ánimo de mis hermanos el cono- cimiento de esa urgente obligación y el deseo sincero de cumplirla, y sólo me dedicaré a señalar procedimientos para el mejor resultado de la obra.

Me bastará para ello reproducir en estas dos páginas dos cartas que, con la firma de *El Otro,* escribí en EL GRANITO DE ARENA a *Uno*, que venía a ser el cura de cualquier parroquia, que *suponía* yo me preguntaba sobre el particular. Decía así:

¿Y del catecismo?

Respuesta a varias preguntas

1686. Amiguísimo *Uno:* Si me hubieras mandado un *tarro* del rico *bienmesabe,* que se estila por ahí, o una *convidá* de los sabrosos *jornasos* con que os regaláis los de esa tierra, no me hubieras dado más gusto que con las noticias y preguntas de tu última.

¡Bien por *Uno* que, dejándose de *camandulerías y tiquismiquis*, se sale por los campos de Montiel, fundando con todas las de la ley la obra del catecismo en su pueblo y disponiéndose a catequizar desde el último pelendrín hasta el mismísimo alcalde, a quien dice que no le vendría mal una ración de catecismo!

Y entre entusiasmado por la buena acogida y los primeros éxitos y receloso por *puyitas* de antiguos contertulios, me pregunta o me endilga un cuestionario, del que entresaco:

1687. ¿Cómo atrae usted a los chiquillos? ¿Cómo los entretiene para que no se aburran? ¿De dónde se sacan los premios y qué resultados ofrecen? ¿Cómo se combate la inconstancia? ¿No basta el catecismo que se aprende en la escuela? ¿Qué método tiene usted para enseñarlo a tanta clase de chiquillos? Y... a este tenor ¡la mar con peces y los barcos de preguntas!

Vaya, que si tuvieras que pagarme las respuestas a tanto la línea, se ponía de verdad las botas EL GRANITO DE ARENA.

Ante todo, convengo contigo con todo mi asentimiento que la primera en necesidad e importancia de todas las obras sociales católicas es la enseñanza del catecismo, y no una enseñanza cualquiera, sino la que aspira a ocupar la memoria, el entendimiento y la voluntad.

1688. Habrá obras sociales muy útiles y muy necesarias y muy cristianas. Pero si no parten del catecismo, como base, o tienden a él, como a fin, si no traen el catecismo delante o detrás, en mis cortas luces te digo que nos exponemos a hacer aquello que decía san Pablo: *a hablar al aire,* o traducido libremente, *a tocar el violón,* ocupación que no es muy lucida que digamos.

Yo sé, y para tu gobierno te lo prevengo, que aun entre la gente de *pro* hay quien pone reparos a esta teoría, que califica de *piadosamente exagerada,* y se preocupa más de otros libros y de otras teorías y sueña con una cultura y una bienandanza prescindentes, por lo menos, del catecismo. Pero yo te digo a ti que si viviéramos cien años, como el otro que dijo, y también un poco menos, ya te enseñaría lo que quedaba en *limpio* de esos libros, esas teorías y esos ensueños reformadores.

Pero, en fin, esto no es lo que mi querido *Uno* me pide, y ni él, creo yo, tendría ganas de verme la cara *enfurruñada,* demostrando la necesidad del catecismo. Me pide procedimientos y allá van los que por aquí conocemos y practicamos.

¿Cómo se atraen?

1689. Era, si no me engaño, la primera pregunta de tu cuestio- nario.

Por cierto que esa preguntita me está indicando que esa tu tierra se parece mucho a esta mía, y que ni la tuya ni la mía se parecen a esos venturosos pueblos (aun hay muchos en España) en los que basta el *toque de doctrina* dado en la torre de la parroquia, para que chicos y grandes abandonen sus hogares y llenen el templo.

Sí, amigo mío, por estos desdichados pueblos no basta tocar la campana; hay que tocar otros resortes... y a veces ni por esas vienen.

Una digresión

1690. De tal modo se han cortado las relaciones entre cierta parte del pueblo y la iglesia, tan ajeno y extraño es a aquella parte lo que se hace en la iglesia que ni la curiosidad siquiera los atrae.

Eche usted buenos predicadores, buena música, hasta cohetes en la puerta, y ¡que si quieres! La vida de esos desgraciados sigue deslizándose con la misma parsimonia e indiferencia de antes. A lo más, todos ésos atractivos exteriores del culto servirán para detener al paso a alguno que otro de ésos, hacerles asomar la cabeza por el hueco entreabierto de la puerta, echar una ojeada entre distraída y curiosa y seguir el camino tan tranquilo como si aquello no rezara con él, o según lo del gitano, como si él *no fuera de aquella pirroquia.*

1691. Y ¡hártese usted de repicar las campanas y de repartir convocatorias y poner bonita la iglesia! Conseguirá que venga a engrosar el grupo de vuestra parroquia el de las parroquias vecinas. Pero la masa aquélla, el gran núcleo aquél que vive en torno de vuestra parroquia, ése que os trae tan preocupado porque no viene, ése, tan inmóvil se queda como el marmolillo de la esquina.

¿Es odio a la Iglesia? ¿Es falta de fe? ¿Es miedo? Es... yo no sé cómo se llama y por qué es ese horror a la iglesia. Lo que sé es que en punto a concurrencia de hombres, especialmente, gana, y esto es muy triste decirlo, a la más frecuentada iglesia de algunas ciudades, la más roñosa taberna del pueblo.

Y sé también que el gran problema del cura de hoy, el problema de todos los días, el que de noche y de día tortura su corazón y le hace derrramar lágrimas es éste: cómo se atrae la gente a la iglesia.

Vuelta a lo mismo

1692. Perdona, querido amigo, esta digresión que el sentimiento y la verdad con que lo escribo me la harían interminable y que tú excusarás siquiera por lo que se da la mano con tu pregunta y cómo se atraen los niños a la doctrina.

Y digo yo esto: si el niño empieza a vivir y crece en esa atmósfera de *no uso* de la iglesia, si a eso se añade la frecuencia con que por estas tierras se dan casos de prohibición positiva impuesta por los padres y ¡hasta por las madres! a sus hijos e hijas de ir a la iglesia, ¿me quieres decir los apuritos que pasará un pobre cura para atraerlos?

Sin embargo, algo y aun *algos* se puede hacer y se hace.

Que la iglesia, por muy perseguida que esté, jamás llega a cruzarse de brazos y a perder la fe en las promesas de su Fundador.

Procedimientos

1693. A veces da resultado enviar a un acólito por las calles de la feligresía armado de penetrante campanilla que alborote a los chicos y que explote en favor del catecismo ese misterioso ascendiente que los monacillos ejercen sobre la *chiquillería* del barrio. Otras, invitar a todo chiquillo que se acerque a pedir una *meallita*, para la *doctrina* del domingo. Lo que, sin embargo, más atrae a

la turba infantil es salir el Padre cura un rato antes del catecismo a la puerta de la parroquia o a la plaza próxima y con las primeras niñas que encuentre hacer una rueda y ponerlas a jugar y con los primeros niños formar un *batallón* y ponerlo en marcha.

Te aseguro que no hay chiquillo que resista a los primeros «un, dos» de los improvisados militares. La gritería que se arma y el espectáculo de un cura marchando al paso con el *batallón* o dando vueltas a la rueda, es de mucho más efecto que un repique general de campanas y que los mejores avisadores. De todas las calles que desembocan en la plaza de la iglesia, se ven venir *comisiones* de todas las clases sociales infantiles, desde el que cubre sus carnes con *babi* de color e integridad problemáticos, hasta el que calza zapatos embetunados y gorra de marino, que con la franqueza y naturalidad del que llega a donde se le espera, *ingresan* en filas y alternan con el cura en el juego como con un *Pepito o un Periquillo* cualquiera.

¿Que esto no es serie? Y ¿en qué canon se le manda al cura tener cara de juez?

¿Que perderán respeto al cura, que se allana tanto? No hay que temerlo. Aparte de que son raros los casos de faltas de respeto, si alguno se perdiera, es a costa de lo que se gana en cariño, y ¡váyase bien lo uno por lo otro!

1694. ¡Y que no le gusta nada a un chiquillo con más *churretes* en su cara que *chocauras* en su cabeza -y cuidado que ésta *parece un empedrado*-, que todo un cura con sus canas o su calva, sus *latines* y toda su gravedad, se le plante delante y le diga: A ver, buen mozo, tú vas a ser cabo, o sargento y hacer esto y aquello!

Como por milagro, aquel *rompe-farolas* sempiterno queda convertido en *hombre de orden,* dispuesto a sostenerlo con todo el entusiasmo con que hace un momento apedreaba a los perros de la vecindad.

Y como el juego establece corrientes de simpatía, aquellos niños o niñas que hasta entonces no sabían del cura más que era un *mala pata,* o un *cuervo* y una cosa muy mala, terminan el juego queriendo al cura, a aquél, por lo menos, y bien inclinados a querer a los demás y a todo lo que ellos representan y predican.

Por eso no es difícil al cura, cuando llega la hora de la Misa del catecismo, dar esta voz de mando al *batallón* improvisado: ¡media vuelta hacia la iglesia! ¡Marchen! Y ver obedientes a los *soldados* que entran en la iglesia con toda la marcialidad de veteranos.

El último procedimiento

1695. Desde hace algunos domingos, y gracias a los adelantos de las Escuelas del Sagrado Corazón, se está ensayando otro procedimiento para promover la frecuencia de chicos y grandes al catecismo y a la Misa parroquial.

A las nueve en punto de la mañana salen los centenares de niños de las Escuelas en correcta formación, con las caras limpias y los *trapitos de cristianar,* precedidos de su brillante banda de música, en dirección de la parroquia de san Pedro, echando al aire los alegres sones de un pasodoble y presentando a los ojos de los vecinos que, extrañados, salen a las puertas y ventanas, un estandarte en que, con letras de a palmo, se lee:

CRISTIANOS
A MISA
LO MANDA DIOS

Y ¡claro!, se oye la música con alegría, se ve a los niños con gusto, se lee con curiosidad el letrero, y muy duro se ha de tener el corazón para no *tocarse* el pañuelo ellas, o calarse el sombrero ellos y echarse a la calle a acompañar a los niños y recoger aquella invitación, hecha tan simpáticamente en nombre de Dios...

1696. Conque, amigo *Uno*, anímate a hacerte *chiquillo o chiquilla*, o lo que sea menester, para hacerlos a todos de Cristo. Salta, corre, marcha militarmente, juega a las bolas o al trompo, sin miedo a tus años y a los kilos de tu *humanidad*, que por acá tenemos *reverendas humanidades* de cien kilos que, sin reparo y con tanto gusto como fruto, lo hacen.

Que todos esos saltos y brincos verás tú cómo sirven para aprender a dar el salto que nos cuele en el cielo.

En donde quiere verse contigo tu afectísimo in C.J.- *El Otro.*

***

Y continuaba la materia en otra carta a *Uno.*

Más del catecismo. Y ¿cómo se conservan?

1697. "Amigo *Uno:* ¡Y que no viene apurado el tal amigo en la carta que acaba de escribirme! ¡Parece que la ha escrito al pie de algún sauce llorón, o que, como andamos en los alrededores de Semana Santa, acaba de leer las *Lamentaciones* de Jeremías! ¡Vaya apuritos y decaimientos y ganas de dejarlo todo y de mandar la gente a paseo los que está pasando mi afligidísimo amigo!

El caso

1698. "Figúrese usted, me dice en su carta-lamentación, que después de tres domingos de catecismo, con un lleno espantoso de chiquillos y chiquillas, se me dejan venir al cuarto unos ¡quince! y ésos de mala gana y deseando coger el *vale* para largarse. No me extrañó mucho, sin embargo, acordándome de que una compañía de titiriteros ambulantes, con su indispensable séquito de payasos, monos, golpes de murga y de caracol a guisa de bocina, andaba rondando las calles de la feligresía. Los títeres, me dije, me han quitado a los niños. Pero llega el otro y el otro. Y nada, ¡quince, veinte, poco más o menos! ¡De ahí no pasan!

¿Qué hacer? Yo he dado vueltas, he olfateado por el pueblo a ver si alguna calumnia, algún enemigo oculto de la obra o mío era el causante de aquel *bajonazo.* He preguntado indirectamente a los vecinos, y aunque he descubierto algunos casos de coacción por parte de los padres, en general, lo que he visto es estado de indiferencia, sin importárseles un rábano el catecismo y la iglesia y todo lo que se refiera al alma, expresado con admirable exactitud y frescura por una mozuela que respondió a mis indagaciones: "No vaya usted a creer que es por *ná;* no vamos, porque ¡no *mos* lo pide el cuerpo!".

¿Me quiere usted decir qué se responde a eso?

Yo quiero que me diga usted qué argumentos se emplean o qué medios hay que usar para que a la gente le *pida* el cuerpo venir a la iglesia.

Por lo pronto, a mí me va entrando un aburrimiento terrible, contra el que no pueden nada o casi nada las reflexiones que me hago de perseverancia, resignación, confianza en Dios, etcétera, etc.

Por Dios, dígame usted pronto lo que se le ocurra, para conservar este catecismo que con tanta alegría empecé como ganas tengo de dejarlo".

1699. ¡Vaya por Dios, vaya por Dios, amiguito mío, y qué pronto has olvidado aquella maximita que te enseñé hace algún tiempo de que "Dios en las obras hechas para su gloria no premia el *fruto recogido,* sino el *trabajo empleado!,* y aquello de "la obra mejor empezada puede hacerse mala o inútil por la inconstancia".

Un cura va a un pueblo, y después de predicar mucho y cumplir muy bien sus ministerios, consigue atraer, por junto, ¡a un solo feligrés!

¿Qué debe hacer? Yo creo, sencillamente, que debe hacer con él solo lo que haría con una gran concurrencia de fieles.

Sentarse por las mañanas muy temprano en el confesonario, como si tuviera que confesar a un batallón; subirse al púlpito cuando la iglesia manda y predicar ante su único feligrés con el mismo fervor y entusiasmo que si predicara a mil hombres; celebrar sus funciones y dar su catecismo y hacer todo, todo lo que se haga en la iglesia más concurrida y piadosa.

1700. De párroco sé yo que ha predicado un magnífico sermón *a los pilares* del templo y a dos o tres buenas viejas, tan buenas como dormilonas, y cuando le he preguntado, extrañado, si no se aburría de predicar tan solo, me ha contestado: "¡Quiá! ¡cumplo con la Iglesia y ensayo mi sermón para otra vez!".

Y vamos a ver:

¿Tú crees que ese cura quedará mucho tiempo solo en su parroquia si sigue *con constancia* esa vida? ¿No crees tú que, habiendo esa constancia por parte de él, antes se cansarán sus feligreses de ser malos o indiferentes que él de ser buen cura? Y, aunque no consiguiera aumentar su feligresía y muriera dejando sólo un feligrés en su parroquia, dime, amigo, ¿no valdrá nada ante Dios esa vida de trabajo constante sin estímulos, sin alientos, sin la satisfacción del fruto, llena de hieles muy amargas, de desengaños crueles, de lucha sin victoria, de soledad abrumadora?

Yo no sé, aunque me la figuro, la gloria reservada en el cielo para un apóstol que se presente en él rodeado de miles de almas. Pero me atrevo a asegurar que no andará muy lejos de esa gloria la de aquel apóstol sin fruto y sin almas y sin aureola, pero que puede presentarse ante el supremo Juez y decirle: "Señor, un solo talento me disteis en la tierra, aquí tenéis el talento que con él he ganado".

1701. De modo que ¿qué hacer ante la inconstancia, la indiferencia y la ingratitud de los niños del catecismo y, en general, de los fieles?

1º Acordarse de que Dios no pide *fruto sino trabajo.*

2º Estimular la asistencia, más que con regalitos y premios, con *cariño y confianza* en el atractivo de la gracia de Dios, explotando en favor del catecismo la *influencia* de los más listos y adheridos y de las relaciones, simpatías, servicios prestados, etc.

3º No dejar de hacer nada movido *sólo* por la razón de ¡que como son tan pocos! Así, si acostumbra a jugar con ellos, jugar con tres como si hubiera mil; obsequiar, tratar con cariño, predicar en la hora señalada, pasar lista, todo, todo hágase lo mismo con pocos que con muchos; y

4º Cumplir al pie de la letra el consejo que se daba a sí mismo un maestro de escuela cuando *iba* a desanimarse por la inconstancia de sus alumnos; éstos, se decía, se ha cansado ya de venir; esperemos a que se *cansen de no venir.* Y acertaba.

1702. La práctica enseña que el secreto de la numerosa asistencia está muchas veces en eso, en que ya se *han cansado de no venir.*

¡De todo nos cansamos! ¡Hasta de cansarnos!

En la antigüedad se dijo que "la fortuna ayudaba a los valientes" y ahora te digo yo que el gran valor está, no en derribar de un golpe a mil enemigos, sino *en perseverar hasta el fin.*

Para mí, un hombre que en una obra buena, que emprenda, vence el aburrimiento, el desaliento, y no se exalta por el mucho éxito, ni se amilana por el poco y sigue hasta el fin, ese hombre, repito, tiene todas las señales del Espíritu de Dios y es para mí más valiente que Napoleón y que el Cid Campeador y que todos los Napoleones y Cides juntos.

Lo cual enseña que para saber lo que vale una obra de celo o de Acción Social, y lo que prometen y son los hombres que la dirigen, hay que mirar no a los fervores y entusiasmos de los primeros meses y del primer año, que eso puede muy bien explicarse por el ansia de novedad del espíritu humano, sino a lo que queda después de esos entusiasmos y fervores y cuando la prosaica y monótona realidad se ha encargado de servir de tamiz por donde ha pasado el grano limpio y en donde se han atascado los *granzones* y elementos extraños que no podrán pasar.

1703. ¡Ay, amigo mío! si yo tuviera unos pulmones como el cañón que soñó Julio Verne para su fantástico viaje a la luna o una mano tan larga que llegara a todas las fachadas de las casas de todas las obras de Acción Social Católica, estaría siempre dando esta voz: ¡Constancia! O escribiendo esa palabra en aquellas fachadas con un carbón muy negro para que no se borrara nunca.

Porque ¿sabes cuándo yo dejaría de aconsejar constancia? Cuando en nuestras obras no tuviéramos nada que hacer ni *ad intra, ni ad extra.*

Ad intra, esto es, trabajar de puertas adentro, que mucha falta hace.

Porque yo no sé si tú te habrás fijado en este fenómeno no raro y bastante significativo, y es que de ordinario nos preocupamos más de la *cantidad* que de la *calidad.* Nos halaga más entretenernos en contar los cientos de nuestros niños, o de nuestros socios, que meternos mucho en averiguar el espíritu, el adelanto, el aprovechamiento de la obra y de sus individuos.

Y es que mucho de lo que parece oro, no es oro, sino *doublé* y pura *farfolla.*

1704. Bien está que se trabaje *ad extra.* Es decir, en programar, atraer, armar ruido, para que nos oigan y nos sigan. Pero sin descuidar y sin dar lugar secundario a los trabajos *ad intra.*

Y en éstos yo te lo aseguro, siempre hay algo y mucho que hacer, aunque no pasen de dos o tres los que se beneficien con aquella obra.

Y precisamente estos consejillos y reflexiones para responder a tu pregunta de cómo se *conservará tu catecismo* y, en general, las obras de Acción Social, me llevan insensiblemente a hablarte de cómo se *harían más provechosas y fecundas.*

Pero en esto, mis cuartillas se me acaban, y lo que es más de temer, tu constancia en leerme, no obstante, los propósitos que sobre ella habrás formado al leer los anteriores renglones.

Conque, ¡constancia y hasta otra!

Tu affmo. in C.J.- *El Otro.*

Y cuando se trabaja con esa constancia, el Corazón de Jesús no retardará

El fruto del catecismo

1705. Y véanse, como muestra, algunos que yo he visto:

NIÑAS-APÓSTOLES

Varios casos sin comentarios.

Protagonistas: niñas del catecismo.

Primer caso

Una niña ha logrado reunir unos cuantos realillos, *perra a perra,* para la feria de la Cinta.

¡Cuántos cálculos ha oído hacer a sus compañeras de lo que harán con las perrillas que para entonces tendrán reunidas! Quién, una muñeca. Quién, un *piopón.* Ésta, una carrañaca. Aquélla, una cajita de polvos para la cara, ¡la muy coquetuela! Todas, todas, soñaban con un juguete.

Llega la Feria y nuestra niña deja pasar los tres primeros días sin comprar nada, no obstante las invectivas y preguntas de las compañeras que la excitaban con el ejemplo del juguete apetecido y ya comprado.

El último día, que es el de la fiesta de Nuestra Señora de la Cinta en su santuario, se presenta delante del puesto que las confiteras del Sagrado Corazón tienen establecido en el atrio de aquél, a beneficio de las Escuelas Católicas y con la serenidad del que sabe lo que hace y con la alegría del que satisface un gusto de una persona querida, pide precios de las placas del Sagrado Corazón y de los *detentes* que allí se venden. -Pues deme usted tantas de éstas y tantos de éstos- dice descorriendo

el nudo de un pañuelo cuidadosamente guardado en el pecho y sacando de él las perras de los ahorros de ¡un año!

-¿Y para qué quieres tú tantas placas? ¿No te gustaría más un dulcecito de éstos- pregunta una de las señoritas vendedoras.

-Mire usted, como gustar, me gusta el dulce, pero me gusta más ver en la puerta de mi casa y en las de todas mis primas esas placas con el Corazón de Jesús.

¿Qué tal la niña?

Segundo caso

1706. Escena, un corral de vecinos.

-Mamá, han dicho hoy el Padre cura y la maestra del coro, que es una pena muy grande que vaya tan poca gente a Misa los domingos, porque Dios manda muchos castigos a las casas de los que no van, y después el infierno, y yo no quiero que usted y papá se vayan al infierno, ni que les pase nada malo.

-Pero, hija, si yo no puedo ir a Misa, porque ¿quién se va a quedar con el niño chiquito, que se pone hecho un *berraco* cuando se ve solo, y quién va a preparar el café a tu padre, que no puede pasar sin él por la mañana temprano?

-¿Que quién? Pues yo misma. Verá usted el arreglo: Usted va a la Misa primera, que es a las cinco y media, y yo me quedo entreteniendo al niño para que no llore. En cuanto al café de papá, usted me enseñará en esta semana a hacer café y yo se lo haré muy tempranito. Después yo me voy a la Misa de la doctrina, y Dios no nos castigará.

Este caso no es único y, según noticias, va dando resultado.

Tercer caso

1707. Una niñita de nueve años se presenta a confesar el domingo, primer día de Feria, con los *trapitos de cristianar.*

-Mira, mujer; mira qué *peripuesta vas.* ¡Cómo se conoce que es día de feria! -le dice uno en la iglesia.

-¿Por qué lo dice usted? ¿Porque vengo arreglada? Pues no es para la feria, que es para comulgar. ¿Le parece a usted *poca feria* ésa?

¡Ajajá! Y gracias a Dios.

Método de enseñar

1708. Alargaría mucho la extensión de este librejo la descripción de los varios métodos que se emplean con fruto.

Aquí sólo digo que el método preferible es aquel que mejor cautive la atención de los niños. Cautivada la atención, bien puede enseñárseles cosas difíciles. Las entenderán y se quedarán con ellas, como la esponja se queda con el agua que toca. Distraída la atención, aunque se les hable de lo más sencillo, no cogerán ni una letra.

El problema de la atención

1709. Éste puede decirse que es el gran problema del catequista y, en general, de todo el que enseñe a niños.

Hay que hacerse cargo de que la atención del niño es como esas bolitas de azogue con que él juega, siempre inquieta y siempre dispuesta a descomponerse en cien bolitas.

Un gran método para atraer la atención sería el que se fundara en este luminoso pensamiento que tuve el gusto de oír exponer al insigne pedagogo don Andrés Manjón: «Para que nuestra enseñanza llegue bien a la mente del niño hay que no olvidar que éste no es sólo unos oídos que oyen, sino que es también unos ojos que ven, unas manos que palpan, unos pies que corren y un cuerpo que tiene continua necesidad de moverse. Y mientras más parte se dé en la instrucción a todo esto, tanto más completa y perfecta será».

El desarrollo de ese pensamiento es el que ha dado, quizá, principalmente, la justa fama de que gozan las célebres Escuelas del Avemaría de Granada, fundadas y sostenidas por el insigne maestro, ya citado, y por mi parte certifico que la constante aplicación de ese mismo pensamiento a la enseñanza que se da en las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, está produciendo adelantos verdaderamente maravillosos.

Medios o procedimientos fundados en ese principio son: el catecismo en imágenes, o por proyecciones luminosas; la representación por los mismos niños de las historias bíblicas o parábolas evangélicas; la personificación de virtudes, vicios, mandamientos, sacramentos, peticiones del Padrenuestros, ángeles, demonios, etcétera, etc.

Una lección práctica por este método

1710. Quiero explicar los mandamientos de la Ley de Dios, y empiezo por escoger diez muchachos. Pongo a tres, uno detrás de otro, a la derecha, y a los otros siete del mismo modo, a la izquierda. Cada uno es o representa un mandamiento y no responde más que por el nombre de aquel mandamiento.

Colocados así, se les explica brevemente la historia de la promulgación de los mandamientos, se les hace ver por qué están divididos en dos grupos de tres y de siete, y a continuación entran en escena los personajes.

-¿Quién eres tú?

-Yo soy el cuarto mandamiento.

-Y ¿a qué vienes?

-A mandar honrar a los padres y a las madres.

-Y ¿quién se mete contigo? ¿Quién te cumple? ¿Qué bienes les vendrán a éstos y qué males a aquéllos? ¿A quienes más mandas tú honrar? etc., etc.

Parecidas preguntas se hacen a los demás *personajillos.*

Y cuando cada cual está bien *poseído de su papel,* se cuenta una historia o un ejemplo en que se den casos de observancia o infracciones de los mandamientos, con el fin de que en cada una de aquéllas o de éstas, levante la voz el *mandamiento aludido,* diciendo: "¡Ahí se me respeta a mí! O «¡ahí se me falta!».

Con este ejercicio u otro parecido se pasa sin sentir una hora, en la que los niños han jugado y aprendido o, mejor, han aprendido jugando, los mandamientos.

De esto basta con lo dicho.

Quizá en plazo no lejano publique aparte algo sobre metodología del catecismo[5].

La cooperación de Hermandades

[5] Sobre esta metodología o forma práctica de enseñar catecismo, están publicados los libros: **Partiendo el pan a los pequeñuelos, Sembrando granos de mostaza, La gracia en la educación y El Catequista cabal.** Todos se incluyen en la **SECCIÓN "ESCRITOS DE CATEQUESIS"** que van en el tercer tomo de estas O.C.

1711. Éstas con un excelente medio de multiplicación de la acción del cura, *siempre* que conserven bien el espíritu de las mismas y tengan al frente una persona de toda confianza suya.

Muy recomendables son entre otras: La del catecismo, y los Niños reparadores, para los niños. Las Congregaciones Marianas para jóvenes de uno y otro sexo. La Sacramental o Adoración Nocturna, para fomentar el culto al Santísimo y la Comunión frecuente. Las Conferencias de san Vicente, utilísimas. El Apostolado de la Oración, la Acción Católica y las Marías y Discípulos de San Juan.

Un consejo sobre su elección: que no siempre es bueno el *que todo sea nuevo* y que hay que andar con mucho tiento en el *abandonar lo antiguo...*

El buen ejemplo

1712. ¡He aquí el gran predicador y fomentador de la vida cristiana de una parroquia" *la voz se oye*, dijo san Bernardo, *el ejemplo arrastra.*

Como yo no hablo aquí con sacerdotes extraviados, que con su funesto ejemplo van por esos mundos cazando almas para el diablo, sino que hablo con sacerdotes que quieren cumplir y salvarse, salvando muchas almas, no hablo del buen ejemplo en contraposición al ejemplo escandaloso, sino más bien del buen ejemplo en el modo de cumplir con la ley de nuestro augusto ministerio.

Vayan de muestra unos cuantos casos que son de un efecto maravilloso en el pueblo.

Empecemos por la casa del cura. El ostentar la placa del Sagrado Corazón o del Avemaría tradicional en la fachada; el adornar las paredes con cuadros que edifiquen; el pagar al criado o la criada un poquito más de lo que se les paga en las demás casas; el evitar en ella reuniones de diversión, aun honestas; el cerrarla temprano y abrirla temprano también; la notoria honradez y buena fama de la servidumbre, etc., etc.

Pasemos al templo: el hacer la meditación ante el Sagrario por la mañana antes de sentarse en el confesonario, y hacer la visita al Santísimo Sacramento por la tarde. La reposada y devota administración de los santos sacramentos y ceremonias religiosas. El buen orden de la sacristía y archivo. La afabilidad con todo el que llega. El cumplimiento exacto de la santa liturgia, etc., etc.

Todos estos buenos ejemplos y otros muchos que el celo y la piedad inspiran, esparcirán por la parroquia *el buen olor de Cristo*, que atraerá a muchos y elevará a no pocos.

Del buen ejemplo ha dicho el santo Concilio de Trento que es *una clase o estilo perpetuo de predicación.*

El pulimento de las almas

1713. Tarea es ésta que yo recomiendo muy encarecidamente a mis hermanos por los buenos frutos que produce.

Por un fenómeno que yo no me meto ahora a explicar, sucede que de ordinario nos preocupamos más de los malos, malos que no quieren nada con la iglesia, que de las almas que yo llamaría *entreveradas*, por tener de las buenas alguna cantidad de buen deseo y de práctica de religión y de las malas la flojedad, la pereza, la indecisión para entregarse a lo bueno.

Yo creo que sería más *político* y más estratégico preocu- parse, primero, de ganar del todo esas almas *casi* de Cristo y que están más cerca, y después, de los que están más lejos.

Pues a esa tarea de hacer de las almas *entreveradas*, almas buenas, y de las buenas, almas santas, llamo yo *pulimento de las almas.*

Tengan presente mis hermanos que muchas de esas almas están en esa situación, sencillamente porque nadie se ha metido con ellas, y que no pocas no necesitan más que el "levántate y anda", dicho por el sacerdote con un poquito de interés y de cariño, para salir andando por los caminos de la perfección cristiana.

1714. Por no meterme en el campo de la teología ascética, me contentaré con indicar dos medios eficacísimos de *pulimento* de almas.

1º El fomento de la vida de piedad; y

2º El procurar por todos los medios la devoción *sólida, afectuosa y expansiva* al Sagrado Corazón de Jesús.

Son dos medios aplicables a todas las edades, condiciones, sexos y grados de ilustración.

En mi parroquia tengo niñas de once y doce años con meditación (por un método especial para ellas), examen, lectura espiritual, comuniones espirituales frecuentes y sacramental diaria y hasta su poquito de mortificación. Y todo esto perfectamente armonizado con la alegría para sus juegos infantiles y su tiempo para la escuela.

Y, en verdad, que se dan casos verdaderamente admirables, que por no extenderme demasiado, no cuento.

Ayudarán mucho para el fomento de la piedad la constante invitación y orientación a los penitentes hacia ella, el retiro espiritual cada mes y los eficacísimos Ejercicios de san Ignacio todos los años, la incesante circulación de hojas y libros piadosos y la frecuente, y a ser posible, diaria Comunión.

Pero el medio, sobre todo medio, el *siempre eficaz,* y no se tome a exageración ni una sola palabra de las que aquí digo, el medio *número uno* para hacer de las almas entreveradas, almas piadosas, y de las piadosas, almas sublimes es

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

1715. La devoción, he dicho antes, *sólida, afectuosa y expansiva.* Y como la cosa tiene más miga de lo que parece, y como al hablar del Corazón de Jesús y de su influencia en la vida de una parroquia, yo quisiera hablar no sólo con una boca, sino con cien bocas, y escribir no con una mano, sino con mil manos para dar un poco de desahogo a mi corazón agradecido, que tantos motivos tiene para deshacerse en alabanzas a Él. Y como yo estoy firmemente persuadido de que un cura que se *chifle* (y permitidme la palabra en gracia a su expresivo significado) por el Corazón de Jesús y que tome en serio el *chiflar* por Él a sus feligreses, es un cura que, si quiere, hasta llegaría a hacer milagros... Y como yo estoy tan cierto de todo esto como de que dos y dos son cuatro, quiero detenerme en este punto y no pasar de él hasta haber hecho participar de este mi convencimiento al hermano más desconfiado y abatido.

Para ello me bastará entresacar datos de mi revistilla EL GRANITO DE ARENA, escrita desde su primera letra hasta la última sólo para demostrar *con hechos* esa teoría.

Y perdonen la digresión en gracia a su excepcional importancia.

Empiezo a entresacar.

A propósito de la fiesta del Sagrado Corazón en 1908 escribía yo en EL GRANITO DE ARENA.

EN HONOR DEL AMO

1716. Se acerca una fiesta para EL GRANITO DE ARENA y su gente, muy señalada y muy agradable.

¡La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús!

El proyecto de publicar un extraordinario, con artículos y firmas respetables, me ha traído un poco perplejo en estos días.

Yo había pensado invitar a algunos amigos literatos a que escribieran unas cuantas cosas bonitas en prosa y verso para un número extraordinario de EL GRANITO DE ARENA. Pero me he dicho: ¿y no sería más práctico y más del gusto de los lectores el que EL GRANITO celebrara esa fiesta contando con su estilo casero y a la *buena de Dios* algunas de las cosas que el Sagrado Corazón ha

hecho y hace por estas tierras de Huelva y por qué su fiesta la celebramos acá con júbilo extraordinario?

Y como esto de ser ante todo práctico es lo que más puede halagar a EL GRANITO DE ARENA ha optado por contar lisa y llanamente a sus amigos de dentro y de fuera el porqué de sus alegrías.

Una advertencia quiero hacer ante todo: yo desearía que este articulillo no lo leyeran los que no tienen fe, ¿para qué?, si no van a sacar nada de provecho ¡No entenderán ni el lenguaje! Hablo ahora con gente, por lo menos, de alguna fe.

¡Beaterías! ¡Ilusiones! Dirían aquéllos, si leyeran estos rengloncillos. Y como mi ánimo no es *discutir, sino contar*, vuelvo a rogar a los que no tienen fe, que me dejen contar tranquilamente unas cuantas *beaterías* a mis amigos o, mejor, a mis hermanos en la fe.

Y ya aquí solitos vosotros y yo, os voy a contar unas cuantas cosas que seguramente os van a gustar.

Los apuros de un cura

1717. ¿Os habéis detenido alguna vez en pensar lo que supone hoy ser cura párroco? Yo os ruego que por vía de preámbulo reflexionéis, siquiera un momento, en lo que supone ser capitán de un *ejército* nominal de 5.000 ó 10.000 soldados, *efectivo* de tres o cuatro no más, y con ese ejército efectivo tan *numeroso* sostener por obligación y por necesidad una lucha constante con un ejército nominal de pocos, en *efectivo* de miles de combatientes.

-¿Cuántas almas tiene su parroquia?

-Diez, quince, veinte mil.

-¿Y con cuántas cuenta usted para sus obras? ¿Cuántas incondicionales tiene?

-¡Quince o veinte!

Es decir, ¡el uno por mil!

respuesta que suscribirían sin vacilar muchos, la mayor parte de nuestros párrocos.

Pues con ese ejército de diez o quince tiene el párroco que vérselas todos los días y a todas horas para hacer frente al ejército de enfrente formado por los cristianos malos, los cristianos flojos, los cristianos a medias, los declaradamente impíos.

Es el *cordero* inerme rodeado de *lobos*, que profetizó el Maestro. Es el *capitán* con un puñadito de tres o cuatro hombres y unas pocas mujeres que tiene que reñir perpetuas batallas contra ejércitos de miles de combatientes. Es el *maestro* muchas veces desoído, siempre discutido, no pocas veces despreciado. Es el pastor de unas *pocas ovejas de verdad* y de muchos lobos con piel de oveja.

1718. ¿Y para los enemigos? ¡Ah!, para ellos es un hombre a quien se *tolera* que diga Misa, saque procesiones y predique en público. Es el *ave de mal agüero* que sirve de *bú* a los chiquillos y de *puntillero* a los enfermos. Es, ¿por qué no decirlo?, es un monstruo con cien bocas para comer por todas ellas los despojos de sus víctimas, con un estómago más grande que el del buey y más resistente que el del buitre para digerirlo todo; con unos ojos siempre abiertos para descubrir botines y unas manos muy estiradas para arrebatarlo todo; un monstruo sin corazón que da limosnas y hace bien por *cálculo*, por la *cuenta que le tiene.* ¡Qué miedo contemplar ese montón de iniquidades y miserias que, según nuestros enemigos, encubren nuestras negras sotanas! ¡Qué miedo!

Una pregunta

1719. Y ¿qué hace un cura con un pueblo semejante? Quizá alguno responda: morirse de pena. Ciertamente, síntomas y ahogos de muerte se sienten no pocas veces ante esos espectáculos. Pero no, no es hora de morir, es hora de vivir para pelear, para predicar, hacer bien por las almas aun fieles, e intentar al menos, algo en favor de las que no lo son. Es hora de echarse la cruz sobre los hombros y llevarla por todas partes para que la vean los hombres y no la olviden, sin temor tampoco

de que un día cualquiera arranquen los sayones de la revolución triunfante esa cruz de las espaldas del cura y, fijándola en cualquier calvario formado con los peñascos de muchas ingratitudes, lo claven y den muerte.

Entonces sí que ya no hay inconveniente en morir, pues ya sabemos lo que dan *las muertes en calvario:* Viernes Santos de remordimientos y tinieblas para los que matan, y Domingos de Resurrección para los que mueren... Éste es el cura de hoy y ésa su suerte.

¿Y qué hace, volvemos a preguntar, un cura con un pueblo semejante?

La respuesta

1720. Y aquí entra el *Amo.*

Decía un amigo mío, hombre listo y experimentado, si los hay, que quería rodearse de *chiflados* en cada ramo de los órdenes de la actividad humana, un chiflado por las artes, otro por las letras, otro por la propaganda, otro por la enseñanza, otro por las cuestiones financieras, etc.

¡Ahí no es nada lo que quería mi amigo! ¡Como que en este mundo, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural, no se hace nada que sobresalga un dedo del nivel ordinario a no ser por los *chiflados!*

El *chiflado* es el hombre de una sola idea, de un solo entusiasmo, de una sola dirección. Y todas sus ideas, sus amores y su actividad a esa sola idea, a ese solo entusiasmo y a esa sola dirección convergen.

"Teme al hombre de un solo libro", se dijo en la antigüedad. "Teme al hombre de una sola idea, es decir, teme al *chiflado* si es tu enemigo. Espera mucho de él, si es tu amigo.

1721. Pues bien, amigos míos, y ahora me dirijo especialmente a mis hermanos los sacerdotes, aquí teníamos necesidad imperiosa de *chiflados* por Cristo, por su religión bendita, por la educación católica de los chicos y de los grandes, por la prensa buena, por obras de Acción Social Católica, por todos esos medios, en fin, que pueden dar vida a un pueblo muerto por haber cortado su comunicación con Cristo. ¡Chiflados! ¿Y cómo encontrarlos, mejor dicho, cómo hacerlos?

El arte de la chifladura

1722. ¿Cómo? He aquí nuestro procedimiento: comienza uno por *chiflarse* por el Corazón de Jesús o, más bien, por pedirle que lo *chifle* en cuanto antes por Él. A petición tan razonable Él nunca se niega. Después, o al mismo tiempo, se propone uno no dejar escapar ocasión sin decir o hacer algo que *sepa a Corazón de Jesús.*

En el púlpito sacar siempre el Corazón de Jesús. En el confesonario no dejar pasar confesión sin nombrarlo y sin recomendar algo su culto, especialmente los primeros viernes. En la catequesis, hacer decir muchas veces a los niños que quieren al Corazón de Jesús y recomendarles que le recen por la mañana y por la noche. En la visita de enfermos, invocar con ellos al Corazón de Jesús. En las visitas particulares, ocuparse en contar lo que *va haciendo* el Corazón de Jesús (cuando se está en esta marcha siempre hay algo que contar). En las cartas, y hasta en los papeles y asuntos más extraños, meterlo a Él.

En una palabra, en todo lo que uno diga, haga o proyecte, que entre en primer lugar y nombrado con su nombre el Corazón de Jesús, y cuando esto se hace de un modo habitual, yo no me meteré a explicar el modo y el porqué, pero es lo cierto que cuando se da uno cuenta se encuentra con una serie de hombres, mujeres, jóvenes, viejos y hasta chiquillos *chiflados perdidos* por el Corazón de Jesús.

Y ¡no es nada la que se arma con un grupo de esos *chiflados!*

Chifladuras

1723. Y salen señoritas muy finas y elegantes que se toman unas caminatas enormes para enseñar la doctrina y repartir propaganda por los barrios más apartados y entre la gente más desalmada. Y salen esas otras no menos finas que se meten a confiteras, costureras, fotógrafas, perfumistas o mendigas de a *perra gorda*, para hacer y sostener escuelas católicas. Y salen hombres ricos unos, y pobres otros, que, pisoteando respetos humanos y despreciando comodidades, acompañan a Cristo y al sacerdote a dondequiera que vayan, se hacen obreros con el obrero y enfermos con el enfermo, se constituyen agentes de colocaciones y de negocios en favor de los pobres, y no tienen más que un *sí* firme y decidido a todo lo que por sus pastores se les ordene. Y salen unas obreritas tan valientes y tan heroicamente abnegadas que, después de sostener, sin cansarse, rudas oposiciones domésticas, a veces hasta de sus mismas madres, realizan admirablemente el apostolado del obrero por el obrero, siendo verdaderos apóstoles en sus talleres y oficinas. Y salen hasta niñas de doce y catorce años que aprovechan los juegos con las niñas de su edad para hablar a éstas del Corazón de Jesús y jugando obtener de ellas actos de amor a Él. Periódicos malos para romperlos y no pocas conquistas de confesiones y comuniones [6]. Y sale, en fin, una clase de personas que no tienen otro pensamiento, ni otro deseo, ni otro entretenimiento que *chiflarse* por el Corazón de Jesús y contagiar al mundo de esa santa y sublime *chifladura.*

Más chifladuras

1724. Y ¡claro!, con gentes de ese temple no es extraño que en esta tierra de Huelva, de *minas y mineros,* de ingleses y *anglófilos,* se hayan realizado en el espacio de tres años las siguientes *chifladuras:*

1ª Una panadería (80.000 pesetas).
2ª Una barriada de casas para pobres.
3ª Un Centro Católico de Obreros.
4ª Una caja de Ahorros y un Monte de Piedad.
5ª Un taller de ropas para los pobres.
6ª Otro ídem.
7ª Una escuela nocturna de adultas.
8ª Una escuela gratuita para 500 niños.
9ª Una escuela mixta.
10ª Una escuela nocturna de obreros.
11ª Una biblioteca parroquial ambulante.
12ª Un Gestor popular o Secretariado del pueblo.
13ª Una asociación moralizadora de los presos.
14ª Visitas de enfermos, compra y reparto de buena prensa.
15ª *El Granito de Arena.*

¿Qué tal?

¿No es verdad que al leer esa lista se siente una cosilla por el corazón, algo así como alegría, esperanza y, sobre todo, muchas ganas de *chiflarse* por el Amo, autor de todas esas *chifladuras?*

¿No es verdad, también, que todas aquellas congojas que sentía uno al contemplar el triste estado de nuestra sociedad y lo poco que para remediarlo puede el cura, se truecan en risueñas esperanzas cuando se leen esas cosas hechas por los *chiflados* de Huelva?

---

[6] Una de estas niñas ha obtenido recientemente, mediante una rifa de su invención entre sus compañeras, 130 periódicos, 30 revistas y tres novelas malas.

¡Hay que chiflarse

1725. Sí, hermanos míos en la cura de almas, vosotros, los que sentís mucha pena porque veis vuestros Sagrarios desiertos y que estáis tan solos, que quizá´seáis la única persona que en el pueblo no tenga amigos, *chiflaos* y haced *chiflados* por el Corazón de Jesús. Hermanos míos, los católicos todos, que os interesáis un poco por la salud de las almas y os sacrificáis por ellas, *chiflaos* por el Corazón de Jesús, y haced *chifladuras* para gloria de Dios. No miréis que os lo dice EL GRANITO DE ARENA, que es muy chico, y este sacerdote tan chico como su periódico. Mirad que os lo dice un pueblo, una ciudad, Huelva, que está tocando ya el fruto de esas *chifladuras*, y que, merced a ellas, va volviendo a Cristo y a su Iglesia santa.

Sacerdotes, religiosos, católicos todos, ¡dichoso el día en que cada parroquia tuviera, por lo menos, un *chiflado* por el Sagrado Corazón de Jesús! E. día en que en España o en el mundo se pudiera formar una gran *hermandad de chiflados* por el Corazón de Jesús, con corresponsales ídem en cada pueblo, era el día, o por lo menos la víspera, del triunfo definitivo de Jesucristo, Rey de los siglos.

*****

1726. ¡Corazón Santísimo de nuestro Rey Jesús, Amo de todas nuestras obras!, principio, medio y fin de todas ellas, por quien suspiramos y para quien trabajamos. Amo querido y Amor de nuestros amores, bendice a tus *chiflados y chifladas* de Huelva y consérvales y auméntales su chifladura.

Chiflados por Ti queremos vivir y chiflados quisiéramos a nuestros hermanos, a nuestros vecinos, a los hombres todos. *Chiflado* quiere ser y alentador de *chifladuras* EL GRANITO DE ARENA, y chiflado y *más chiflado* que todos, el *«no plus ultra»* de los chiflados por Ti quiere ser, *el arcipreste de Huelva.*

***

La publicación de éste y otros artículos y de multitud de casos en Confirmación de aquéllos, junto con mi conferencia en la Tercera Semana Social de Sevilla, que habla de lo mismo, hicieron que se dilatara el campo de experimentación. En 5 de marzo de 1909 publicaba lo siguiente:

SÍ, HAGA USTED LA PRUEBA

1727. De Campo Maior (Portugal) y firmada por un reverendo sacerdote, cuyo nombre no hace falta conocer, he recibido una carta, de la que entresado este párrafo:

«He leído hoy con inmenso placer el discurso de usted en la Semana Social de Sevilla. Yo estoy en peores circunstan- cias que usted, y lo iba a abandonar todo, pero vi lo que decía y haré experiencia.

Dígnese enviarme a vuelta de correo algunos **números de EL GRANITO DE ARENA...»**

A él y a otros que quizá se encuentren en el mismo caso quiero responderles desde estas columnas con la breve narración de un hecho que conozco por haber intervenido en él y que viene a ser una nueva Confirmación de la *teoría* que para resucitar a un pueblo muerto exponía en mi pobre conferencia.

Hará tres meses vino a visitarme un antiguo compañero de seminario, recién nombrado cura de uno de los pueblos de esta provincia.

Cambiados los primeros saludos y sabiendo yo que le había caído en suerte una de las parroquias más irreligiosas de la diócesis, le pregunté por ella, por sus trabajos de celo y por la correspondencia de los feligreses a los mismos.

El tinte de tristeza que cubrió su cara y lo entrecortado de sus palabras me dieron a entender que aquello estaba muy malo y que en su alma se libraba una gran batalla entre su celo de pastor de muchas ovejas descarriadas y el desaliento del que trabaja, predica y se mueve en el vacío más espan- toso.

-¿Hay muchas comuniones? -le pregunté.

-¡Trece! en los cuatro meses que llevo de cura, y ésas no son de personas del pueblo, sino de forasteros, que han estado allí de temporada.

-Y a la Misa del domingo, ¿acuden muchos?

-De dieciséis a veinte personas.

-¿Y cuántas almas tiene la parroquia?

-Más de tres mil.

-¿Conocen allí la devoción al Sagrado Corazón de Jesús?

-Ni una estampa de Él.

-¿Quieres hacer una prueba?

-Todo, con tal de no ver aquella soledad tan triste en que está mi parroquia.

-Yo te garantizo el buen éxito, es seguro.

-Dios te oiga.

1728. Y diciendo y haciendo, voy al cuarto en donde guardo las cosas de propaganda y saco un vistoso cromo de cerca de un metro con la imagen del Sagrado Corazón, que me gusta tener para casos parecidos.

-Aquí tienes -le dije mostrando la imagen- al que te va a levantar la parroquia y te la va a llenar de gente. Colócala en sitio principal. Inaugura su culto con una fiesta lo más solemne que puedas. Pídele desde hoy que te *chifle* por Él, para que tú puedas *chiflar* a tu pueblo. Predica de Él, habla de Él en el catecismo, en el confesonario, con todo el que te encuentres y venga a pelo o no. Nómbralo mucho, a todas horas y en todas partes. Reparte estas estampas y *detentes* (también del cuartillo de la propaganda) por el pueblo y, hermano mío, ya verás la que se va a armar en tu parroquia, vas a tener que reforzar el confesonario, que estará apolillado de no servir, y las campanas, porque te aseguro que va a *caer bulla.*

Esperanzado y dispuesto a hacer la prueba partió mi amigo.

1729. Al mes de nuestra conversación, nueva visita del compañero, pero variada la *decoración*. Me parecía que venía hasta más grueso.

Había puesto a su cuadro un marco de lo mejor que encontró; lo había colocado en el centro del altar mayor, adornado con flores y luces y corrido la voz de que iba a haber gran fiesta. Y lo asombroso del caso fue que en aquella parroquia en donde no era posible ver tres personas juntas comulgar, se celebró la fiesta con una Comunión de ¡26 personas! y que después no bajan las comuniones de cinco al día y suben bastante no pocas veces. El catecismo más concurrido, la parroquia más visitada, y en todos y en todo, se nota un cambio tan favorable, tan lisonjero, que no quedan ganas más que para dar gracias al buenísimo Corazón de Jesús y trabajar cada vez más para meterlo en todos los corazones y *chiflarlos* a todos en su santo amor.

Conque hermano de Portugal, ¿ve usted cómo ha sido cosa de Dios el que lea usted la pobre conferencia del pobre arcipreste de Huelva y de Dios también el decidirse a hacer experiencia de la *teoría* que allí expone? Y ¿cree usted que el Sagrado Corazón de Jesús, que tanto quiere a Portugal, y a quien tanto se quiere en Portugal, va a ser con su pueblo menos generoso que lo ha sido con Huelva y con ese pueblecito de que le he hablado?

¡Que no puede ser! Y tan no puede ser que ya me estoy frotando las manos de gusto y se me hacen los dientes agua, esperando la carta en que usted me diga:

"¿Sabe usted que aquello dio resultado?"

¡Vaya si lo dará!
Y ¡pronto! - *El arcipreste de Huelva.*

***

En 5 de julio del mismo año publicaba estas

CONFIRMACIONES HALAGÜEÑAS
(especial para párrocos)

1730. Verdaderamente consoladoras son las noticias que va recibiendo EL GRANITO DE ARENA sobre el buen fruto que va produciendo su siembra por esos mundos de Dios.

No una, sino muchas, muchas veces ha dicho y probado EL GRANITO que no hay Acción Social más sólida, eficaz y fecunda que la inspirada, sostenida y dirigida a, en y por el amor del Sagrado Corazón de Jesús y que no hay medio más práctico y pronto para levantar el espíritu de una parroquia, como establecer y propagar con ahínco esa devoción.

Pues bien, ese mismo bondadoso Corazón ha querido consolarnos en este su mes pasado, dejando llegar a nuestros oídos noticias de pueblos y curas que, poniendo en práctica esa teoría, manifiestan agradecidos y contentos su satisfacción por los frutos obtenidos.

Y como no se nos impone sigilo y ellos son buenos para no resentirse con nosotros por lo que, sin querer, podamos ofender su modestia, vamos por partes:

El cura de Santiago

1731. De Gibraleón, don Francisco J. Hidalgo, estableció el día primero del año 1909 la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en su parroquia.

Colocó un cuadro con su imagen en el centro del altar mayor, invitó a sus feligreses a una Comunión para el primer viernes de mes y obtuvo un número de comulgantes hasta entonces no conocido: las comuniones antes semanales o más, comenzaron a ser diarias; el catecismo se estableció con un éxito maravilloso y la frecuencia del templo mayor cada día y el cura nota en toda su feligresía *algo* nuevo y muy agradable.

Uno de los medios de que el Sagrado Corazón se ha querido valer para darse a conocer en este pueblo, ha sido la colocación de placas con su imagen en las portadas de las casas.

Facilitó mucho este medio el siguiente

Curioso caso

1732. Una de nuestras propagandistas envió como regalo a una parienta suya, residente en ese pueblo, una placa para que la pusiera en la portada de su casa, invitándola a que promoviera entre sus vecinas la imitación de su ejemplo.

El respeto humano, la indiferencia, el temor de la novedad, retrajeron a aquéllas de tomar tan buen ejemplo.

A los pocos días, una fuerte tormenta, con acompañamiento de rayos, descargó sobre el pueblo, y a las vecinas, antes tan esquivas, les faltaba tiempo para refugiarse en el zaguán de la placa del Sagrado Corazón, rezando ante ella y prometiéndole ponerla cuanto antes en sus casas.

Al día siguiente se recibía en Huelva un aviso pidiendo placas para todas las casas de la calle.

Hoy van vendidas para Gibraleón por el centro catequístico de San Pedro, más de ciento cincuenta placas. Y de mujeres sabemos que, no teniendo portada en donde fijarlas, las llevan cariñosamente guardadas en el pecho hasta que se puedan poner.

El cura de Cartaya

1733. Escribe: «Creo un deber decirle, para gloria de Dios, que, siguiendo sus consejos, fundé el Apostolado de la Oración, y, ¡la verdad!, es prodigiosa esta devoción.

Tenemos ya tres coros de a quince.

Estamos haciendo la novena, muy solemne, y el templo se llena de fieles. Tenemos Comunión reparadora, comuniones diarias y muchas comuniones.

Noto un movimiento de piedad que me alegra el corazón...»

El segundo cura de Calañas

1734. Escribe: «Yo no acierto a explicarle lo que está ocurriendo en esta feligresía. Sí sé decirle que yo, tras horas y horas de estudiar lo que pasa se me ha ocurrido pensar que todo se pega, y las *chifladuras* mucho más.

Es el caso, que este pueblo estaba completamente olvidado de Dios y de sus deberes religiosos. Alguien, a quien dolía muchísimo este olvido, no ha dejado de llorar y de pedir al pie del Sagrario por la salvación de este pueblo. Y Dios nuestro Señor, que eso quiere y anhela, ha tenido piedad de estos sus hijos. Hace poco tiempo que se han establecido las Conferencias de san Vicente de Paúl, después de vencer muchas dificultades. Hace días que empezamos el mes del Sagrado Corazón, con el único fin de conseguir se venga con las Conferencias el Sagrado Corazón; porque si lo conseguimos, ¿para qué queremos más?

¡Pero si viera usted qué pena nos da no tener una imagen del Sagrado Corazón! Le escribo para que ustedes, que tanto conocen a ese *Amo*, se las entiendan con Él, a ver si quiere darnos medios para hacernos de una imagen, de una estatua.

¡Queremos un *Amo!* ¡No se quiere vivir a la desbandada!».

El cura de Puerto Moral

1735. Dice: «Desde mi toma de posesión en 23 del pasado mayo he pensado en que sea del todo verdad el estribillo aquel de *Corazón Santo, Tú reinarás*, cambiándose el futuro por un presente eterno. ¿Que es mucho pedir y querer? Allá veremos lo que se consigue. Por lo pronto, yo me he consagrado en cuerpo y alma y entregado por completo al Sagrado Corazón, y bajo su protección he puesto este pueblo, que ¡quién lo diría!, no conocía esta devoción.

Para conseguir el fin propuesto no quiero desperdiciar medios, y así, pidiendo a mis queridos hermanos en el sacerdocio, sobre todo a los *chiflados* de Huelva, oraciones por esta intención, he creído muy necesaria la propagación de las buenas lecturas, y aunque ya leen *El Correo de Andalucía,* quisiera leyeran también EL GRANITO DE ARENA, y para ello me atrevo a suplicar a la Administración del mismo se sirva mandarme cinco **números...»**

El cura de Hinojales

1736. Dice que ha celebrado un solemnísimo triduo en honor del Sagrado Corazón, en el que ha predicado y contado a sus feligreses lo que *está pasando* en Huelva con el Sagrado Corazón de Jesús y el fruto ha sido animarse todos a comprar una buena imagen suya por suscripción popular.

Y no sólo de la provincia, sino de más lejos, de Barcelona, por no citar otros muchos, recibimos cartas como la siguiente del

Reverendo don Joaquín Rebordosa

1737. Director de una hermosísima Obra de educación popular en Santa Eulalia de Villapiscina.

«Los GRANITOS que nos mandan, gracias a Dios, van haciendo sus efectos, sirviéndonos de cordial en nuestro quebraderos de cabeza, motivados por asuntos de orden interior y por las facturas que, aunque van venciendo, no nos vencen a nosotros por divina misericordia, ya que en repetidas ocasiones he oído a nuestro presidente, señor Pidal, "confianza en el *Amo".*

"Él nos ampareará", es aquello de EL GRANITO DE ARENA. Ya resulta verdad lo que en *¡vaya una carta!,* de su último número, escribe: Teniendo ese amor, esa confianza, la Acción Social va a París, a Londres, a la China, al fin del mundo y... al cielo, después de haber conquistado la tierra...»

Y ahora pregunto yo: Si es verdad que obra o acción que se ponga a la sombra del Sagrado Corazón de Jesús prospera tanto y tan pronto, ¿por qué hay tantas obras buenas por ahí que se mueren de aburrimiento? ¿Por qué hay parroquias que se vienen abajo de puro estar solas y vacías? ¿Por qué hay pueblos en donde apenas si se sabe que hay un Jesucristo?

¿Por qué? ¿Por qué?

La solución... ¡mañana!

Y por lo mucho y bien que dicen, y por decirlo una señora, quiero cerrar esta información sobre la influencia del culto al Sagrado Corazón en la vida parroquial, copiando dos cartas que a raíz de mi conferencia de Sevilla recibí de una señora de Madrid, de cuyo nombre, por no abusar de su confianza, no publico más que sus iniciales.

Dice así la primera:

1738. «Madrid, 20 de marzo de 1909 (A.M.C.J.G.)

Sr. arcipreste de Huelva

Muy señor mío: Buscaba yo hace tiempo algún libro o folleto probando cómo la devoción al Sagrado Corazón debe dar impulso a las obras sociales, siendo al mismo tiempo la misión más hermosa del párroco y la más fructífera, el establecer sólidamente el reinado de ese divino Corazón.

Por eso, al conocer la conferencia que dio usted en la Semana Social de Sevilla, que tan de acuerdo estaba con mis ideas, quedé con vivísimos deseos de hacer de ella propaganda.

Hace poco leí en el *universo* que acababa usted de publicarla, apresurándome a encargar a Sevilla varios ejemplares. De allí contestan que no está a la venta, lo que me decide a dirigirme a usted directamente, pues no renuncio a la esperanza que fundo en la difusión de sus ideas y ejemplos, cuyos admirables resultados prácticos conozco de fama.

Por eso, le agradecería mucho, tuviese la bondad de enviarme ejemplares de dicha conferencia, etc.

Dándole las gracias anticipadas, se recomienda a sus oraciones y ofrece suya afectísima en Cristo. - M.E.»

La respuesta

1739. «Sra. doña M.E.: Muy breve, porque, en verdad, mi pobre conferencia en la tercera Semana Social de Sevilla y todos los renglones de EL GRANITO DE ARENA no son más que una respuesta afirmativa de esa carta.

Sí, señora; está usted muy en lo firme en creer y en creerlo toda su vida que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús da impulso a las obras sociales y es la misión más hermosa del párroco y la más fructífera el establecer sólidamente el reinado de ese divino Corazón.

¿Usted ve lo claro que es que dos y dos son cuatro? Pues tan claro como eso es para mí lo que usted cree y me dice en su carta.

Usted conocerá, sin duda, casos y hechos confirmatorios de esto por ahí fuera. Yo también los he visto, y porque los he visto y estoy convencidísimo de esa verdad, para mí la Acción Social

Católica, sólida, duradera y fecunda, no es ni más ni menos que la que se funda en esa devoción *sólida y verdadera* al Sagrado Corazón de Jesús.

1740. Yo no puedo entender la Acción Social Católica más que como una *florescencia del amor al Sagrado Corazón de Jesús.*

No me atrevo a asegurar que no se pueden hacer obras sociales católicas sin ese amor. Pero lo que sí aseguro es que en donde quiera que esté ese amor *de verdad* hay acción y vida y frutos y todo.

Y eso es precisamente lo que ha pasado por aquí, en Huelva. Que hay un grupo de sacerdotes, de hombres y mujeres que se han propuesto *amar de verdad* al Corazón de Jesús y hacerlo reinar en todos los corazones, y con eso sueñan, y por eso trabajan día y noche, y para conseguirlo no reparan en gastos, en respetos humanos ni en sacrificios de ningún género.

Y mire usted; no es que se haya conseguido todo, porque Dios respeta mucho la libertad, y hoy, que tanto dominan la incredulidad y la ignorancia absoluta en materias religiosas, es muy difícil y larga la conversión de todo un pueblo. Pero que se ha conseguido mucho, ¿quién puede dudarlo?

1741. Vea usted EL GRANITO DE ARENA, y en su portada verá unas cuantas obras fotograbadas, escuelas, talleres de caridad, granjas agrícolas, centros obreros, instituciones económicas, etc. etc. Al lado de ella leerá usted estas palabras: «de Él», «para Él». Es decir, de y para el Corazón de Jesús que aparece en el centro de la estampa como Amo, Señor y Padre de todo aquello. Y para decir eso y publicarlo por todas partes, e invitar a muchos a que hagan la prueba, para eso se escribe este periodiquito tan chico que usted ve y Dios bendiga.

Conque *¡a chiflarse* por el Sagrado Corazón de Jesús y a predicar por todos los medios que tenga a su alcance, la santa teoría de la *chifladura!*

Y por si le hiciera falta, cuente con las pobres oraciones y cortas luces de su afectísimo in C.J. - *El A. de H.*»

Contestación

1742. «Madrid, 1 de mayo de 1909 (A.M.C.J.G.)

Sr. arcipreste de Huelva.

Muy Sr. mío: Ante todo, mil perdones por mi tardanza en acusarle recibo de las cincuenta conferencias y enviarle mi limosnita. Lo muy ocupada que estoy ha sido la causa de ella.

Por el extracto que conocía de su conferencia, con razón suponía había de responder a mis aspiraciones.

Desgraciadamente, su teoría no es muy conocida en general, aunque en vano buscarán fuera de ella la verdadera regeneración del pueblo.

Esas verdades, tan evidentes a sus ojos, como dos y dos son cuatro, muchos entre los *buenos* ni las sospechan siquiera, y si yo comparto con usted esa convicción, no proviene, como supone, de los ejemplos y resultados prácticos que en su Confirmación haya visto.

Nace, al contrario, de la falta de calor y *espíritu* que observo en obras de gran trascendencia, al parecer, pero cuyos resultados no responden a lo que de ellas se espera.

1743. También la lectura de estudios sociales me deja a veces la misma impresión, pues en una y otros echo de menos algo; suelen carecer del *sello* que tienen las que nacen de la devoción al Sagrado Corazón, sin el cual, o son estériles, o tienen una vida lánguida y sin calor. Me duele y sorprende que los que a esos problemas dedican su celo e inteligencia, no hayan sabido calentar sus ideas y trabajos en el amor a ese divino Corazón, del que usted, inspirado por tan buen Maestro, hace el fundamento, motor y segura esperanza de la Acción Social Católica.

Triste es la consecuencia que de esto se desprende para mí, o sea, lo poco y mal que conocen al Corazón de Jesús y sus divinas promesas. Sólo verán en su culto una devoción más o menos tierna y

sensible, un medio eficaz de propia santificación, olvidando que promete por su mediación salvar la sociedad y las naciones enteras.

Ya puede, pues, agradecer al Corazón de Jesús, como una gracia extraordinaria, que le haya inspirado concepto tan verdadero de su devoción y de su eficaz influencia para la conquista del mundo.

Muchos lo presienten también en su interior sin saberlo definir.

1744. Usted ha sabido dar forma a esa aspiración, orientándonos hacia el principio y fin que debe inspirar nuestros trabajos, y ya que ha recibido tanta luz, tiene que alumbrar con ella a los que están en tinieblas o que sólo vislumbran ligeros destellos. Tiene que hacerse mil lenguas para predicar en todas formas sus doctrinas, que no me cansaré de repetirle encuentran un terreno tan *sediento* de ellas que no es de extrañar den copiosos frutos.

Sé que su *chifladura* no necesita estímulos, y de mi parte podrán parecer atrevidos, pero perdónemelos en gracia a mi buena voluntad, así como esas expansiones, inspiradas en nuestra conformidad de ideas y sentimientos.

Sigo sembrando sus conferencias en todas direcciones, así como los GRANITOS DE ARENA. El éxito *material* no ha correspondido aun a mi propaganda y, aunque pase en tercer término, no pierdo la esperanza de ser en lo sucesivo más *afortunada.*

Con mis oraciones, está en mi mano ayudarle con más generosidad. Cuente, pues, con ellas, aceptando las suyas con agradecimiento, su afectísima in C.J.,q.b.s.m.- M.E.»

1745. Resumen de todo lo dicho: que el medio, sobre todo medio, el *siempre eficaz,* el medio *número uno* para hacer de las almas *entreveradas*, almas piadosas. De las almas piadosas, almas sublimes, y de una parroquia muerta, una parroquia viva, es la devoción *sólida, afectuosa y expansiva* al Sagrado Corazón de Jesús, vivo en el Sagrario y en él buscado, comido, consolado, imitado y amado hasta volverse loco.

Creo que con los datos aducidos queda bien probado mi aserto.

Y al que aun le quedare un poquito de duda diré lo que santa Teresa, recomendando la eficacia de la devoción a san José: *¡que haga la prueba!*

*****

1746. Detengámonos un poco, volvamos la vista atrás y contemos.

Un cura *dentro de su iglesia puede:*

1º Tener limpia su parroquia.
2º Dar culto a hora fija.
3º Fomentar el culto modesto y frecuente.
4º Como medio de lo anterior, establecer el canto popular.
5º Procurar el culto tempranero.
6º Predicar.
7º Enseñar el catecismo.
8º Dar buen ejemplo.
9º Contar con la cooperación de las hermandades.
10º Pulimentar almas.
11º Fomentar la piedad.
12º Propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Y *mediante todo esto* la GRACIA DE DIOS atraerá aquí, preservará allí, aumentará unas veces, consolidará otras, hará bien siempre en la medida, en el tiempo y en la forma que Dios quiera y que de ordinario nosotros no conoceremos.

Pero conózcase o no se conozca el fruto, queda fuera de duda que el cura *no debe aburrirse* dentro de su iglesia, porque *puede hacer mucho.*

CAPÍTULO VI

LO QUE PUEDE EL CURA FUERA DE SU IGLESIA

Acción social del cura

1747. Hemos llegado a lo que pudiéramos llamar *Acción Social de cura,* en el sentido que ordinariamente se da hoy a esta palabra, aunque bien mirada toda la acción del párroco dentro y fuera de su iglesia, sea en favor de un individuo o de muchos, sea puramente espiritual o mixta, es siempre acción social, puesto que tiende siempre directa o indirectamente a mejorar la sociedad, mejorando sus individuos y los elementos que constituyen la vida de la misma sociedad.

Aceptando la palabra en su sentido corriente, hablemos aquí de la acción fuera de su iglesia que puede desarrollar el cura para cristianizar la sociedad, o la parte de sociedad cuya vigilancia le ha tocado.

Y fíjense mis hermanos en que hago consistir el fin de la Acción Social del párroco en la *cristianización de la sociedad,* porque yo creo que en la cristianización entran todas esas reivindicaciones de justicia que a cierta parte de la sociedad se deben, y todo ese desenvolvimiento del espíritu de la caridad que indudablemente se necesita para rellenar las lagunas abiertas en la sociedad por el egoísmo y la injusticia de los unos y los vicios y los pecados de todos.

Lo nuevo y lo viejo de esta Acción

1748. ¿Qué hará el cura por cristianizar su pueblo y por introducir en las diversas clases sociales que lo forman el espíritu cristiano de que hoy desgraciadamente están desposeídas?

Dicho se está que si esas clases sociales frecuentaran el templo como en tiempos mejores, y en las enseñanzas que en él se oyen, y en los ejemplos que allí se presentan inspiraran su conducta, toda la Acción Social del cura se reduciría a cumplir estrictamente las disposiciones que a él se refieren del santo Concilio de Trento y esto bastaría para conservar el espíritu cristiano en la sociedad con todas sus buenas consecuencias.

Y ésta es precisamente la razón, por que parece nueva para muchos la Acción Social del cura en estos días, cuando, en realidad, no hay novedad fundamental, sino cambio de *tarea* y de *campo.*

1749. Antes, en siglos cristianos, la *tarea* principal era *conservar* el espíritu cristiano, y el *campo,* principalmente la *iglesia.*

Hoy, perdido el espíritu cristiano social, la tarea principal es *renovarlo e introducirlo, y el campo,* principalmente también, fuera de la iglesia, la plaza pública, el hogar, el casino, el club, el periódico, el mitin, el taller, la fábrica. Es decir, en donde quiera que haya almas que volver a Cristo.

Eso es para mí la Acción Social de párroco y, entendida así, a ella he consagrado, consagro y mientras en mi corazón palpite la vida, consagraré todo el entusiasmo, toda la actividad de mi alma, todo el aliento de mi vocación sacerdotal, toda la luz, todo el fuego y toda la gracia que el Sagrado Corazón de Jesús se digne concederme.

Después de todo, no se trata de cumplir un mandato nuevo, sino de cumplir uno tan antiguo como el sacerdote. Se trata sólo de cumplir el *predicar sobre el tejado,* sustituyendo el *tejado* por la cátedra del mitin, la mesa de la prensa, el banco del taller o simplemente el poyete de la plaza pública.

El precepto divino lo mismo se cumple predicando desde un *tejado* que desde las canteras de una mina.

¿Por dónde empezar?

1750. Es, en verdad, la primera pregunta que hay que poner después del mandato de *salir de la sacristía* y del templo.

¿Por dónde se le mete mano a ese gran enfermo, o tal vez a ese gran muerto, que se llama sociedad contemporánea?

¿No es más que un enfermo?

Pues la gangrena corroe todo, todo el organismo de ese cuerpo social, ¿por qué miembro se empieza la cura? Y, ¿qué hacer si la infección es general y el miembro que se vaya curando queda en peligro de infeccionarse de nuevo? ¿Cuántas veces habrá necesidad de empezar la curación?

Y si está muerto, ¿quién lo resucita? ¿Quién lucha con un muerto?

Sin embargo, no lo olvidemos, enfermo o muerto el cuerpo social, nosotros, los sacerdotes, tenemos *un encargo y una promesa* hechos por nuestro Señor Jesucristo. El encargo de *ir siempre* en busca de las almas a curarlas o a resucitarlas. Promesa de un fruto permanente: *que vosotros vayais y vuestro fruto sea duradero...*

Pregunto de nuevo: ¿por dónde hay que empezar?

Y respondo:

Por lo más fácil

1751. Y he aquí una respuesta que tal vez parezca *perogrullada* y que ¡ojalá fuera tan tenida en cuenta como cierta y clara es!

Es una observación tomada de un caso que se da con bastante frecuencia.

¿Cuál es la mejor obra de celo o de Acción Social? ¿La que produzca más fruto en menos tiempo y con menos trabajo, o la que produzca menos o igual fruto en más tiempo y con más trabajo?

La respuesta me parece que no es dudosa, por lo menos en teoría. Y digo en teoría, porque en la práctica se da no pocas veces el fenómeno de empeñarnos en lo contrario.

1752. Y voy a explicarme:

Llega un novel sacerdote a hacerse cargo de una parroquia y, pasadas las felicitaciones y las visitas de los primeros días, comienza a sentir en su alma, que viene llena de los santos ardimientos del celo, la pena de la soledad de su iglesia. ¿Qué hacer? Y a su mente vienen recuerdos de descripciones que ha leído de obras de Acción Social, como Sindicatos, Círculos, Cajas de Crédito, Círculos de Estudios, Escuelas, etc., etc., y de los buenos frutos que otros, en situaciones parecidas a la en que él se encuentra, han obtenido con semejantes instituciones. Y ya me tenéis ahí un hombre que no deja de preguntarse a todas horas: ¡si yo pudiera fundar un Sindicato... una Caja!... Pero ¿con qué medios? ¿Con qué experiencia? ¿Con qué hombres? Y ¡qué horas tan angustiosas! y ¡qué tentaciones de desaliento!

Decidme, ¿hay algo que censurar en los afanes de ese celoso sacerdote?

Y yo os respondo: como para censurar, no hay. Pero para rectificar, sí que hay.

Vamos a ver; ¿no sería mucho más práctico empezar por otra obra más fácil?

Si ese buen sacerdote no puede fundar un Centro Católico, en donde se pueda poner en contacto con patronos y obreros, ¿no podrá trabar amistad con el maestro carpintero del taller de la esquina y por medio de esa amistad, visitar su taller y echar cuatro párrafos con sus oficiales, alegremente acompañados con otras tantas bocanadas de humo de algún cigarrillo que les dé? ¿Quién prohíbe a ese buen cura que, *a pretexto* de tomarse medida de unas botas o de afeitarse, eche unos ratillos con el maestro zapatero o barbero y sus oficiales y clientes? ¿Quién le impide que en la tienda de comestibles de donde se surte, *a propósito* de pagar una cuentecilla, trabe relaciones con el tendero y los desocupados, que toman la tienda por punto de distracción?

Y vuelvo a preguntar: ¿qué trataba de conseguir con la fundación del Centro Católico o de aquella obra social?

1753. En resumidas cuentas, la obra aquélla, por medio de las ventajas materiales que proporciona, hubiera sido una obra de *atracción* hacia Cristo, y ésa era la razón que más excitaba su celo.

Y ¡qué!, sin negar ni en un ápice la utilidad y conveniencia de esas obras, ¿no está realizando ese cura una gran obra de *atracción* hacia Cristo sólo con ese aprovechamiento de relaciones sociales?

Y al paso que para aquellas obras hubiera necesitado un dinero, unos hombres y una experiencia que no tenía, por lo pronto, para estas obras, con unos cigarrillos dados a tiempo, una sonrisa afectuosa, una palmadita de interés en el hombro, unos ratillos de conversación, un poco de cariño, en suma, ha tenido bastante.

Pues he aquí mi intento en esta sección de mi obrilla: ir presentando gradualmente medios de acción social parroquial, pasando de lo fácil a lo difícil, de lo barato a lo caro, de lo que está al alcance de todos a lo que sólo pueden intentar los más valientes.

Mi intento se reduce a dar en breves páginas un tratado de *acción social casera,* al uso de todos mis hermanos, desde el modestísimo cura de aldea hasta el elevado de ciudad.

Un tratado con pocos o ningunos nombres enrevesados, sin teorías ni disertaciones sobre la cuestión social y con fórmulas tan sencillas como experimentadas.

Y empiezo por el aprovechamiento de

Las visitas

1754. Que creo que pueden colocarse en el primer puesto de las obras sociales fáciles y baratas.

Una observacioncita antes de entrar en el *cómo, a quién y qué* de las visitas.

Consecuente con mi principio de que el *cura siempre debe ser cura,* su visita deber ser *siempre* una visita de cura. Es decir, una visita que se hace en nombre y para gloria y por los intereses de Jesucristo.

A esta visita hecha en estas condiciones y *sólo* a esa visita, atribuyo yo toda la eficacia que se va a ver. Empiezo por la visita más fácil, la de

Las escuelas

1755. Es un *derecho* del párroco que le reconoce la ley civil y es una *obligación* que le impone su cargo pastoral.

Fundar y sostener una escuela cuesta dinero y mucho trabajo. Pues con esta visita periódica de media hora del cura a las escuelas oficiales y privadas de su feligresía, no diré yo que se obtenga el mismo fruto, porque no es igual la influencia del consejero que la del amo, pero sí digo que se contribuirá poderosamente a hacer de una enseñanza rutinaria una enseñanza *positivamente cristiana.*

Cierto que por la misericordia de Dios, y dígase para honor de la clase, que desapareció en el magisterio español el maestro laico, enemigo sistemático de la enseñanza cristiana. Pero también es cierto que en no pocas escuelas la enseñanza de la doctrina cristiana se reduce a un *canturreo* ininteligible e insoportable del texto de la misma y a un recitado rutinario e inconsciente de unas cuantas preguntas y respuestas.

Y esto, ¡la verdad!, servirá para quitar a la escuela el nombre de laica, pero para hacer cristianos a los niños seguramente que no sirve.

Y para eso es la visita del cura, para cortar rutinas, dar sentido a esos *canturreos* y traducir en reglas prácticas de la vida, esas recitaciones maquinales.

¿Que el maestro de vuestra escuela no es así? ¿Que enseña la doctrina a conciencia?

¡Mejor que mejor! Pero aun no queda excusada vuestra visita. Que en este caso servirá para alentarlo a él y para prestar a su enseñanza el prestigio de vuestra autoridad.

Y en este caso y en el otro, vuestra visita a las escuelas siempre, siempre servirá para estrechar vuestra amistad con el maestro, que debe ser vuestro primer amigo, y entablar conocimiento y relaciones con los niños, que son los hombres de mañana, y por medio de ellos, con sus familias.

¡Hermanos, no abandonemos los puestos en donde nos dejan estar! ¡No abandonemos las escuelas!

El padrón parroquial

1756. He aquí otro buen medio de penetración pacífica.

Desgraciadamente hay pueblos en España en los que es obra más que ardua hacer el censo parroquial.

Pueblo conozco en el que para hacer el padrón, tiene que ir el cura a horas en que el hombre, o mejor dicho, el *demonio de la casa* esté ausente, por temor fundado de que, o le dé con las puertas en la cara o lo ponga en inminente peligro de rodar las escaleras.

En ese mismo pueblo sé que no es raro el caso en que las preguntas del párroco reciben por respuesta: «aquí no somos de los curas», o un seco y despreciativo: «yo no sé cómo me llamo».

Dejando aparte ahora a estos pobres curas, para quienes son todas mis simpatías y mi admiración por su invicta paciencia, vuelvo los ojos a los otros, que en la formación del padrón no encuentran de ordinario más molestia que la material de andar de casa en casa y de calle en calle.

Éste es el caso, afortunadamente, todavía general en España.

Desde luego, afirmo que el padrón parroquial hecho por el sacristán o el sochantre no llena los fines que al ordenarlo tuvo a la vista la santa Iglesia.

1757. Es al cura, ayudado de sus coadjutores, a quien compete esta función, verdaderamente pastoral, de conocer y tratar a sus ovejas, y precisamente esa inscripción de nombres y datos de familia, hecha de casa en casa, es un excelente medio para desempeñarla.

En la formación del padrón descubre el párroco, los amancebamientos, los niños sin bautizar, los enfermos crónicos, los pobres vergonzantes, las personas retraídas de la iglesia más por pereza que por impiedad; los matrimonios desavenidos, y ese cúmulo de necesidades del alma y del cuerpo que encierra cada casa y cada barrio.

En la formación del padrón encuentra el párroco una excelente ocasión de limar asperezas, quitar prejuicios, esparcir la buena doctrina, iniciar amistades, estimular, aconsejar, socorrer, consolar y siempre aproximar a su pueblo con Cristo.

Las ovejas lo van conociendo y él va conociendo a sus ovejas, y de este mutuo conocimiento no tiene más remedio que brotar afecto mutuo.

La visita de enfermos

1758. ¡Qué ministerio más consolador en los pueblos cristianos!

¡Qué ministerio tan desconsolador en los que no lo son!

¡Con qué gusto va el párroco a una casa en que el enfermo lo pide, la familia lo desea y lo busca con ansia, y uno y otra se muestran complacidos y agradecidos, en medio de su pena, con la presencia y los consuelos del representante de Jesucristo!

¡Y qué amargura, qué zozobra la del pobre cura que sabe que sus feligreses se mueren sin que él pueda llegar a decirles ni una sola palabra!

Unas veces el miramiento criminal de la familia de no alarmar al enfermo, hablándole de las cosas de su alma; otras el odio impío al sacerdote y no pocas la ignorancia, forman en torno al enfermo una muralla inaccesible.

Y ¡cómo abunda el caso éste en los pueblos modernos o montados a la moderna!

Y como, después de todo, en estos pueblos los enfermos no son de mejor condición que sus familias, cuando consigue uno, después de mil tretas e industrias, llegar hasta ellos y hablarles de confesión, no pocas veces se hiela la sangre al oír salir de aquellos labios cárdenos ya por la agonía, estas palabras: ¡no se canse usted, yo no tengo que confesar, porque no he hecho mal ninguno! O estas otras, que no pocas veces he tenido la pena de oír: ¡Arrepentirme! ¿De qué? ¡De haber sido bueno! ¡Si se viviera dos veces yo le juro a usted que no iba a serlo tanto!... Y no rara vez esta palabra horrible: ¿viene usted a matarme? ¡Fuera de aquí! Y otras más que suponen una ausencia total de fe y de remordimiento y una insensibilidad moral que asusta.

¡Dios mío!, y sin un milagro tuyo de los grandes, ¿quién improvisa en aquellos instantes una fe, un remordimiento, un dolor y una enmienda necesarios para el perdón?

Porque sí, señores, ¡así se va muriendo hoy! ¡Sin remordimientos y sin miedo!

¡Fruto y castigo de la educación sin fe!

1759. Pero cuando se trata de pueblos y familias cristianas, aunque no sean muy fervorosos, ¡cuánto bien se puede hacer y cuánto consuelo recibir el cura en la visita de los enfermos!

El cura que visita frecuentemente a sus enfermos, no sólo a los graves de muerte, sino a todos los que llevan algún tiempo de enfermedad, sin distinguir entre ricos y pobres, ¡cuántas ocasiones encontrará de atraer almas al Sagrado Corazón de Jesús!

¡Es muy buena cátedra la cabecera de un enfermo y son muy buena recomendación la amabilidad y la dulzura con que se le trate!

Los sermones de coyuntura

1760. Así llamaba un antiguo cura de aldea a la piadosa estratagema de que él se valía para meter en todo a Cristo.

¿Presidía un duelo, le llamaban para arreglar un asunto, se detenía a saludar a algunos amigos en la calle, iban a su casa a felicitarle por sus días o Pascuas, asistía a alguna junta oficial, se encontraba, en una palabra, con dos que no fueran sordos? Pues ¡sermón *sin paño* al canto! Por supuesto breve, oportuno, condimentado con algún chascarrillo o frase feliz.

¡Cuánto bien pueden hacer esos *sermones de coyuntura!*

Promulgación de la Misa y del catecismo

1761. A un cura conozco yo que *promulga* el cumplimiento del precepto de oír Misa los domingos a los cesantes que le piden una recomendación y, en general, a todo el que le pide un favor, que no sea urgente, encargándoles con toda *inocencia* que vayan a verlo el *domingo después de la Misa.*

A los niños y niñas que le piden una *meallita o un zantito,* se los promete para el *domingo en la doctrina.*

Y cuenta la fama que no son pocos los que van, aunque no sea más que *tras el olor de los perfumes...*

Agencia de colocaciones

1762. Un buen cargo para un cura y que, sin él buscarlo, se lo darán sus feligreses necesitados.

Es un fenómeno que yo no sé cómo se lo explican los enemigos del clero. Queda cesante un obrero o un empleado cualquiera anticlerical, republicano, y ¡eche usted petróleo! Y de ordinario no

se les ocurre irse a la puerta del jefe o del tribuno, sino a la del cura, de quien tantas pestes han echado en público y en privado.

Daría para componer unos cuantos sainetes la descripción de las caras, de las maneras, de los *atragantamientos* y de los apuros de esos desventurados *compañeros* al verse delante del ¡cura! ¡qué miedo!

Pues bien, la *agencia de colocaciones* es un cargo que debe aceptar de buenísima gana el cura, aunque para desempeñarlo cumplidamente tenga que gastar no pocas tarjetas, saliva, paciencia y pesetas y que contar con no pocas ingratitudes.

Nadie está en mejores condiciones que él para ser el intermediario entre ricos y pobres. Y yo garantizo que cuando aquéllos se convencen de que en la recomendación hay una prenda de sinceridad y éstos de que en la gestión del cura hay señales de caridad y abnegación, no se tarda mucho en llegar a la popularidad que tejen la confianza y el cariño de ricos y pobres y que tanto facilita el desempeño de nuestros ministerios.

Sí, yo quiero que se persuadan bien mis hermanos de que no es tiempo perdido, aunque por lo pronto lo parezca, el que se echa en escribir cartas a los que no saben, en buscar casas en donde necesiten criados o criadas, talleres o fábricas en donde admitan operarios, en admitir consultas sobre faenas agrícolas, sobre asuntos de ley y sobre cualquier materia que tenga uno a su alcance o al de sus libros y amigos.

Tarde o temprano esa semilla dará su fruto.

El cura corresponsal

1763. literario y administrativo de los periódicos católicos:

Literario: No todos servirán para escribir artículos literarios, que en la vocación sacerdotal no entra la de ser literato. Pero yo creo que todos podemos servir para comunicar de vez en cuando al periódico católico de la región el suceso culminante, el estado de los granos y de los productos del país y todas aquellas noticias que pueden interesar a los lectores de otros pueblos y *avalorar el periódico.*

Una sola observación sobre este punto: *dejemos a los directores de periódicos católicos dirigir sus publicaciones* y no nos enfademos porque en las cosas accidentales no se amolden a nuestro criterio o porque en las noticias que les mandemos corten, varíen o supriman lo que les parezca. ¡Cuántos piques se ahorrarán los que guarden este aviso!

Después de todo, los extraños al periódico no lo ven más que por un lado, al paso que el director lo ve por todos los lados, por dentro y por fuera.

Los que andamos metidos en achaques de periodismo sabemos los apuros y disgustos que se pasan por esos piques fundados aparentemente en desaires y, realmente, en la imposibilidad de que en el periódico *quepa todo.*

1764. *Administrativo:* El gran tropiezo de la difusión de la buena prensa está en la falta de buenos corresponsales administrativos en cada pueblo.

De ordinario, o no se encuentran, o si se encuentran, se comen la suscripción.

El día en que la prensa católica cuente con un bien montado cuerpo de corresponsales, ese día sería la víspera, por lo menos, de su triunfo definitivo sobre la mala prensa.

Y ¿quién más indicado que el cura del pueblo para ser ese corresponsal o el que lo busque a propósito?

¿Quién más interesado que el párroco en que a su pueblo venga un buen número de periódicos católicos? ¿No puede él solo? Pues que forme la junta de la buena prensa, que tan buenos resultados está dando en todas partes y aproveche su cooperación.

No insisto en esto, porque me lo excusa la gran propaganda que sobre el particular se está haciendo.

Yo creo que, sólo perdiendo el instinto de conservación, puede un sacerdote mirar con indiferencia la causa de la buena prensa.

Una asociación de dolientes

1765. Tan raro como el nombre, es triste el hecho que dio motivo a esa asociación de *enterradores por amor de Dios.*

Cuando tomé posesión del curato de Huelva, uno de los hechos que más contristaron mi corazón fue el odio de la masa obrera contra el entierro cristiano y la sepultura eclesiástica.

El ataque estaba perfectamente organizado. Al morir una obrero, pariente, vecino o amigo del obrero asociado [7], una *comisión* de la asociación se presentaba en la casa del muerto proponiendo que si el entierro no *llevaba curas* y se hacía en el cementerio civil, la *sociedad* se comprometía a pagar el ataúd, regalar para los lutos cien pesetas y proporcionar un numeroso acompañamiento.

La tentación no podía ser más halagadora y, sobre todo, para gente de poca fe y en momentos que se piensa tan poco, y aunque es verdad que las cien pesetas prometidas no aparecían casi nunca, el ataúd y el acompañamiento de 400 ó 500 obreros, eso sí aparecía.

¿El remedio? Yo no disponía de masas para duelo, ni tampoco de fondos para contrarrestar las ofertas contrarias.

La autoridad tampoco se atrevía a arrostrar el *conflicto.*

El remedio que me sugirió la divina providencia fue oponer a la *cantidad la calidad.*

1766. Me explicaré.

Asistía a un moribundo o se moría algún feligrés, cuya familia veía yo en peligro de caer en la tentación, y me anticipaba a los de la *comisión,* proponiéndoles hacer un entierro *como de pago* y llevarle un acompañamiento de *señoritos.*

Desde luego, contaba con la buena voluntad de quince o veinte amigos abogados, comerciantes y propietarios, que asistían al entierro ¡hasta con *chistera!*

Y no sé si porque les moviera el buen ejemplo o porque les picara la vanidad, que, aunque parezca mentira, en uno de los actos de la vida en que más asoma la cabeza es en la muerte, lo cierto es que el espectáculo de aquellos entierros de desconocidos obreros o ignoradas viejecitas, acompañados de tantos caballeros y presididos por el cura y aquellas vueltas del cementerio a la casa mortuoria a *dar la cabezada* y a dejar lo que se podía, produjo tan buen efecto, que al poco tiempo no era raro ver llegar a las puertas de mi casa a alguna vecina entre sollozos: ¡Ay, padre cura, venga usted corriendo con los *señoritos* a mi casa, que hay un muerto que se lo quieren llevar los *tiznaos!...*

La *asociación de dolientes,* no tiene hoy que funcionar más que en casos muy raros, por innecesaria en la generalidad de los mismos.

Receta para conseguir que Dios vuelva a una parroquia

1767. Saboread esta preciosa página de *Arenitas de Oro:*

No hace mucho que un cura párroco, que en la actualidad tiene santos entre sus feligreses, me decía:

Cuando me enviaron aquí, la piedad era desconocida, y yo, que para vivir tengo necesidad de Dios, no podía continuar así, parecía que me ahogaba... por lo cual me dije: «Es preciso que Dios venga a mi parroquia, y yo me daré maña para obligarle».

Como en distintas calles no faltaban ancianas pobres, paralíticas, abandonadas de todos, fui a verlas y pude conquistarme su amistad hablando mucho con ellas, y más adelante, como les diese

[7] Formaban una sociedad de juramentados para no recibir los últimos sacramentos ni sepultura eclesiástica.

un rosario, me prometieron, al principio, rezarlo una vez cada día, y luego, dos veces y en horas diferentes, cada una. Esto os entretendrá -les dije-. Ellas cumplían con exactitud lo prometido, y yo, que con toda seguridad efectuaba mi correría, recompensaba su fidelidad con algunas golosinas. De ese modo establecí la *primera corriente de oraciones* casi continuas.

Me presenté en una escuela, únicamente frecuentada por parvulillos y pequeñuelos de cuatro a ocho años y que estaba a cargo de una solterona que sólo una cosa pedía: que la dejasen vivir en paz... Halagábala yo hablando de su habilidad con algún encomio, y conseguí que por mi intención hiciera rezar un Avemaría diariamente, en determinada hora primero, llegándose luego a recitarla cada hora...

Tampoco allí se faltaba. Púsose de mi parte la maestra, y de ella pensábase que eran los crucifijos que los niños llevaban a sus casas.

Segunda corriente de oraciones.

1768. Me impuse la obligación de ir todos los días, al anochecer, a pasar media hora ante el Santísimo, por la intención de mi feligresía únicamente.

Considerábame allí como mendigo que extiende la mano y aguarda una limosna; la de la piedad y asiduidad en asistir a los oficios... Pedía con tanto más ardor, cuando que no era para mí, y sentía llegar algo cada día.

Tercera corriente de oraciones.

1769. Tuve la inspiración de dar limosna todos los días a cuantos pobres encontrase. Además de que en una aldea no es mucha la afluencia de mendigos, ¿por qué no había de contar con la providencia, que por haberme inspirado tal idea comprometíase a no mandármelos en número que excediese a mis recursos? Y, en efecto, siempre he dado, sin ser por ello más pobre. Mis gastos por este concepto eran, por término medio, unos quince céntimos diarios...

Cuarta corriente de oraciones.

1770. Así comencé -añadió el buen sacerdote- y yo no sé cómo se han dispuesto las cosas; pero ello es que, sin gran elocuencia, que a buen seguro me hubiera costado mucho trabajo encontrar, sin ninguna contrariedad se asiste con frecuencia a la santa Misa y a Vísperas. Cada año son más numerosos los cumplimientos de la Iglesia y ningún día faltan comuniones en mi Misa, y yo me hallo a gusto entre estos habitantes, que siempre me reciben con benevolencia llena de sencillez.

Tengo la seguridad -dice por último- de que mientras duren esas corrientes de oraciones, mi parroquia seguirá siendo buena, pacífica y piadosa.

No sé si me equivoco; pero se me representa la oración como el vapor que, concentrado en las locomotoras, arrastra un mundo entero de vagones.

Por poderoso que Dios sea, la oración ha de atraerlo siempre, y cuando Dios está en alguna parte, todo va perfectamente".

¿Por qué no hemos de hacer cada uno, dentro de nuestra esfera, lo que hacía este santo sacerdote?

El gran agente de la acción social: el celo

1771. En la imposibilidad de describir uno por uno todos los medios de esa Acción Social parroquial *barata y casera* que vengo exponiendo, me limito a presentar a mis hermanos el grande agente de esa acción o, si se quiere, *la receta mágica,* que inventa, sugiere, ameniza, lleva al cabo todos esos medios que sirven para meter el espíritu cristiano en el corazón de las muchedumbres, hoy desgraciadamente tan desprovistas de él y, en general, tan opuestas a él.

Esa *receta* se expresa con una sola palabra: el **celo.**

1772. El celo inventa y estimula y produce el *desinterés*, que atrae y ablanda los corazones, y el *buen trato* que los amarra con el del cura.

Con ese celo que inquieta, que desazona, que quita el sueño, que hace de las almas de los feligreses una obsesión para el cura, es con el que aprende éste a *hacerse todo para todos* y es el que da esa *adaptabilidad* a oficios, condiciones, caracteres y circunstancias tan necesarias para el que ejerce de padre de tantas clases de hijos.

Ese celo es el que da al cura que lo siente esa habilidad y flexibilidad para hacerse agricultor con los labradores, abogado con los que pleitean, carpintero, albañil y de cualquier oficio, cuando hay que hacer una obra de esas y no hay dinero para pagarla; niño con los niños, joven con los jóvenes, viejo con los viejos. Ese celo, por último, es el que pone en la cara del cura esa inalterable sonrisa con que acoge a todos y todo, lo agradable y lo desagradable, y en su boca aquella palabra siempre tranquila y afectuosa; es el que impulsa su mano para llevarla muchas veces al bolsillo propio y vaciarla después en el bolsillo ajeno.

Sí, el celo hace verdaderos milagros de iniciativas, de improvisación, de dominio de sí mismo, de generosidad sin condiciones y sin límites.

En donde quiera que el celo anide en el corazón del sacerdote, allí florecerá una Acción Social parroquial exuberante y rica.

El cura fundador

1773. De lo fácil a lo difícil, decía yo al iniciar al novel párroco en la Acción Social parroquial.

Hasta aquí lo hemos visto desarrollar una acción propiamente personal e individual.

Esta acción desinteresada y constante le ha valido un caudal de experiencias y de simpatías o, por lo menos, le ha alejado el montón de recelos y desconfianzas que sólo por ser cura pesaba sobre él. Pero ni él lo puede todo, ni lo que puede ahora lo podrá siempre. Debe aspirar a dar a su acción una extensión y una estabilidad que la hagan más fecunda y sólida.

Ha sonado la hora de fundar.

¿Qué obras? ¿De qué modo?

La elección de obras la hará la *necesidad.* El modo lo trazará la divina providencia. Los recursos, si la obra responde a una necesidad y se ejecuta como Dios quiere, no faltarán.

Y como esos caminos y procedimientos de Dios son tan varios y tan fuera de regla, no seré yo quien se meta a *reglamentar fundaciones.*

Hay en éstas, cuando se emprenden en las condiciones arriba dichas, un *algo* especial, distinto de los *algos* de las demás fundaciones, inesperado, característico y verdaderamente fuera o sobre el ingenio y las habilidades humanas. Diríase que ese *algo* es la parte que se reserva Dios en sus obras para acreditar que son suyas.

O más breve, es el sello de la propiedad de Dios.

1774. Yo invito a todos los fundadores de obras sociales católicas a que me digan si éstas les salieron en la realidad como ellos se las habían trazado en su mente. Estoy seguro de que todos responderán que no, que entre sus proyectos y sus obras ha habido una diferencia a veces esencial.

El uno soñó una obra de colosales dimensiones y le salió una obrilla. El otro bosquejó en su mente una obrilla insignificante y le salió una obra gigantesca. Éste pensó en el fruto *a* sólo y obtuvo una *abecedario* de frutos. Aquél creyó marchar hacia la derecha y cuando terminó la marcha, se encontró en la izquierda.

Nunca he visto más puntualmente cumplida que en estos casos la preciosa observación del ilustre Donoso Cortés: «Cree el hombre que es él quien va, y es Dios quien lo lleva». Y otra, no menos preciosa, del eximio pedagogo y fundador de las Escuelas del Ave María, en la primera carta que tuve el gusto de recibir de él, hablándome de la fundación de sus Escuelas, por la que yo le

preguntaba, me decía: «No crea usted que he sido yo quien ha hecho las Escuelas, son ellas las que me han hecho a mí».

¡Amorosos designios de Dios para precaver alucinaciones y engreimientos y prevenir caídas!

1775. Reglamentos de obras sociales parroquiales hay muchos, y en ellos se aprende a maravilla el funcionamiento, que pudiéramos llamar mecánico, de las mismas.

Reglamentos para las fundaciones de esas obras, de ésos no hay tantos. Pero creo que tampoco son muy necesarios.

Por esto, en vez de proponer reglas que estoy seguro de que no se han de cumplir, me dedicaré a describir fundaciones de obras de Acción Social parroquial que, por presentar muy ostensible el sello de Dios y por tener como instrumento a gente tan de *poco pelo* como el que escribe estas líneas, contribuirá no poco a dar gloria a Dios y a alentar tímidos y aburridos, y a desvanecer excusas, quizá más fundadas en la fantasía que en la realidad.

Perdónenme mis hermanos, y permítanme esta aclaración previa: yo no voy a proponerles lo que he hecho para servirles de modelo. ¡Líbreme Dios, cuando soy yo el que tiene que aprender! sino que voy a enseñarles lo que el Sagrado Corazón de Jesús ha hecho en estas tierras de Huelva, valiéndose de unas cuantas buenas voluntades, agrupadas en torno y a disposición de unos curas con sincero deseo de dar gloria a Dios y salvar almas.

1776. De modo que el argumento no debe formularse así: Si tal cura ha hecho esto o aquello, ¿no he de poderlo yo? sino en esta forma: si el Sagrado Corazón de Jesús ha hecho esta o aquella obra porque *hacía falta y se confió en Él,* ¿no ha de hacer aquí esta obra, si estamos en esas mismas condiciones?

El argumento, como se ve, más que argumento *ad hominem*, es argumento *ad Deum*...

Pues así las cosas en su punto, me valdré de las descrip- ciones de nuestro GRANITO DE ARENA, hechas bajo la impresión que iban produciendo los mil accidentes variados de las fundaciones de las distintas obras Católicas Sociales de Huelva.

Prefiero esas descripciones de olor, color y sabor, a las que ahora, *en frío,* pudiera haceros.

Y empiezo por la más sencilla.

La biblioteca ambulante

1777. Se constituyó y formó con el caudal que produjo la siguiente hoja:

UNA BIBLIOTECA POR DIEZ CÉNTIMOS

Con el fin de proporcionar lectura abundante y sana a todos, sean *buenos, malos o medianos,* y de contrarrestar la propaganda protestante, impía y pornográfica tan extendida en esta ciudad, el Apostolado de la Oración de la parroquia mayor de San Pedro, de Huelva, ha fundado una *biblioteca ambulante.*

Beneficios de los socios

Todo socio tiene derecho a leer cada uno de los libros de la *biblioteca* y a llevárselos a su casa para ese fin, con tal de que lo conserve en buen estado y no pida otro sin haber devuelto el anterior.

Condiciones

1ª Ser persona conocida del presidente o de la junta.
2ª contribuir con *diez* céntimos mensuales.
3ª dar como derecho de entrada *veinticinco céntimos* por una sola vez.

¿Que usted no necesita libros?

Tiene muchos, ¿verdad? ¿Y no tendría algunos que no le sirvieran? ¿Y repetidos? ¿No le ocupan demasiado espacio en su casa? *¿Quiere usted hacer una gran obra de misericordia?* Envíelos a la **biblioteca parroquial** de San Pedro, en donde, seguramente, no servirán de estorbo y sí de mucho provecho.

Dirección

El arcipreste de Huelva, presidente de la Obra.

Esta hoja y unas cartitas dirigidas a los libreros, editores y escritores católicos, en las que, a cambio de los libros que yo les pedía, les ofrecía pagar los *portes* y una *Comunión* con el fin de que el Sagrado Corazón les concediera vender mil libros por cada uno que mandaran. La hoja -repito- y esas cartitas, formaron una regular biblioteca que, aun hoy funciona con no poco provecho.

La Hoja parroquial

1778. Para nosotros hace sus veces EL GRANITO DE ARENA. Para otras partes, quizá enseñe algo lo que sobre ella escribí para la asamblea de la buena prensa de Zaragoza.

TEMA: ¿Es adaptable a España la obra extranjera de los «boletines parroquiales». Presentación de nuevas formas de publicaciones católicas.- Sec. I,T.11 y 13.

Nos hallamos en un siglo eminentemente *papelista.* No es frase mía, es del insigne fundador de las Escuelas del Ave María, don Andrés Manjón.

El que a estas alturas desconozca o niegue el poder del *papel y de la letra de molde*, bien ganado tiene el billete gratuito de ida y vuelta al país de las *Batuecas o de Babia.*

En otros siglos el poder ha sido de la espada, de la elocuencia, de la diplomacia, del dinero... Hoy ninguno de esos poderes llega a tener influencia social eficaz si no cuenta con la protección, el *bombo* y el visto bueno del papel...

¿Ha sido adquirida con justos títulos esta suprema influencia? Yo no me meto a discutirlo ahora, siento el hecho y de él saco esta consecuencia: sin papales, nuestras obras no van a ninguna parte o, por lo menos, pierden un cincuenta por ciento de su influencia social.

Hay una obra, o mejor, una institución madre y sostenedora de muchas obras enderezadas todas a hacer bien al individuo, a la familia y a la sociedad: es la parroquia.

No es éste el momento oportuno de decir todo lo que es, hace y significa la parroquia, cosa que los poetas han cantado a las mil maravillas y que sentimos todos los cristianos. Me basta hacer constar que en cuanto a institución social no hay otra, no sólo que la iguale, pero que ni se le parezca en organización, fecundidad y estabilidad.

Pues bien, con todas esas ventajas, perrogativas y cualidades, la parroquia necesita también hoy del auxilio del *papel.* No en el sentido de que sin el *bombo* y el aura popular que da el papel la parroquia no puede vivir, sino en el de que el papel le sirve para hacer cosas que sin él o no hará o las hará con gran dificultad.

1779. Uno de los grandes deberes de la parroquia es *enseñar,* e incluido en ese deber, el de *defenderse* contra los que atacan su doctrina.

¿Y cómo enseñar a los que no la oyen? ¿Y cómo defenderse y defender a sus hijos atacados, si sus tiros no llegan al enemigo?

Triste es decirlo: de los miles de personas que figuran en los padrones de cada una de nuestras parroquias, sobre todo de las ciudades, sólo un tanto por ciento muy reducido tiene comunicación con ella. Los demás, la inmensa mayoría, no oyen Misa, ni oyen un sermón, ni conocen al cura.

¿Pagará la parroquia esa conducta desdeñosa y despreciativa tiva con desprecios? No; es Madre, y las madres no hacen eso. ¿Y cómo hablar con hijos que no se ponen a su alcance y que llegan a veces hasta a cerrar las puertas de sus casas al cura?

¿Cómo? con dos clases de publicaciones parroquiales: una que tuviera por fin directo enseñar, y otra defender o atacar, que de ordinario es la mejor de las defensas.

La hoja parroquial

1780. Así podría llamarse la primera de esas publicaciones y podría adoptar la forma de las que, con gran éxito, se publican ya en Barcelona y en algunos puntos de España y en no pocos del extranjero, pero con algunas reformas o adiciones recomendadas por la experiencia.

La *Hoja* que yo propongo debería constar:

1º Evangelio del domingo, con su breve homilía lo más práctica posible. 2º Un poco de explicación *ordenada* de catecismo en estilo suelto y con la sal y pimienta de algún cuentecillo o anécdota pertinente al caso. 3º Indicador religioso, o sea, fiestas, cultos, ayunos y vigilias de la semana. 4º Movimiento parroquial, o sea, número de comuniones, ídem y nombres de Bautismos, casamientos (con expresión de los que se han velado), entierros y funerales (indicando los sacramentos recibidos antes de morir). 5º Si en la parroquia hay Asilos, Conferencias de San Vicente, Círculos Católicos o alguna otra Obra Social, cuenta de lo hecho por cada una de ellas en la semana o en el mes. Y 6º Algunos avisos circunstanciales o consejos del párroco en tono sencillo, paternal, sin *ironías ni riñas* (esto se queda para la otra publicación), avisos y consejos sobre la marcha de la parroquia, algún hecho extraordinario relacionado con la misma, reflexiones sobre el aumento o disminución del número de los sacramentos recibidos, proyecto de nuevas obras, etc. etc., pero procurando que sea breve exhortación, lleve el sello y el carácter del párroco y sea lo más ajustada posible a los parroquianos.

Una dificultad

1781. ¿Y están todos los párrocos en condiciones de tiempo y aptitud para escribir esa *Hoja?* Creo que sí. Limitándose, desde luego, a parroquias de ciudades y pueblos grandes, que es donde más falta hace.

Desde luego, la homilía y la explicación de catecismo no es preciso que sean originales. Pueden tomarse o extractarse de los muchos autores que circulan. Las otras tres secciones, el mismo escribiente de confianza que tenga para su archivo bien puede llevar ese cuidado. Y en cuanto a la última, o sea, ese ratito de conversación con sus feligreses, creo que con *querer bien a éstos,* coger la pluma y ponerse a escribir, lo hace cualquier cura.

El látigo ¿parroquial?

1782. Éste u otro parecido podría ser el título de la otra publicación que necesita la parroquia para defenderse y defender a sus hijos, atacados por muchos lobos.

No hay que escandalizarse, ni que echarse a reír como si se tratase de un imposible. Desde que nuestro Señor Jesucristo se dignó hacer por sí mismo un *látigo* para arrojar a los mercaderes profanadores del templo, el *látigo* es en la Iglesia una institución digna de respeto. Institución de la que no pocas veces han usado los Sumos Pontífices, los obispos y los párrocos en contra de los mercaderes de todos los tiempos, profanadores protervos de las cosas divinas y santas.

Y como, según decíamos antes, vivimos en la edad del *papel*, en la que se hacen *pedestales* de papel, aureolas y gloria de papel, casacas de papel y hasta guerras de papel, ¿por qué no ha de haber látigos de papel?

Y los hay, y por cierto más en el campo enemigo que en el nuestro. ¿Sabéis de qué hacen esos *látigos* de papel que cruzan muchas caras y escuecen en la fama más que uno de púas de hierro en las espaldas?

Los hacen con cordeles de calumnias contra honras muy altas y muy puras, equívocos picarescos, chismes intencio- nados, caricaturas expresivas del ridículo más cruel, revueltos con ciertas verdades muy gordas y muy sucias, de esas que a los *aludidos* ponen *verde* y a los que las leen les revuelven el estómago, si aun no lo han perdido. ¡Y que no hacen daño esos *látigos de papel!*

1783. Pues bien, cada pueblo de alguna importancia, o cada parroquia, tiene hoy un grupo de figuras y *figurones* verdaderos mercaderes de la honradez, de la virtud y de todo lo santo y bueno, que todo lo venden y explotan con tal de medrar ellos, figuras y *figurones* que, teniendo muchos puntos negros por donde temer la luz y ocultarse, y debiendo vivir de la conmiseración y lástima de las personas honradas, son, sin embargo, de los que mangonean, dan la ley, perdonan vidas, censuran a todo el que tiene la desgracia de no pensar y *potrear* como ellos. Son el obstáculo continuo del cura, la piedra de escándalo de la parroquia, el horno en donde se cuecen todos los motines y algaradas antirreligiosas.

Y pregunto yo: ¿no les vendría bien a esas espaldas una ración de *látigo* cristiano, dada, sí, sin odio ni venganzas, pero con gana? ¿No les vendría bien a esas máscaras sociales un *papelito* semanal, mensual o cuando convenga, en el que se sacara a relucir los numerosos puntos negros de su vida pública *chanchullera*, se mostraran en su repugnante fealdad los propósitos ambiciosos que con palabras bonitas exponen en artículos del periódico anticlerical de la localidad o en discursos a masas indoctas, un *papelito* en el que, sin penetrar en lo privado de la vida (esos *chismes* se quedan para *los otros),* se dijera ladrón, sepulcro blanqueado, hipócrita y demás cosas bonitas que nuestro Señor Jesucristo sabía decir, cuando llegaba el caso, a los que con sus malas obras y peores artes se las han ganado?

Otra dificultad

1784. No hay nada en este mundo que no las tenga. En el presente caso está en que atraería al párroco contratiempos, y lo inutilizaría quizá muy pronto el empuñar con tanta frecuencia y gana el *látigo.*

Estoy conforme. Y para ahorrar precisamente esa dificultad, yo propongo que no sea el cura quien escriba y publique es *papelito,* sin que por eso se escriba a espaldas suyas. No, es un seglar, de situación independiente y de valor probado, el que ha de crujir el *látigo*. ¿En dónde están esos seglares? ¿En dónde estaban los periodistas católicos antes de que hubiera prensa católica? Hay que formarlos. ¿Cómo? Empezando por poco y teniendo constancia y, sobre todo, mucho amor a la santa madre Iglesia, tan vilmente ofendida por tanto cacique y caciquillo como andan o *reptean* por esos mundos de Dios.

Yo no sé si padeceré alucinación en la apreciación del abundante fruto que preveo de esta clase de publicaciones. Quizá algunos, más prudentes que yo, vean que son más los inconvenientes que las ventajas.

La soberanía pulmonar

1785. Pero desde que he visto y sabido que en esta sociedad de soberanía popular y de conciencia en *desuso* el que más grita es el que más gana y el más atendido y favorecido (ejemplo, lo que a diario obtienen en provecho propio con sus campañas de ruido los partidos avanzados). Desde que

he sabido que no valen razones ni derechos, sino pulmones y tinta, estoy convencidísimo de que nuestras parroquias y sus enseñanzas serían más oídas, respetadas y tenidas en cuenta, si supieran y contaran los hombres, más o menos públicos, periódicos, corporaciones, etc., que con ellos se meten, que sobre sus caras y sus espaldas estaba suspendido un *látigo*, que por estar hecho con cuerdas de razones como puños y verdades como templos, debe doler mucho.

Siento que los reducidos límites de una *memoria* no me permitan comprobar lo que llevo dicho con casos prácticos, que en este terreno de los hechos son los argumentos más fuertes.

Permítasenos citar uno entre muchos.

Cuando apareció en Sevilla el periódico católico *El Correo de Andalucía*, cierta clase de prensa había tomado un carácter agresivo contra las personas e instituciones eclesiásticas. Desde que hubo un periódico que dijera: ¡alto ahí, que te descubro!, no quiero decir que han desaparecido por completo los ataques pero sí que se han cortado muchos vuelos, se ha impuesto más moderación y se tiene más cuidado en lo que se dice.

¡El látigo hace de Dios para aquéllos que no creen en ninguno!

Conclusiones para extender la misión de enseñar de la parroquia

1786. 1ª Es perfectamente adaptable a las parroquias de ciudades grandes de España, y de suma utilidad la publicación de *Boletines u Hojas parroquiales*, con las seis secciones siguientes: *A)* Homilía del Evangelio del domingo. *B)* Explicación breve y ordenada de algún punto de catecismo. *C)* Indicador religioso de la semana. *D)* Movimiento de la parroquia. *E)* Boletín de Acción Social Católica. Y *F)* Exhortación circunstancial del párroco.

2ª Para *defenderse* la parroquia y *defender* a sus hijos de las emboscadas de los hombres malos y de las doctrinas malas, será conveniente la creación en cada parroquia de alguna importancia, de una hoja semanal, mensual o cuando convenga, dirigida por un seglar, sin la intervención directa del cura, que podría llevar el nombre de *látigo* u otro instrumento parecido, y que se dedicara a descubrir y ridiculizar o a *dar latigazos*, a imitación de nuestro Señor Jesucristo, a todo el que se lo mereciera, con arreglo a lo que una bien ordenada caridad exigiera.

CÓMO SE CREÓ EL CENTRO OBRERO

1787. En la serie de nuestras modestas obras sociales, ocupa el rango y la calificación de *cuartel general* la obra del *Centro Católico Obrero.*

Cuartel general es, en verdad, porque en él se recluta la gente nueva que allí aprende la *instrucción.* En él aprenden a ser cristianos o vuelven a serlo, los que quizá lo habían olvidado a fuerza de no practicarlo. En él se aprenden muchas cosas buenas. Se pisotean respetos humanos, se conocen y aman los ricos y los pobres, se urden planes, se traman conspira- ciones contra el infierno y sus secuaces, se establecen inteligencias y se echan los cimientos del Huelva del mañana, mañana cristiano, cuya aurora, a Dios gracias, va apuntando en el horizonte de este pueblo y reflejando en los corazones de todos.

Su origen

1788. Se ha dicho que «Dios escribe derecho con renglones torcidos», y el gran Donoso Cortés dejó escrito este pensamiento: «Cree muchas veces el hombre que es él quien va, y es Dios quien lo lleva».

Esas dos verdades tuvieron exacto cumplimiento en la fundación del Centro.

Era el año de 1904. El año jubilar de la Inmaculada.

Huelva, mejor dicho, el puñadito *(pussillus grex)* de católicos que por aquel entonces formaban toda su *cristiandad,* quiso también tomar parte en aquella esplendente manifestación de amor al

misterio predilecto de la Virgen, y uno de los medios acordados fue celebrar una peregrinación al santuario de la patrona, la Santísima Virgen de la Cinta.

Los amigos Gálvez, Mora, Siurot, Oliveira, Barba, G. Velázquez, Cádiz, etc., capitaneados y alentados por el párroco de la Concepción, don Pedro Román Clavero, pusieron al servicio de esa idea todo su entusiasmo y todas sus iniciativas.

Se reunieron algunos fondos, se hizo activa propaganda por la prensa y otros medios, y para más solemnidad se invitó para que presidiera la peregrinación, al inolvidable prelado, tan interesado por Huelva, don Marcelo Spínola.

Aceptada la invitación por éste, y hechos casi todos los preparativos, aparece en escena el demonio, y valiéndose de los odios de unos, de los recelos y prudencia demasiado humana de otros, dispuso las cosas de tal modo que hizo fracasar la tan deseada peregrinación.

¡Nunca lo hubiera intentado!, porque le salió la *criada respondona* y se encontró con aquello de «al que no quiere caldo, tres tazas».

La Inmaculada debió aceptar aquellos deseos y proyectos de festejarla, y bendijo a los que los abrigaban, sugiriéndoles el proyecto de abrir un *Centro Católico de Obreros*.

No eran pocas las dificultades, es verdad, pero contando con *Ella*, ¿quién dijo miedo?

Faltaba dinero y faltaban, sobre todo, obreros que se atrevieran a pasar las burlas y persecuciones que sobre ellos caerían al sólo intento de atravesar los umbrales de un centro clerical.

Pues la verdad es que el Centro se abrió, que se presentó abiertamente católico, que se le puso bajo la tutela de la Inmaculada Concepción, que se puso la imagen de ésta en el lugar principal de la casa, y que a las primeras de cambio contó con más de cien obreros valientes.

En busca de casa

1789. Los cien obreros pronto se multiplicaron, y cuando pasaban de trescientos, se sintió la necesidad de la expansión: ¡Casa nueva! Se buscó y se encontró casa grande, con dependencias bastantes para tener sala de lectura, de actos públicos, de juntas, de teatro y de oficinas para la *Caja de Ahorros y Monte de Piedad*, que ya empezaba a ser el sueño de los directores de la obra.

El atractivo del Centro

¿Y por qué aumentaba el número de los obreros con tanta rapidez?

Es indudable que, dadas las dificultades que a ello se oponían, hay que ver en todo eso, antes que nada, una acción especial de la gracia de Dios. Pero no es menos cierto que aquélla ha querido valerse del gran atractivo de *las obras*. Ver un obrero acostumbrado al trato áspero y duro del patrono o jefe del taller, y al soez y enconado de compañeros sin fe y sin esperanza: ver -repito- ese obrero a don fulano de tal o al Padre tal departir amigablemente y tomar café con obreros tan tiznados como él. Ver aquella franca alegría y simpática fraternidad con que todos se tratan. Saber que cuando está cesante, aquellos mismos *señoritos* y sacerdotes tan cariñosos, se ponen a buscarle una colocación y no descansan hasta encontrársela. Conocer que en aquella casa hay quien se preocupa de buscar medios para darle pan más barato y casa higiénica más barata también. Mirar una escuela abierta en el mismo local para él y para sus compañeros. Oír discursos y conferencias que para su instrucción dan periódicamente los mismos directores de la obra o amigos por ellos invitados. Ver y sentir, en una palabra, el obrero todas esas manifestaciones de la vida cristiana y no entregarse, ¿es posible, conservando un poco, no más, de corazón y buen sentido? No.

CÓMO Y DE DÓNDE SALIÓ LA PRIMERA ESCUELA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Carta a uno

5 de febrero de 1908.

El por qué

1790. *Una necesidad muy grande y muy triste.* Había en el mismo barrio en donde se han hecho nuestras escuelas, unas protestantes de niños y niñas (más de doscientos) y otras laicas de niños con buen número. Para contrarrestar esa enseñanza se contaba con la *enorme* cantidad de *cuatro* escuelas municipales (para una población de ¡30.000 almas!).

El espectáculo de centenares de niños arrojados al arroyo, porque no había escuelas de *balde* para ellos, o enseñados en escuelas enemigas de Dios y de la Virgen, nos *echó a la calle* a hacer unas escuelas muy grandes, muy buenas, muy cristianas y absolutamente de *balde* para los niños pobres.

Los recursos

Capital inicial para la obra: *cero en metálico.* En fe, confianza en el Sagrado Corazón y amor a los niños abandonados, *millones.*

No faltaba más que hacer una *conversión de valores.* Cambiar la fe, la confianza y el amor en pesetas, y la obra estaba hecha.

Y se hizo la *conversión* y hubo pesetas.

¿Los medios?

Han sido varios:

1º *La limosna* pedida de palabra y por escrito, en español, francés, portugués, inglés y en todos los idiomas conocidos.

2º *La suscripción* por medio de *coros,* formados cada uno por doce personas, que se comprometían a dar 0,10 pts. semanales por un año.

Para formar esos coros me valí de la adjunta hoja:

¿Quiere usted leer...?

1791. En Huelva, ciudad de 30.000 almas, en un solo barrio, hay *una escuela laica* para niños y *dos protestantes* de niños y niñas, con su capilla correspondiente.

¡Un total de 500 niños en escuelas enemigas de Jesucristo y la Virgen!

Para contrarrestar mal tan grave y de tan desastrosas consecuencias, trabájase por abrir al culto una antigua iglesia ruinosa, situada en ese mismo barrio, y construir unas espaciosas escuelas con capacidad suficiente para un número de niños superior al que acude, por junto, a las otras.

Para realizar esa obra hacen falta *oraciones y dinero.*

AHORA BIEN

1792. ¿Quiere usted cooperar a una obra de tanta gloria para Dios y de tanto provecho para las almas?

Sírvase contestar a estas preguntas:

A) ¿Tiene usted entre sus conocidos, parientes o súbditos *doce, por lo menos,* dispuestos a dar durante *un año diez céntimos* semanales?

B) ¿Podría usted comprometer a esos mismos o a otros a rezar diariamente por un año *un solo Padrenuestro* al Sagrado Corazón y un Ave María a la Inmaculada, pidiendo por la *obra de las Escuelas Católicas de Huelva?*

C) ¿Quiere usted encargarse de recoger semanalmente esos diez céntimos, mediante la entrega de un *vale* o papeleta que recibirá oportunamente y remitir trimestralmente, o cuando tenga ocasión, las cantidades recolectadas?

D) Si usted no pudiera hacerse cargo de este pensión, ¿quién de esos doce podría encargarse?

¿QUE ES MUY PESADO?

¿Le resulta pesado dar una monedita *todos los viernes* al pobrecito que se la pide a su puerta por amor de Dios?

Pues esa monedita es la que durante un año quiere pedirle para sus niños y por amor de Dios el arcipreste de Huelva.

¿Le dirá usted que *"perdone"?.*

E) La *venta* de dulces, prendas, retratos, perfumería, aceitunas, estampas, encajes, etc., elaborados por señoras y señoritas que quieren mucho al Sagrado Corazón.

F) *Rifas* particulares de cuadros, mantones, placas, etc.

G) La *suscripción* a EL GRANITO DE ARENA que, a pesar de ser tan chico, ya ha dado bastantes pesetas a las Escuelas y espera darles más.

H) Y, sobre todo, muchas oraciones, comuniones y sacrificios.

Nota muy importante.- No ha habido *fiestas de caridad.*

El resultado

1793. Unas escuelas muy hermosas (y perdónesenos la inmodestia).

Seis clases, para distribuir en seis grados la enseñanza, muy espaciosas, ventiladas y alegres. Un patio de unos cuatrocientos metros cuadrados. En el suelo y en las paredes trazadas las figuras y mapas que para *sensibilizar* todas las asignaturas ha ideado el gran pedagogo don Andrés Manjón. En el mismo suelo del patio, dos acabadísimos mapas en cemento de alto relieve de España y Huelva, en los que se ven al *natural* las cordilleras, los ríos, mares, etc. Agua abundante para lavabos. Una azotea de unos doscientos metros cuadrados, y toda la escuela adosada y como a la sombra de la espaciosa iglesia, también restaurada, de San Francisco, y coronando iglesia y escuelas una esbelta imagen del Sagrado Corazón, con sus brazos abiertos y sus ojos señalando al pecho, en ademán de decir: *aquí hay para todos...*

La enseñanza

1794. La enseñanza que se dará será en un todo conforme a la que se da en las celebérrimas Escuelas del Ave María de Granada. Por consiguiente, según la admirable concepción del gran don Andrés Manjón, será *una*, por el fin y unidad del magisterio que educa. *Integral,* que abarque al hombre todo. *Gradual,* o por grados bien medidos y proporcionada a la edad y condiciones del sujeto. *Continua,* o dada en sucesión no interrumpida. *Progresiva,* o en desarrollo constante y progresivo. *Tradicional,* conforme a la tradición de los siglos. *Nacional,* según el genio especial y destino de nuestra Patria. *Orgánica,* de modo que el alma y cuerpo y todas sus facultades y órganos, reciban armónico desenvolvimiento. *Instructiva y educadora* y no meramente ilustrada. *Convergente,* u orientada constantemente hacia un objetivo. *Activa,* por parte del maestro y del discípulo a la vez, y no meramente pasiva. *Sensible,* o que eduque la parte sensible, y haga agradable e intuitiva la enseñanza, en cuanto pueda, y cultive los sentimientos de lo bueno y de lo bello. *Moral,* o que eduque el corazón para la virtud. *Que imprima carácter* por la fijeza y perseverancia en el bien. *Religiosa,* o que atienda al fin último y a los medios a él ordenados. *Libre,* en cuanto al derecho de elegir escuela, maestros y métodos. *Artística,* o cultivadora del sentimiento de lo bello, y *manual* o comprensiva de ejercicios prácticos.

Ése es nuestro programa, al que esperamos con el favor del Sagrado Corazón, ajustar nuestra conducta. Con ese método se enseñará a todos: doctrina, gramática, aritmética, escritura, dibujo, geografía, música, etc.

Duración de las obras

1795. El 2 de abril de 1906, convocada por el señor arcipreste, se celebró la primera reunión de *accionistas,* comenzando en el Archivo de la parroquia de San Pedro y terminando en la capilla del Sagrario de la misma parroquia, para dar gracias al Sagrado Corazón de las 5.500 pesetas reunidas en aquella misma junta.

El 2 de mayo comenzaron las obras de restauración de la iglesia de San Francisco.

El 17 de noviembre del mismo año se bendijo la iglesia restaurada y se trasladó solemnemente desde la parroquia de San Pedro a dicha iglesia su divina Majestad y dio principio una santa misión por los reverendos padres Navarro y Picazo, S.J., que tuvo por resultado unas 4.000 comuniones.

A mediados de julio de 1907 comenzó el derribo de las casas compradas y capillas de la iglesia, sobre cuyo solar habrían de construirse las nuevas escuelas.

El 2 de agosto (primer viernes) dio comienzo la edificación de las mismas.

Y el 25 de enero de 1908 se bendijeron por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Sevilla.

Una dificultad

1796.- ¿Y con qué van ustedes a sostener esas escuelas? Porque necesitarán costear seis u ocho maestros y el abundante material que una escuela tan numerosa exige. Y ¿cómo, siendo las escuelas completamente gratuitas, van ustedes a cubrir un presupuesto de 10.000 pts. anuales?

A esa dificultad, que parece grande, responderemos lo que a una pregunta parecida sobre el porvenir de sus escuelas nos respondía el venerado don Andrés Manjón: "Mientras en nuestras escuelas se enseñe bien y de balde y se recen Avemarías, no faltará dinero".

Nosotros procuraremos salvar aquella dificultad, *aplicándonos el cuento.*

«Es infinitamente rica -escribió hace poco el mismo don Andrés- *la institución que sirve a Dios y a los hombres de balde».*

Lo cierto es que la escuela se acabó, con un costo aproximado de 100.000 pesetas, que lleva más de dos años de vida pagando ocho maestros, material y reparaciones, que se le han unido después algunas otras cosas de valor, como se verá después, y que, sin tomar un céntimo de los niños, todo lo va pagando y no deja de derramar a manos llenas los beneficios de una educación cristiana, sólida, acabada y perfeccionada con todos los adelantos que en la escuela de más fuste se enseñe.

¿Hay o no motivos para alabar al Sagrado Corazón de Jesús?

El primer día de clase

1797. Y llegó el día primero de febrero, señalado para inaugurar las escuelas. Y a medida que se acercaba el día, sentíamos, los que tanto habíamos soñado ver centenares de niños en escuelas nuestras, una emoción mezcla de alegría y temor...

Dieron las nueve de la mañana y se abrieron de par en par las puertas y más de 300 niños invadieron el patio y, como quien entra en casa propia y de antiguo conocida, se pusieron a jugar, sin extrañar a nadie ni nada. ¡Hermoso privilegio de las obras de caridad!

Y llegó el instante deseado y tantas veces imaginado, ¡la primera clase! ¿Cómo había de empezar? Como había empezado la obra: en el Sagrario y ante la imagen del Sagrado Corazón.

Así se hizo; formados los niños con el orden que podía esperarse de aquellos elementos tan heterogéneos, fueron llevados a la iglesia por sus maestros y de rodillas ante el Tabernáculo rezaron

y repitieron las preces que iba recitando el señor arcipreste, oraciones que al ser balbuceadas por aquellos niños descalcitos, muchos de los cuales aún no habrían pronunciado el santo nombre de Dios, tenían un acento tan grato y de efecto tal, que, casi, casi sin sentir, hacían saltar las lágrimas.

Y después de recibir la bendición que desde el mismo altar les dio el señor arcipreste, a dar clase *in nomine Domini.*

Cómo se formó la Caja de Ahorros

1798. Y aquí hay que cambiar de tono, porque hay que hablar de *tanto por ciento,* imponentes, capital en caja, etc., y otros términos que en nuestras escuelas no se conocen.

Uno de los medios de que nos valemos para fundar y hacer prosperar nuestras obras es encomendarlas a una persona que sienta inclinaciones o aptitudes especiales para aquel género de obras, es decir, lo que se llama un *chiflado* por aquella obra.

Pues bien, tenemos entre nuestros amigos dos *chiflados calculistas,* que con números son capaces de componer una *Iliada,* y esos son los puestos por el Centro Católico de Obreros para dirigir y llevar *gratis y por amor a Dios,* la Caja de Ahorros y Monte de Piedad.

La Caja de Ahorros, en su reglamento, reconoce tres clases de libretas: una *personal,* en que uno mismo es el imponente y el beneficiario. Otra solidaria, en que dos son los imponentes y dos los beneficiarios y cualquiera de los dos pueden imponer y retirar. Y otra *beneficiaria,* o sea, a favor de otra persona.

El interés es el 3 por 100 anual.

Como es Caja cristiana, su primer libro se encabeza así:

Para mayor gloria de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Inmaculada Virgen María, se abre esta Caja de Ahorros y Monte de Piedad, fundados por el Centro Católico de Obreros de Huelva, dignándose inaugurarlos nuestro Excmo. y Rvdmo. prelado, Sr. D. Enrique Almaraz y Santos, con ocasión de su santa Visita Pastoral a nuestra ciudad. Huelva, veinticuatro de enero de mil novecientos ocho.

+ENRIQUE, arzobispo de Sevilla.

Siguen las firmas de los señores de la Junta de Gobierno.

En la libreta que se da a cada imponente van impresos unos consejos que deben ser conocidos. Dicen:

LA CAJA DE AHORROS Y SUS IMPONENTES

1799. No te extrañe, amigo mío, que una *Caja,* que no tiene ni lengua ni boca, se ponga a hablarte para darte consejos.

Es una *caja cristiana* y nuestra santa religión tiene ese privilegio de hacer hablar hasta *las piedras.*

¿Por qué debes ahorrar?

No para atesorar y recrearte en el dinero guardado. Eso es de avaros. Ni para dejar de trabajar cuando tengas mucho reunido. Eso es de flojos y egoístas.

Debes ahorrar porque Dios, Padre tuyo, es tan bueno, que hoy te da fuerzas para que ganes un poquito más del *pan nuestro de cada día* y quiere que ese poquito lo guardes para cuanto a ti o a tus hijos os falten las fuerzas para ganar el pan necesario.

Un secreto para ahorrar mucho

1800. Los enemigos del ahorro son: la *blasfemia* (en casa del que blasfema todo es dolor y pena). El *alcoholismo* (la llave del barril de la taberna lo mismo puede servir para abrir la puerta de la cárcel que para cerrar el cajón del pan). La *lujuria* (más dañina que la peste bubónica). El *juego* (nadie se ha enriquecido definitivamente con él; en cambio, muchos se han arruinado definitivamente). La *ociosidad* (es madre de todos los vicios). Y muy principalmente la *profanación* del día festivo (el dinero ganado en domingo, de ordinario, va a parar a la taberna o a la botica).

Huye de estos enemigos y verás crecer tu libreta, que será una bendición de Dios.

Eso te desea.- *La Caja de Ahorros.*

El Monte de Piedad

1801. Auxiliado y relacionado con la Caja de Ahorros se funda el Monte de Piedad en favor de sólo los socios del Centro por ahora. El interés sobre los préstamos es el 6 por 100 anual.

Con este solo dato se comprende el bien incalculable que se hace a los obreros, a los que, en la mayor parte de las *casas de empeño se les extrae,* por lo menos el 5 por 100 *mensual,* o sea un 60 por 100 anual.

CÓMO SALIÓ LA ESCUELA DE ADULTAS

1802. Uno de los cuadros más animados y simpáticos de la Acción Social Femenina de Huelva lo ofrece, sin duda la *Escuela de noche,* o sea la Escuela de adultas del Sagrado Corazón de Jesús.

Se fundó el 7 de enero del año 1907 en uno de los salones, ya terminados, de las nuevas escuelas del Sagrado Corazón.

Se señaló su inauguración por un acontecimiento muy singular y raro:

¡La huelga de novios!

Y allá va la explicación.

Las analfabetas

En Huelva, ya de antiguo, no se ha dado a la enseñanza toda la importancia que requiere. Pruébalo aun hoy el escaso número de escuelas que existen.

Consecuencia de esto es que el *analfabetismo,* no sólo literario, sino moral, sea aquí una institución. Consecuencia de esto también, el que haya un gran número de hombres y mujeres que no conocen ni el ABC de la cartilla ni del catecismo, o sea, la señal de la cruz.

Y, no haciendo ahora mención de los hombres ¡es tan triste y tan desolador el espectáculo de la mujer que para hablar con los demás, no conoce otro lenguaje que el de las *picardías* y verduras, y para hablar con Dios y con la Virgen, no conoce, ni quiere conocer lenguaje alguno!

¿Podrá darse tipo más monstruoso que el de la niña o la joven blasfemadora y atea?

Pues ése es el resultado de la falta de hogar cristiano y escuela cristiana y de la sobro de escándalos y malas enseñanzas de la calle.

Una dificultad

1803. Bueno, pues todo esto, que era muy triste y, por desgracia, no raro, hería horriblemente nuestro corazón y le hacía sufrir constantemente, y después de lamentarlo en reuniones de almas buenas y de consultarlo en el Sagrario, el cura de San Pedro se decidió a fundar la escuela de noche.

El problema no era buscar dinero para sostenerla (no se necesita mucho para eso). El gran problema era encontrar maestras que, en el poco tiempo que las jóvenes estuvieran en la escuela, se

dieran trazas de enseñarlas a leer, escribir, algo de cuentas y, *sobre todo,* catecismo *aprendido y obrado.*

Más claro, lo que se necesitaba eran muchas *maestras catequistas* que se apoderaran de los corazones de sus discípulas, las despojaran de los prejuicios que contra Dios y la Iglesia abrigaban, las informaran en la vida cristiana y en poco tiempo realizaran el milagro de la conversión de candidatas al vicio y a la desgracia, en jóvenes honradas y cristianas que llevaran aires nuevos de Cristo a su hogar o al que en breve muchas de ellas formarían.

Nuestra "normal" de maestras

1804. ¿En dónde encontrar esas maestras tan *habilidosas* y en tanto número?

Oídlo, hijas de María, socias del Apostolado y almas que queréis al Sagrado Corazón y deseáis hacer algo por su gloria. Oíd de qué modo tan sencillo y económico se encuentran maestras.

«El Corazón de Jesús -decía un día ese cura a sus parroquianas de Comunión diaria-, el Corazón de Jesús os pide un favor. Quiere que toda la que sepa leer su devocionario y escribir una carta y, sobre todo, la que sepa amar a Dios y a la Virgen Inmaculada, se dedique a enseñar a leer, escribir y amar a muchas jovencitas que no saben nada de eso».

Y resultaron unas cuarenta maestras.

Organización

1805. ¿Que si sirvieron?

Admirablemente bien. Teníamos entre ellas una profesora de título y de experiencia. A ésta se nombró directora de la escuela. Con las demás se formaron cuatro grupos de a diez maestras, diez para cada semana del mes, con prohibición de que ninguna fuera en la semana que no le tocara (para evitar aburrimientos). Dispuesto el personal, funciona así: la directora, que va todas las noches, da unidad a la enseñanza y distribuye los grupos de alumnas, según su estado de cultura, entre las maestras de turno, con cuyo procedimiento resulta una escuela perfectamente graduada en diez grupos, cuyas alumnas reciben directamente la enseñanza de su maestra, con evidente ventaja para aquélla.

La primera clase

1806. Preparado el local, un amplio salón de las nuevas escuelas, presentes las maestras con un poquillo de cortedad, pero con mucha confianza en el auxilio del *Maestro Principal,* el Sagrado Corazón y la asistencia de un centenar de jóvenes, modistas, criadas, obreras, etc., de más de catorce años, se dio comienzo a la obra, no sin que antes el señor arcipreste hubiese dicho dos palabritas al Sagrado Corazón, Amo y Director de todas las obras en que él anda, otras dos a las maestras y otras tantas a las alumnas.

La parte de Dios se había hecho: faltaba la parte del demonio, que no podía faltar en una obra tan *beneficiosa* para él.

Y la parte del demonio fue

La huelga de novios

1807. Y ocurrió que la mayor parte de las alumnas tenía su correspondiente *alumno,* y que al llegar cada uno al domicilio de sus presuntas consortes para dedicarse a la tarea de *pelar* la

consabida *pava, era saludado* con la poco agradable sorpresa de que la *pava* había volado, ¿a dónde?, ¡horror de los horrores! A la *escuela de los curas.* ¡No era nada!

Ellos tan guapos, tan libres, tan republicanos, ¡aguantar que una escuela puesta por curas les quitara sus novias! ¡Vamos! Eso era el colmo de los colmos, y, lo bonitos que eran ellos para pasar por ahí. ¡A la escuela! Y como almas que lleva el diablo y como movidos por una consigna, aparecen rodeando la escuela varios grupos de *mocitos desairados,* capaces de hacer cualquier cosa.

Los unos, en actitud *reservada,* se mantenían en la acera de enfrente. Otros más atrevidos penetraban en el patio de la escuela y aplicando el oído al agujero de la llave trataban de indagar lo que dirían los *curas* y las *beatas,* no faltando algunos más agresivos que propusieran entrar a saco en la clase y *armar bronca.*

Se terminó la clase, se abrieron de par en par las puertas y salieron *ellas.*

Gritos de algunos, quejas de otros, caras avinagradas de éstos o desdeñosas de aquéllos, ése fue el recibimiento.

La escena *tenoril* se repitió cuatro o cinco noches más, hasta que por el testimonio de *ellas* y por sus propios ojos se convencieron de que aquellas *beatas (el cura* no aparecía más que una vez a la semana para dar una conferencia general de religión) habían tomado en serio el hacer felices a sus futuras y que ellos resultaban tan favorecidos como ellas.

Y desaparecieron los *huelguistas,* y ya se ha dado el caso de algunos que van a suplicar a las señoras que admitan a una *muchacha* que ellos conocen.

Los frutos

1808. No han sido pocos los que se han visto ya. Por orden son:

1º Para las *alumnas,* además del conocimiento de las nociones de instrucción primaria, el conocimiento más valioso de todos, el de Dios y su santa doctrina. Muchas de esas obreras no habían hecho su primera Comunión, no pocas desconocían hasta la señal de la cruz. A los dos meses de escuela comulgaron *todas.* Efecto de esta Comunión *bien preparada y bien digerida,* fue la transformación del carácter de aquellas jóvenes. Se acabaron los prejuicios, los miedos, las prevenciones y en la alegría de sus caras indicaban que ya eran de Cristo. Y no fueron flores de invierno. Muchas han perseverado y no pocas de ésas hoy son obreras piadosas de Comunión diaria.

2º Para las *maestras.* Eso es propio de la caridad, que hace bien al que la da y al que la recibe. Es como Dios, por donde quiera que pasa va haciendo bien. Las maestras ganaron el dar solidez a su piedad, haciéndola *activa y difusiva,* un puesto de preferencia en el Corazón de Jesús y el cariño agradecido de sus buenas alumnas, que saben agradecer.

3º Para *maestras, discípulas, familias y la sociedad* en general: La *aproximación* de clases (una señorita poniendo al servicio de una obrera sus conocimientos, su comodidad y, sobre todo, su cariño, da una gran solución a la *lucha de clases). La fraternidad* cristiana y el bienestar que de ella proviene. Los de arriba se acuerdan más de los de abajo, y los de abajo se acostumbran a mirar con más caridad a los de arriba.

El gran fruto

1809. Finalmente, los adelantos, conocimientos y alegrías de unas, los sacrificios y aproximaciones de las otras y la gracia de Dios, que todo lo mueve, sostiene y conserva, no tienen más remedio que dar por resultado el preparar y apresurar el gran fruto, el soñado por todos los que en estas obras andamos, el que *Huelva sea toda entera del Sagrado Corazón de Jesús. Amén, amén, amén.*

CÓMO SE FUNDARON LAS ESCUELAS E IGLESIA DEL

SAGRADO CORAZÓN DEL BARRIO DEL POLVORÍN

Una iglesia y unas escuelas nuevas.
Fiestas de inauguración

Carta a «Uno»

1810. 22 de julio de 1908
«Queridísimo *Uno:* Aquí tienes al pobre de *El Otro* hecho un mar de confusiones, por no saber cómo empezar a decirte lo mucho bueno que ha visto, sentido y gozado en estos días con motivo de las fiestas de inauguración de las obras de *última hora* de los *chiflados* de Huelva: la iglesia y las escuelas gratuitas en el apartado barrio del Polvorín.

Son tantas, tan buenas y tan sabrosas las cosas que en ésta tengo que contarte, que, ¡la verdad!, me temo que cuando termines la lectura de esta epístola digas para tu capote: «¡Valiente andaluz!».

Pues bien, no *andaluzadas*, sino realidades muy *reales*, y verificadas en el tiempo y en el espacio son las que voy a contar a mi amigo *Uno*, para que se relama de gusto y dé gracias con nosotros al Amo por lo que en sta Huelva viene haciendo.

Conque basta de exordio y ¡al grano!

Y como a ratos eres un poco indiscreto, y yéndosete el santo al cielo de la alegría que sientes cuando lees mis cartas, las das a leer al primero que encuentras, por si te pica ahora esa inocente indiscreción, y para ahorrar al uno preguntas y al otro respuestas, voy a repetirte en pocas palabras la historia o el *proceso* (que dirían nuestros *chicos* de la prensa), de la obra inaugurada en el *Polvorín*, barrio bastante apartado, nuevo y quizá el más populoso de Huelva, sin escuela y sin iglesia.

Va de historia

1811. Y allá van algunos datos para ella.
1º El 25 de enero de este mismo año de gracia de 1908 decía nuestro arcipreste en la plática con que nos preparó para la gran Comunión general con que celebrábamos la bendición de las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús:

Hay que hacer *una locura o muchas,* si fuesen precisas, para recibir la primera Comunión general en la iglesia y escuelas que *hay* que construir en el apartado barrio del Polvorín.

2º Otro dato. En febrero, a unas cuantas señoritas se les ocurrió darse unas vueltecitas dos veces en semana por el barrio del Polvorín, para dar lecciones de lectura y catecismo a chicos, a grandes y a todo el que se presentara. Como no tenían en dónde recoger la gente que buscaban de casa en casa, pidiendo prestado un zaguán de una casa de vecinos, y colocando en sitio principal una placa del Sagrado Corazón, hicieron del zaguán la *primera iglesia y la primera escuela* del populoso barrio del Polvorín. Escuela e iglesia que a los pocos días tuvieron que ampliar, ocupando el patio de la casa, el portal y un trozo de campo a que da éste.

3º Otro dato. En marzo se leía en EL GRANITO DE ARENA: «...¿No es verdad que debe sufrir mucho un pescador que tiene que tirar la pesca abundante de su red porque no tiene en dónde guardarla? ¿No es verdad que debe sufrir mucho un labrador que, por carecer de graneros, tuviera que abandonar el fruto de una abundante cosecha?

Deben sufrir mucho, ¿verdad?».

«Pues mucho más sufre un alma que quiere de veras al Corazón de Jesús, cuando no tiene un *granero* o un rincón en donde poder ir recogiendo las almas que Aquél le va preparando en su *era* o echando en su red...»

«...Y, ¡la verdad!, cuando se siente eso por dentro y se acuerda uno de que con un puñado de pesetas se arregla todo, se olvidan todas las *razones de prudencia* y se abren todas las válvulas del corazón, pensando que mientras haya un Cristo vivo con su Corazón en el Sagrario y una *casa de*

empeños en el mundo, en donde den dos pesetas por la sotana de un cura o la chaqueta de un *chiflado*, ¿quién dijo miedo?

Y suena entonces la hora de hacer *locuras*...»

1812. Y las *locuras* se hicieron -añadimos ahora- y las *locuras* son hoy una realidad.

¿Cómo?

Alquilando unos almacenes situados en el centro mismo del barrio *sitiado*, y convirtiéndolo después de tres meses de obras de reparaciones y arreglos, en tres buenos salones de unos setenta metros cuadrados cada uno. Dos para escuelas y una para iglesia, pero dispuestos aquéllos de modo que, descorriendo unos telones de separación, pueden convertirse en iglesia, cuando convenga, y unido a esto un buen patio y una bonita casa para el capellán.

¿Los con qué?

Pues los mismos exactamente que tuvimos para construir y tenemos para sostener, las Escuelas del Sagrado Corazón del barrio de San Francisco, que costaron unas 100.000 pesetas, educan de balde actualmente a más de cuatrocientos niños y no se sostienen con menos de 750 pts. mensuales.

¿Los *con qués* nuestros? son muy conocidos y muy acreditados también. Por parte de las obras, la *oportunidad* o necesidad de las mismas. Por parte de nosotros, una *confianza* sin límites en el *Amo*, el Sagrado Corazón de Jesús, y por parte de Él una *misericordia especial* que está ahora manifestando en favor de Huelva.

Júntense esos *ingredientes* y darán por resultado el descubrimiento de la deseada *piedra filosofal*. Oro, plata, billetes de Banco, cobre, bancos y carteles, para las escuelas. Cálices, casullas, misales, imágenes, Sagrarios, campanas y todo lo necesario para la iglesia.

1813. Nuestros amigos lo han ido viendo. Nos propusimos hacer esta obra *sin pedir*. Ibamos a contentarnos con *exponer*. *Expusimos* a los que las *tuvieran de más* una lista de cosas que teníamos de *menos*, para la iglesia y para las escuelas, y hoy un cáliz, mañana una casulla, el otro unos carteles, unas veces de Madrid, otras de Sevilla, de Huelva y hasta de puntos ignorados y enviados por personas las más de las veces desconocidas; por espacio de tres meses hemos ido recibiendo el *don o los dones* de Dios, y al abrir sus puertas la nueva casa de Dios y de los niños pobres, se presenta a los ojos de todos, amueblada y ataviada con pobreza, sí, pero con decoro y *casi* sin carecer de nada, quedando, sin duda, ese *casi* para que no falte ejercicio a nuestra fe.

Ésa es nuestra nueva obra o, mejor, la nueva obra del Sagrado Corazón de Jesús en el barrio del Polvorín, y ésa su historia hasta el día, y ésos los medios con que se ha fundado y se sostendrá.

La inauguración

-Padre -decían a unos sacerdotes que visitaban las obras de reparaciones de la nueva casa, unas muchachas del barrio- padre, dígales usted a los albañiles que acaben pronto, que *tenemos prisa*.

No solamente esas muchachas, sino la mayoría del barrio (y este deseo de escuela e iglesia puede decirse que ha sido el primer *don* de Dios) *ha tenido prisa* por ver concluida *su casa*.

Con estas disposiciones a la vista por parte del barrio, y con las que siempre tiene *nuestra gente* para todo aquello en que entre el *Amo*, podrá comprenderse cómo habrán resultado las fiestas de inauguración. Y vamos por orden:

Traslado de imágenes y bendición de la iglesia

1814. Éste fue el primer número de las organizadas.

Para las seis de la tarde del viernes, día 10, estaban citados nuestros hombres en la iglesia de san Francisco para trasladar procesionalmente a la nueva iglesia las tres imágenes que habían de ocupar su único altar: san José, la Inmaculada y el *Amo,* el Sagrado Corazón.

Mientras la procesión avanzaba, el señor arcipreste, facultado por el Excmo. Sr. Arzobispo y asistido de varios sacerdotes, procedía a la bendición de la nueva iglesia.

El sargento de la guardia civil de aquel puesto y el alcalde de barrio, personas por cierto muy simpáticas y amables, no cesaban de *ordenar* los entusiasmos de los alegres vecinos que, ansiosos, se agolpaban a la puerta del templo, esperando ver abrir sus puertas para entrar en él.

El aspecto de los alrededores no podía ser más pintoresco: escudos y gallardetes en torno de la iglesia, colchas y sábanas en buen número y arcos de follaje adornando las fachadas de las casas y, sobre todo, mucha alegría en las caras de todos.

"Ya vienen", de pronto se oyó decir. Y, efectivamente, a lo lejos se veía venir por la carretera, envuelta en nubes de polvo, que bien suplían las nubes del incienso, una larga procesión de hombres, presididos por la banda de cornetas y los niños de nuestras escuelas, y en medio de aquellas dos largas filas, las imágenes: la de san José, llevada a hombros por jóvenes católicos. La de la Inmaculada, por cuatro niños de las escuelas. La del *Amo*, por todos, pues todos porfiaban por llevarla a hombros.

1815. Y ahora digo yo, ¿quién es el valiente que describe la entrada de la procesión en la nueva iglesia?

Vale más figurarse una iglesia no muy grande, pero que parece que tiene paredes elásticas, por lo que *dan de sí.* Una masa de gente que no cesa de engrosar. Miles de bocas que gritan y, cuando la lengua no basta, se levantan en alto muchas manos y se tiran muchos sombreros y se arrojan muchas flores y se canta, y se aclama, y se llora y se aplaude.

Y por encima de aquel mar de cabezas que se agitan y de manos que se levantan y de lágrimas que brotan, serena, plácida, adelantando lentamente la imagen del *Amo* querido, que con su mano derecha levantada parece que bendice, y con su izquierda señalando al Corazón, parece decir: *¡Pues más os quiero yo!*

Colócanse las imágenes en sus hornacinas y dispónese el clero a entonar el *Te Deum*. Imposible encauzar aquel desbordamiento de entusiasmo y de amor. Súbese en un banco, a falta de púlpito, nuestro arcipreste, ¡intento inútil!, las aclamaciones de los que, por no caber en el templo, habían quedado en el patio y en la puerta, frustran las tentativas de silencio que trataban de imponerse los de adentro. Con la misma intención sube don Manuel González Serna, y con su voz penetrante logra hacerse oír tres o cuatro minutos, no sin que por una corneta de la banda se diera un toque de atención.

Reanúdanse las aclamaciones, y en atención a que allí no se oían más que ¡vivas!, nuestro arcipreste, con el bonete en alto y más casi con la actitud y los gestos que con la boca, da tres ¡vivas!, uno al *Amo*; otro a la Inmaculada y otro a san José, y termina con una *¡hasta otra!*, que es respondido con un *¡que sea pronto!* unánime, entusiasta, delirante de la multitud.

Nota final de la tarde

1816. Decíale al salir al patio a nuestro arcipreste, uno de los circunstantes:

-Hasta la sotana la trae usted ardiendo.

-¡Toma! -responde al punto uno de los muchachos de la banda, allí presente-. ¿No quiere usted que arda, si hasta mi *corneta está zuando...?*

La primera noche de Sagrario

1817. Quedaba otro número a nuestro programa de inauguración.

Pasar en compañía de Jesús Sacramentado la primera noche que Él estaba en aquel nuevo Sagrario.

El sábado once celebró Misa rezada el señor capellán para reservar a su divina Majestad.

Invitada la Adoración Nocturna para dar guardia de honor a Jesús Sacramentado, acudió con representación lucida.

¿Y quién podrá contar las bellezas de aquella memorable noche? ¿Quién olvidará el eco de aquellas sesenta y ocho voces de hombres cantando al unísono el *invitatorio de Maitines, el Te Deum* a la una de la noche y los distintos cánticos que preceptúa su reglamento, resonando en aquellos techos poco elevados como ecos de catacumbas? ¿Quién olvidará, sobre todo, la procesión con el Santísimo Sacramento a la salida del sol?

La procesión matinal

1818. El nuevo y excelso *Vecino del Polvorín,* que salía de su nuevo Sagrario, acompañado de sus antiguos amigos, los de su confianza, los que habían pasado la noche a su lado, hablándole, agradeciéndole y pidiéndole mucho, que salía, repito, para visitar a sus *convecinos*, los pobres, los abandonados, con los que desde tanto tiempo había deseado vivir, y visitarlos como visita el sol, que en aquel momento salía, sin ruido, enviando *luz y calor,* aun a los dormidos, a los malos, a todos...

¡Qué bello, qué dulce aquel pasar Jesucristo por las calles y el campo sin otro ruido que el grave y majestuoso del *¡Pange lingua!* ¡Qué bello y qué dulce aquel detenerse en un altarcito modesto colocado en una de las fachadas de la iglesia, dando vista por una parte a la ciudad, a Huelva, por otra al Polvorín, con sus casas modestas, a medio construir muchas, de lata o madera no pocas, y enfrente la ría, con sus marismas improductivas al lado de acá, y con su monasterio de la Rábida al lado de allá!

¡Qué dulce y qué sublime en medio de su sencillez, aquel levantarse de los *dos soles:* el de la naturaleza, que apuntaba por encima de los *cabezos*, y el de la Justicia eterna y del Amor inefable que se levantaba en las manos del sacerdote para bendecir a Huelva, que aun dormía, al Polvorín, a los que allí estaban de rodillas o en espíritu!

1819. Yo no sé explicar lo que allí y en aquel instante se sentía. Pero yo sé que aquello significaba mucho, y muy grande, y que tenía algo de profecías sublimes. Parecía que era Jesucristo que se hacía semilla y *se sembraba* por manos del sacerdote en aquella marisma estéril para hacerla fecunda. Parecía que se reproducía el cuadro que hace cuatro siglos se realizaba en aquella iglesia pequeñita que se veía enfrente[8], en donde un sacerdote, con la Hostia consagrada en la mano, bendecía y despedía a unos *locos* que iban a conquistar mundos. Parecía, por esos cambios tan bruscos y frecuentes de nuestro corazón, presentirse algo también de Jesucristo que llora ante las puertas de Jerusalén, y hasta parecía oírsele:

Si conocieras hoy siquiera el *don* de Dios...

¡Huelva, Huelva! ¿conocerás, al fin, el *don* de Dios y sabrás aprovecharte de él?...

Tantum ergo sacramentum veneremur cernui

Cantaban los adoradores, y cantando y llorando embargados por profundas emociones, volvimos al templo en donde iba a celebrarse

[8] Santa María de la Rábida.

LA MISA SOLEMNE

1820. Eran las cinco y media de la mañana. Pero por la concurrencia, no podía adivinarse que la mayor parte había tenido que levantarse a las cuatro o antes para andar cerca de una hora de camino. La iglesia estaba totalmente llena.

Una Misa cantada la ha oído cualquiera. Pero una Misa como aquélla, con las circunstancias de lugar, tiempo y significación, no se oye todos los días.

Cantóse por el pueblo la misa gregoriana de Angelis. Nuestro arcipreste, que celebraba la santa Misa, nos preparó a comulgar con una de esas exhortaciones más *sentidas* que dichas, que le ponen a uno los pelos de punta y le hacen llorar aunque no quiera.

Las comuniones andarían muy cerca de 300 y terminóse con un *Laudate Dominum omnes gentes...* cantado y sentido por todos, que, además de ser el himno de gratitud, parecía algo así como la invitación hecha por los creyentes de hoy a los creyentes de mañana, a los regenerados por el Amor vivificador del *Vecino nuevo*, para que también cantaran el himno de su reconocimiento y de su fe...

Una nota

1821. Al salir del templo recogimos esta nota.

Un grupo de *chifladas* de las de la *confitería* del Sagrado Corazón aparecía detrás de una mesilla vendiendo *tortas* y *mantecados para las escuelas católicas gratuitas.*

No me metí a preguntar si ganaban mucho. Me bastó pensar que vender dulce en medio de la calle, teniendo que pisotear muchas consideraciones sociales y otras cosas que duelen mucho, vale un pocazo más que dar un veso de agua en nombre de Jesucristo.

Y si por el vaso de agua prometió Él tanto, ¿qué reservará para lo otro?

¡Vaya si sacarían buena ganancia para ellas y para su obra!

Últimas impresiones

1822. No quiero terminar esta ya larguísima carta sin decir algo de la impresión que en los vecinos del apartado barrio ha causado *su nueva casa.*

En general, buenísima. Dios ha querido que se den cuenta de que es el bien de ellos el que se va persiguiendo. Estaban tan lastimados del abandono en que la ciudad los tenía, que no han podido menos de recibir con los brazos abiertos una obra que no tiene otro fin que enseñar a los niños a ser buenos y honrados y a recordar a los mayores deberes olvidados, caminos perdidos y que son los únicos que llevan a la felicidad.

Esa buenísima impresión demuéstrase con la buena acogida que dan al sacerdote que, para mejor cumplir su misión, se ha ido a vivir entre ellos. Demuéstrase, sobre todo, con saber que desde que se inauguró la iglesia no hay puerta más concurrida en todo el barrio que la puerta suya, ante la cual permanecen horas, especialmente los niños, esperando que se abra.

1823. Otro dato: celébrase todos los días la santa Misa, y rézase por la noche el santo rosario. Y puede asegurarse que, por lo menos, la mitad de la iglesia se ocupa con los vecinos del barrio. Cierto que no es la actitud de todos la actitud reverente que pide aquel santo lugar. Cierto que lo primero a que ha tenido que dedicarse el padre capellán, es a enseñar a *entrar y a estar* en la iglesia, y mientras celebra la santa Misa tiene que volverse al pueblo para avisarle cuándo debe arrodillarse, y mientras reza el santo rosario da vueltas para avisar a unos cuándo y qué deben contestar. A otros, buscarles asientos e intercalar con frecuencia alguna instrucción sobre aquello que reza o hace.

¿Puede esperarse otra cosa de un barrio tan separado de la ciudad, en el que se han criado y viven muchos que jamás han oído hablar de Dios y de su Iglesia, a no ser por las blasfemias y malas doctrinas que de los malos periódicos, que a todas partes llegan, han bebido?

Que sigan frecuentando el templo, que no dejen los niños de asistir a las escuelas, y la predicación del maestro cristiano y el contacto con el Corazón de Jesucristo, harán milagros de conversión y de regeneración, que ¡no hay que forjarse ilusiones!, no hay más regeneración social y moral posible que la que sale de Cristo y de la educación cristiana.

En conclusión

1824. Desde el día 10 de julio de 1908 Huelva católica tiene una *obra más* de Acción Social Católica. Los pobrecitos, los abandonados de un extenso barrio, tienen una *casa más*, que es para todos, porque es la casa de su Padre Dios. Los niños y las niñas pobres, tiene una *escuela más* en que aprender mucho y bueno y de balde. Nuestros hermanos de todos los pueblos que viven en comunicación constante con nosotros de ideas y de afectos, tiene un *ejemplo más* de lo que puede la constancia cuando se alía con el amor al Sagrado Corazón, y una *mano más* que se alargue de vez en cuando para pedirles algo para los que de por sí nada tienen. Y el Corazón de Jesús, el *Amo*, el *inspirador*, *el sostenedor* de todo esto, tiene un Sagrario más en donde se le dé amorosa compañía. Un templo más en donde se enseñe a amarlo. Una escuela más en donde se aprenda a conocerlo. Un título más para exigir nuestro amor. Y dentro de algún tiempo, muy pronto, que el amor hace imposibles, un *pueblo nuevo* que rodeará su templo como los polluelos a su madre, que lo alabará de día y de noche, que lo querrá más que se quiere a las madres y que dará gracias sin fin a Dios, porque quiso que en medio del barrio del Polvorín se levantara una casa que ostentara este letrero con letras muy grandes: IGLESIA Y ESCUELAS CATÓLICAS GRATUITAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

¡A Él sólo sean dados todo honor y toda gloria!

Tuyo affmo.- *El Otro*».

DE CÓMO SIN UNA PESETA ADQUIRIÓ BANDAS DE MÚSICA LA ESCUELA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

OTRA CARTA

¡Ya tenemos bandas!

1825. ¡Así, en plural, y no en plural de dos, sino de más de dos, ¡de tres!

¡Tres bandas!

-Pero ¿de qué, con qué motivo y para quién son esas bandas, que lo traen hoy tan fuera de sí, amigo *Otro?*

-¿Son acaso bandas de Carlos III, de María Luisa?...

-¡Quita allá!

-¿De Isabel la Católica?...

-¡Quita, quita!

Son otras bandas. No son bandas de trapo, son bandas de metal y de madera. Es decir, *bandas de música.*

-¡Acabáramos! Pero ¿es que va usted a dejarse de periódicos y a meterse a *murguista?*

-¡Ja, ja, qué gracia; no, hombre, es que con tu impaciencia no me dejas explicarme!

-Pues ¡venga de ahí!, que soy todo oídos y ojos!

-Has de saber, amigo *Uno,* que nuestra escuela, la Escuela del Sagrado Corazón, acabada de construir hará unos cuatro meses, con un *superávit* negativo (vulgo *trampas),* de siete mil y pico de pesetas (hermano cajista, ponga este dato con letra muy chica para que no se enteren mis pacientes acreedores), cuenta en el *momento histórico* presente, con tres bandas de música para solaz e instrucción de nuestros quinientos niños pobres y alegría de sus bienhechores y amigos.

-Pero amigo *Otro*, ¿tan rico está usted que ya le ha sobrado dinero para pagar el *piquillo de marras* y comprar pitos?

-Pues eso es lo notable y lo que da motivo para perder el seso de alegría. A saber, que sin acabar el *pico,* el Corazón de Jesús nos mete por las puertas de las escuelas los consabidos pitos, de la manera tan original que vas a oír.

Algo de prehistoria

1826. Cuando los *chiflados* de la escuela nos recreábamos *in mente* en verla funcionar, siempre la imaginábamos rebosando chiquillos, todo lo pobres que queráis, pero muy limpios, muy alegres y armando mucho ruido, y por medio de metamorfosis mentales presentíamos ese ruido, al principio selvático, armonizado después y convertido en cánticos y acordes musicales. Es decir, que siempre soñábamos con el *orfeón* y la *banda de música.*

El orfeón no costaba dinero y se organizó en seguida, y marcha adelante.

La banda, ¡Dios mío! ¿Quién pensaba en banda teniendo que sostener una escuela con ocho maestros y pagar el *pico,* y no contando más que con las buenas voluntades de bienhechores, muchas veces desconocidos e inesperados?

Y, sin embargo, la banda vino, o, mejor, *las bandas* vinieron.

Y allá va la historia. Es decir, la *prehistoria*, que casi todos los instrumentos pertenecen a ésta más que a aquélla.

Para nosotros, lo más elemental de una banda es una corneta y un tambor. Con esos instrumentos ya *se arma ruido* y se puede tocar una marcha.

¡Una corneta y un tambor, aunque sean viejos y en calidad de préstamo!

Y un tambor, y una corneta de algún uso y en *calidad de préstamo* por tiempo *indefinido,* nos envió el buenísimo cura de la Magdalena, de Sevilla, don José González Álvarez, organizador, entre otras muchas obras buenas, de un batallón infantil, en sus Escuelas de san Roque.

Cómo fueron recibidos los primeros instrumentos por la turba infantil no es para descrito. Baste decir que yo no sé por qué misterioso ensalmo todos los chiquillos eran hijos de *Cabos de cornetas,* así lo alegaban, creyendo, sin duda, que ese título hereditario les daría la posesión preferente de la tan deseada corneta.

Tras de ésta, apareció bien pronto otra, propiedad de un *excabo* de verdad, padre de uno de nuestros alumnos.

Y después ¡cinco más! desechadas por la guardia civil por implantación de otras de nuevo sistema y cedidas generosamente por el señor teniente coronel.

Y después ¡otro redoblante!

Total, siete cornetas y dos tambores, y como ya se anuncia, las *bandas* de cornetas y tambores de las Escuelas del Sagrado Corazón.

La obra banda

1827. Pero el gran deseo era la otra banda, la llamada banda de música, ¿cuánto podrá costar una banda modesta?, era nuestra pregunta frecuente a los aficionados y entendidos.

-¡Unas *tres o cuatro* mil pesetas!

-¡Atiza! ¡Cualquiera se cuela! -salíamos diciendo para nuestro capote, y viendo desvanecerse nuestras alegres esperanzas...

"...-Amigo *Otro,* vea usted si pueden servir para la banda que proyecta esos instrumentos que tenía depositados, esperando alguna *chifladura* de éstas, y aunque son viejecillos, quizá *suenen* todavía..."

Era el celoso párroco de la Concepción, de esta ciudad, quien así decía, mientras nos presentaba ¡once instrumentos de banda!, con averías algunos de ellos, y varios años de más todos, pero en actitud de servicio mediante ligeras reparaciones.

Faltaban aun clarinetes, un requinto y un flautín para que la banda, aunque poco numerosa, tuviera armonía. Y clarinetes, y requinto y flautín han venido, o bien por sorpresas tan agradables como las anteriores, o por precios rebajados de instrumentos de *lance.*

Total, que en poco más de un mes, casi sin otro gastos que el preciso para lavar caras viejas, desfigurar *partidas de nacimientos* (algunos creo que alcanzan a los tiempos de Túbal) y sustituir alguna que otra *clavija o bomba,* las Escuelas Católicas gratuitas del Sagrado Corazón de Jesús, gozan de la alegría y provecho educativo de *tres bandas* más o menos completas y *flamantes.*

***

¿Cuánto durarán? No nos importa averiguarlo: sabiendo que ahí está el *Amo* dispuesto a todo.

A todo, sí, ¡hasta a recrearnos el oído![9].

Un nuevo giro

1828. Sí, y no se asusten ustedes, que *no quiebra el Banco.*

Preparo un nuevo giro para adquirir una *¡banda de música!*

¿Otra?

Sí, señores, otra, porque la que tenemos ahora está pidiendo a gritos un Asilo de Hermanitas de los Pobres: lo digo por lo viejos que están los instrumentos.

Como que no exagero si digo que algunos de ellos remontan su fecha a la del tiempo de *¡Túbal!,* primer instrumentista de metal conocido.

Como que visitar nuestra clase de música equivale a visitar un museo de historia del arte musical o una enfermería de plaza de toros después de una mala corrida. ¡Tan vendados están los pitos!

Y es lo que me dice el paciente maestro de música: ¡que los niños más tienen que aprender a *curar* instrumentos que a tocarlos!

Y ¡claro es!, a instrumentos de tan *delicada* salud no se les puede pedir afinación, ni los que los manejan pueden llegar a ejecutar bien sus composiciones.

¡Y si vieran ustedes cuánto alegra el alma y cuánto hace alabar al Corazón de Jesús, y cuánto estimula a los mismos músicos la banda de los chiquillos!

De mí digo que cuando voy con los niños a la Misa parroquial, o a paseos escolares o a alguna fiesta, casi no quepo en la sotana de satisfacción, y lo que a mí me pasa sé que les pasa a más de cuatro y a más de cinco.

Es mucho lo que entusiasma aquella turba de musiquillos con su pito debajo del brazo y su Corazón de Jesús sobre la visera de sus gorras y en el marco del *¡bombo!* ¡Hasta a los mismos indiferentes llegan los chispazos de entusiasmo!

Muchas veces he podido comprobar el efecto buenísimo que, aun entre gente recalcitrante, obra nuestra musiquilla.

Y vuelta al grano

1829. ¿No es verdad que sería una buenísima obra sustituir los arqueológicos pitos de la banda actual por unos nuevos?

---

[9] De EL GRANITO DE ARENA, 5 de abril de 1910

Y ahí va el giro de *marras.*

Como girar por la banda entera es un poquillo gordo, se nos ha ocurrido pedirla por *giros parciales.*

Y voy a explicarme:

La banda entera, con todas las rebajas posibles, aprovechando los pitos actuales en buen uso y comprando, desde luego, clase buena para que dure y sirva más, costaría unas 2.000 pts.

Pedir esta cantidad de golpe a cualquier cristiano, por bueno y generoso que sea, dadas las necesidades que en todas partes hay, es pedir peras al olmo.

Pero si yo divido esa cantidad, y en vez de pedir una banda *pido un instrumento sólo,* y si lo pido a los niños ricos de los cristianos buenos... ¿a que ya no cuesta tanto mi petición?

De modo que ¡niños ricos, hijos, sobrinos, ahijados o hermanos de los lectores de EL GRANITO DE ARENA!, ¿queréis quitar un poquito de vuestros juguetes para comprar un instrumento para la banda de los niños del Sagrado Corazón de Jesús?

Yo os voy a decir lo que cuesta cada instrumento, y vosotros, mirando vuestros ahorrillos, me vais a decir qué pitos queréis comprar a los niños.

Mirad, hacen falta:

	liras
2 fliscornos, que cuesta uno............	46,00
3 genis, íd. íd.......................	52,00
3 trombones, íd. íd...................	56,00
2 bombardinos, íd. íd.................	70,00
4 clarinetes, íd. íd..................	60,00
1 elicón..............................	116,00
1 soprano.............................	115,00

TOTAL.......	1.027,00

Los cambios, la aduana y el transporte, que suponen también un *pico* de consideración, lo pagaremos aquí.

¿Y usted cree...

1830. que vendrán los pitos?

¡Pues vaya si lo creo y lo espero!

Tan lo creo que ya me parece estar recibiendo cartitas que, con más o menos garabatos, digan así: "Sr. arcipreste de Huelva: ahí le mando todas esas pesetas, que he sacado de lo que tenía ahorrado para la feria, para que les compre usted *un clarinete* a los niños del Sagrado Corazón de Jesús.- *Manolito de Jesús".*

Tan lo creo y espero que ya voy a mandar hacer un libro muy bien encuadernadito, en donde iré apuntando los nombres de los infantiles y generosos donantes, y ya me estoy representando la procesión que los músicos, con sus nuevos pitos, y yo con el libro, vamos a hacer al altar del *Amo* de la escuela para dejarle a sus pies aquellos nombres para que los esté bendiciendo perpetuamente.

....

La verdad que va a ser una banda que va a tener que ver y oír.

Conque, hasta luego.- *El A. de Huelva.*

NOTA.- También se admiten donativos por la mitad o un cuarto de *pito.*

NOTA POSTERIOR.- Los instrumentos vinieron con una *docilidad* digna de todo encomio.

LA OBRA DE LAS VOCACIONES DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DE EL GRANITO DE 20 DE AGOSTO DE 1908

La acción social y las cerezas.
Seminario en una torre.
Lo que se ve venir

1831. Las obras de celo y de caridad, como pintorescamente dicen más abajo *Otras Tres,* se parecen a las cerezas en que no salen solas.

En confirmación de este gran principio, allá va lo que nos está pasando con la obra de nuestras Escuelas del Sagrado Corazón.

Una escuela, cuya construcción costar unas 12.000 pesetas; he aquí nuestra primera aspiración y nuestro primer proyecto de escuelas.

El proyecto de las 12.000 pesetas se convirtió bien pronto en otro de 30.000; éste en otro de 60.000, y, total, la obra vino a costar CIEN MIL pesetas.

Se abrió la escuela, y después, la pena de dejar ir a muchos niños, que pedían entrar y no cabían, trajo el aumento de clases y de maestros. Después, la banda de cornetas y de tambores. Después la de música, y después... la mar con peces y todo, y ahora se presenta un gran problema.

1832. En una escuela, a la que asisten 400 niños por término medio, tiene que haber niños muy listos y muy buenos, regulares o del montón y malos, muy malos.

Y se pregunta uno en presencia de esos chiquillos de mirada inteligente, de corazón bien inclinado, con una prodigiosa virtud asimilativa de todas las enseñanzas de la escuela; cariñosos, agradecidos, y, por otra parte, pobremente vestidos, como pueden vestir los hijos de un obrero que gana un escaso jornal, se pregunta uno -repito- en presencia de esos niños: ¿no serían estos niños *alguna cosa?* ¿No sería una pena dejarlos ir a que se embrutezcan en el fondo de una mina? Si pudieran ser sacerdotes o maestros, o las dos cosas a la vez, ¡qué bien para ellos y para sus paisanos y qué alegría para la escuela!

-Juanillo, Manolillo, Bartolillo, tú ¿qué quieres ser?

-Yo... ¡cura!

-¡Y yo, y yo, y yo!

Pasan días, se repite la pregunta y se obtiene siempre la misma respuesta.

Y se observa y se indaga y se prueba y, efectivamente, allí hay *sujetos* de los que se puede sacar algo y aun *algos.*

***

1833. Esto quiere decir que ha sonado la hora de empezar otra nueva obra: la de las *vocaciones.*

Se hace la selección, y por primera providencia se separan cinco y se confían de un modo especial a uno de los profesores de la escuela que los prepare para el examen de ingreso, y ya tienen ustedes el seminario en puertas y libros y matrículas y pensiones y, en una palabra, un *cargo* más para nuestra cuenta del *Banco de la divina providencia.*

***

Un dato para cuando se escriba la historia de esta obra. El local, en donde actualmente se desarrolla ésta, es el cuarto de las campanas de la torre de San Pedro, sitio el más tranquilo y aislado que han descubierto maestro y discípulos para sus estudios preparatorios.

La obra de las vocaciones tiene ya en su favor, por lo menos, el origen de las grandes obras, a saber: la humildad y la pobreza.

***

Ahora una reflexión sobre lo dicho. Huelva, ciudad de 30.000 almas, sólo tiene *dos seminaristas.* Las vocaciones están hoy en la espantosa proporción de *¡uno por quince mil!*

Éste es un síntoma muy significativo y muy triste, porque quiere decir, no que falten vocaciones, sino que faltan hogares cristianos, que son los hornos que dan calor, ambiente y vida a las vocaciones que Dios da.

Por eso al ver a esos niños preparándose para ingresar en el seminario, se siente y se presiente en el alma algo muy grato, algo que parece ser el primer perfume que exhalan las primeras flores de los jardines que, con el nombre de escuelas, ha sembrado en Huelva el divino jardinero, el Corazón de Jesús.

Yo no sé si estaré equivocado. Pero con gozar tanto al ver centenares de niños entrando y saliendo y recibiendo la educación cristiana de nuestras escuelas, gozo incomparable- mente más al ver ese grupo de niños metidos en el cuartito de la torre preparándose para ser sacerdotes...

1834. Corazón de Jesús, ¿no querrás Tú que esos niños de hoy sean tus sacerdotes de mañana y que el beneficio que Tú les has hecho, arrebatándolos de la escuela y del taller sin Dios, te lo paguen ellos, salvando a otros niños y dirigiendo estas mismas obras que para su bien Tú has fundado?

***

Me dicen algunos que una carrera es muy costosa, y que tantas, suponen y exigen un respetable capital. Yo les digo que es verdad, y que cuento con él, y a los más curiosos que desean saber si lo tengo en *papel del Estado* o en *acciones de Minas,* les respondo: a la obra, que ahora empieza y que al presente tiene cinco alumnos en preparación y el año que viene quizá tenga veinte o más, se le ha puesto este nombre: **Obra de vocaciones del SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.** Y esto quiere decir que contamos con un capital mayor que el de la Compañía de Ríotinto: contamos con el capital de crédito y la garantía del Banco que nunca ha quebrado, ni quebrará jamás, el *Banco de las añadiduras,* que para los que, ante todo, buscan el reino de Dios y su justicia, tiene montado el Padre que está en los cielos.

***

Nuestro Excmo. Prelado, que con tanta simpatía ve estas obras de Huelva, queriendo dar una muestra elocuente de su complacencia, ha concedido dispensa de pensión en el seminario para uno de nuestros niños.

¡Ya empieza el *Banco a funcionar!*

Y ¡lo que vendrá!

Y... ¡adelante!

CÓMO SE FUNDÓ LA GRANJA AGRÍCOLA

DE EL GRANITO DE 5 DE NOVIEMBRE DE 1908

1835. Y vaya por delante un poquillo de historia.

Cuando uno se mete en estos *belenes* de fundaciones con cargo al *Banco de la divina providencia* y empieza a no preocuparse del equilibrio del *Debe y el Haber* y a echar cimientos de obras nuevas

y a embarcar gente para ellas sin contar más que con lo que *vaya cayendo,* se hace uno un si es no es ambicioso y soñador.

Y ¡cuántas veces he soñado con dar a nuestros niños un campo *para ellos,* en donde, sin temor a municipales que los *apunten,* ni a malos ejemplos que los perviertan, saltaran, corrieran, hicieran la *instrucción,* dieran clase, aprendieran a labrar la tierra con todos los adelantos modernos y con esa enseñanza tuvieran un medio de procurarse alegría y desarrollo para sus cuerpos hoy y elementos de sostén mañana!

¡Una granja agrícola para los niños! ¡Qué bien y con cuánta insistencia me ha sonado ese nombre hace algún tiempo!

Pero, me objetaba yo mismo, si yo no sé una palabra de agricultura; si no tengo una peseta *libre.* Si es muy difícil encontrar un huerto cerca de la ciudad. Si... y seguía echándome una letanía de dificultades, con el sano propósito de despertarme de mi ambicioso sueño. Y no pudiéndolo conseguir, me limitaba a esperar y a recomendar a nuestros niños que pidieran por *su huerto.*

El primer viernes del mes pasado (¡primer viernes tenía que ser!) se me presenta un amigo, proponiéndome el arrendamiento de un huerto de unas siete fanegas, situado a cuatro minutos de la calle de san Sebastián y, por consiguiente, lo más próximo a Huelva que podía desearse.

Oír al amigo, ver el huerto en compañía de los *chiflados* y hacer firme el contrato de arrendamiento, fue cosa de poquísimo tiempo, y en un periquete y por obra y gracia de *el Amo,* nos tienen ustedes hechos unos labradores de cuerpo entero. Preocupados ya en buscar instrumentos de labranza a propósito para los niños, variedades de semillas y los últimos procedimientos para hacerlas crecer y multiplicar, relaciones con las mejores granjas agrícolas conocidas para aprovecharnos de sus experiencias, y todo, en fin, lo que contribuya a hacer de nuestro hoy pobre huerto, una útil, instructiva y bella granja agrícola.

La inauguración

1836. Como gracias a Dios ninguna de nuestras obras es *mora,* antes que en ninguna otra cosa se pensó en el *Bautismo* de la criatura.

¿El nombre? Ni que decir tiene, dadas nuestras cordiales relaciones con *el Amo:* **Granja agrícola escolar del Sagrado Corazón de Jesús,** y por si resultara un poquito largo puede reducirse a esto otro: *Granja del Corazón de Jesús.*

La noticia de la adquisición del huerto, más que correr había volado por todos los ámbitos de nuestra población escolar y no se visitaba una clase o grupo de escolares en los que no se oyera esta o parecida pregunta: *¿Verdá usté* que ya tenemos huerto? Y a las afirmativas del interrogado sucedían saltos, gritos de alegría, frotación de manos y un sin número de planes de lo que cada cual iba a hacer, expuestos y desarrollados en medio minuto y más que con las palabras con las demostraciones de los ojos, de las manos, de los pies y de todo el cuerpo.

No era posible retrasar el ansiado instante de que los nuevos labradores vieran su huerto y tomaran posesión de él, y el sábado 24 se fijó la siguiente orden del día en cada una de nuestras cinco escuelas:

«Mañana bendición de la granja del Sagrado Corazón. A las dos de la tarde todos estarán en el patio de la escuela central».

En marcha

¡Y cualquiera faltaba! A las dos y media tenían que ver las calles Colón, Fuentes, san Pedro y san Sebastián: dos interminables filas de niños y niñas de nuestras escuelas diurnas y del catecismo y de *mocitos y mocitas* de nuestras escuelas de adultos y de adultas, llevando por cabeza las bandas de cornetas y tambores. Por *pies,* la música de nuestra escuela. En medio, un carrillo cargado con ocho arrobas de peros de la sierra, dos fanegas de castañas y dos arrobas de higos. Y a los lados, grupos

de maestros, maestras, familias y amigos. Y por balcones y puertas un sin número de caras asomadas, entre extrañadas y alegres, al contemplar aquella inesperada y simpática procesión.

En la granja

1837. ¿Han visto ustedes las ganas con que el ladino gato se echa sobre el ratón que hace tiempo acechaba? Pues con unas ganas parecidas (y con perdón sea dicho) entró en su campo nuestra tropa ligera. Allí quisiera yo haber visto a esos que predican que el derecho de propiedad es contra naturaleza y hubieran pasado un apurillo regular para explicarse el afán de aquellos propietarios en *agraz* por ejercer actos de posesión en *su* campo; quiénes encaramándose en lo más alto del más alto de los árboles; quiénes proveyéndose de varas o cañas para jugar a los soldados; quiénes tocándolo todo, oliéndolo todo y poniendo en todo su planta dominadora.

En verdad que aquello no fue toma de posesión *quieta y pacífica,* sino bien movida y bulliciosa.

Y era natural, ¡como que de aquellas mil personillas, novecientas noveinta y nueve era la primera vez que entraban en un huerto a hacer lo que les diera la gana, sin temor a la vara o a la piedra del guarda!

¡Atención!

1838. Dado el toque por el cornetín de órdenes, reuniéronse todos ante la fachada de la casita del huerto.

¡Iba a descubrirse la imagen del Amo! Y en medio de una muchedumbre entusiasmada, de vivas y gritos ensordecedores, y de los acordes de la Marcha Real, ejecutada por las tres bandas, y de los resplandores del sol de mediodía y de las esplendideces de un hermoso día otoñal, apareció una gran placa de esmalte con la imagen dulcísima y querida de ***el Amo*** nuestro, del que da tantos gustos a los niños pobres, del que todos tenemos en medio del corazón, del buenísimo Corazón de Jesús, que parecía sentirse entre nosotros tomando posesión de su nueva granja.

Después de recitadas las oraciones del ritual, fue el sacerdote rociando con agua bendita, y con los innumerables ¡vivas! de los niños, aquellos prados, mientras la mano augusta de *el Amo* se levantaba ¡de seguro!, en el cielo, para ir bendiciendo desde allí lo que su ministro aquí bendecía y dar fecundidad a las obras que para gloria suya y beneficio de sus niños habían de emprenderse.

La merienda

1839. Después del Bautismo, el *remojón.* Pero ¿quién le ponía los cascabeles al gato? O ¿quién era el valiente que se atrevía a hacer un reparto equitativo entre aquella muchedumbre inquieta, desperdigada y bulliciosa?

Gracias a los hábitos de disciplina que se van arraigando, sin trabajo pudo conseguirse que cada clase se colocara al pie de un árbol, y allí, acogidos a su sombra, fueron recibiendo de manos de sus maestros la frugal merienda.

Gracias a Dios hubo para todos y aun hubo que guardar las sobras como en el milagro del Evangelio.

Mientras tanto, la banda infantil se despachaba a su gusto, tocando y *retocando* las piezas de su aun escaso repertorio.

¡Qué cuadro tan pintoresco y animado!

Aquí, un grupo de *mocitos* jugando a *piola,* como en sus mejores tiempos de chiquillos. Allí, otro grupo de ellos tocando la corneta y recordando sus tiempos de cuartel. Más allá, un grupo de muchachas bailando y cantando las clásicas seguidillas o jugando a la rueda. Y allá, por la parte más alta de la granja, un buen organizado batallón de chiquillos *haciendo la instrucción,* en tanto que la

gente grave descansaba al pie de los árboles y comentaba, gozosa y esperanzada, el cuadro tan risueño y consolador que en parte allí se presenciaba y en parte se *presentía.*

La vuelta

1840. No fue menos alegre que la ida y sí más chistosa, enarbolando unos las banderas que habían servido para el exorno de la puerta de la granja, tocando los músicos un brioso pasodoble y rebosando todos una gran satisfacción por todos sus cuatro costados, entramos en la ciudad y regresamos a la escuela.

La despedida

Y terminó nuestra fiesta como terminan y empiezan nuestras obras: en el Sagrario.

A él fuimos y ante Su divina Majestad manifiesto rezamos agradecidos y de Él recibimos la bendición que alienta y conforta.

Y con un ¡viva el Amo!, dado por el que suscribe con todas las fuerzas de sus pulmones y todas las veras de su alma, y respondido por todos, se puso punto final.

Un dato

1841. Cuando nos encontrábamos enfrascados en nuestras fiestas en la granja, se presentó un hombre, que por las señas estaba loco, pero con una locura pacífica y hasta alegre. Comió con nosotros, nos predicó y, enarbolando una caña por bandera, nos acompañó hasta la Escuela, tan contento y tan comunicativo como si se encontrara entre los suyos, lo que nos confirmaba llamándonos *hermanos* en todas las peroratas que nos *largaba.*

Y como cuentan que *los niños y los locos dicen las verdades*, me pregunto alarmado, ¿si será verdad lo del *hermanaje?*

Planes

Una comisión de nuestra junta de Acción Social Católica, formada por los señores don Francisco Gálvez y don Antonio Oliveira, y presidida por el ilustrado ingeniero agrónomo de la provincia, don Andrés Buissan, se ha encargado de la dirección técnica de la granja, trazado de planos, distribución de aquélla en parcelas, plantación de árboles y distribución de éstos y aquéllos entre los niños.

Una lista

¿Conque se han enterado los amigos de Huelva y de fuera que tenemos una granja? O, mejor, ¿que tenemos el terreno para hacer una granja? Pues bien, ya saben lo que tenemos: el terreno. ¿Los instrumentos de labranza, abonos, semillas, dinero para jornales, pago del alquiler, un burrito, una cabrita, un carnerito, un carrito y otras mil cosas que se *estilan* en las granjas? De eso ni un pelo; digo mal, tenemos una *pala* que nos ha regalado un amigo.

¿Se enteran ustedes? Si a alguno le sobran algunas de esas cosas que yo he mentado o parecidas, aunque estén usadas, ya saben en dónde se reciben con ganas y con gratitud.

¡Ah! Y perdonen el modo de señalar.- *El arcipreste de H.*

MÁS SOBRE LA GRANJA

CARTA A «UNO», 20 de febrero de 1909.

1842. «Inolvidable *Uno:* No una, sino muchas veces y con todas mis ganas, te doy la razón en tus increpaciones contra mi largo silencio. ¡Tanto tiempo sin decir al más bueno y constante de todos los *Unos* de España e islas adyacentes, esta boca o esta pluma es mía!

Que sí, hombre, que tienes razón, que te sobra, hasta por la punta de los pelos *posibles* de tu calva cabeza, para lamentarte de que te tenga abandonado en ese pueblo de tus interminables aburrimientos.

Conque, ¡pelillos a la mar!, y voy a hablarte de un asunto del que hace tiempo no te hablo y con el que sé que doy gusto a *Uno* y a... otros muchos.

1843. De la granja agrícola escolar del Sagrado Corazón de Jesús.

Ahí voy, porque, aunque en esfera modesta, no faltan algunas cosillas interesantes que contar.

Lo que se hace

Se ha dividido el terreno en tres partes; una llamada *propios*, otra de *procomún* y otra de recreo y pabellones. Y allá va la explicación.

La parte de *propios* es una zona de tierra que se ha repartido en parcelas, adjudicadas a cada uno de los niños de las Escuelas del Sagrado Corazón, para que la cultive, siembre la semilla que se le dé y recoja *para él* el fruto.

No todos los niños de la escuela trabajan, sino sólo los que pertenecen a los tres últimos grados, con los que se han formado tres secciones de a veintiséis, que es el número de los azadones especiales para niños que hasta ahora se han hecho. A los de grados inferiores, que se quedan con los *dientes largos,* cada vez que ven salir a los compañeros tan majos con sus azadones, les sirve de poderoso estímulo para adelantar la perspectiva del azadón.

El trabajar al aire libre y, sobre todo, *para sí,* los trae tan entusiasmados, que no falta *prójimo* que a deshoras de la clase se dé sus vueltecitas por la granja a ver si le *han hecho algo a su pedazo.*

Preguntaba uno de los pequeños labradores el día del *reparto social.*

-¿*Verdá usté* que esta tierra es *pa* uno sólo?

-Sí, hombre.

-Y *¿pa mí pa siempre?*

-Sí, hombre.

-¿Y hasta que nos *muéramos?*

¡Que sí!

El agraciado con el *gordo* de la lotería no recibe con más fruición su dinero que aquel *ciudadano* cogió su azadón para trabajar en lo *suyo.*

El procomún

1844. Es otra zona de la granja en la que trabajan el capataz, algún que otro auxiliar temporero (de ordinario cesantes, a quienes, en vez de limosna, se da trabajo) y los niños en el tiempo en que no tienen que hacer operación ninguna en sus *propios.* El fruto de esta parte se destina a proveer de semillas a la de *propios.* Y si sobrara alguno, con su venta ayudar a los gastos de la granja.

Los pabellones

Queda otra parte, la que, por ser más alta y de peor tierra es menos fecunda, se ha destinado a lugar de recreo.

Proyéctanse instalaciones de juegos de pelota y de gimnasia al aire libre. En esa misma sección y gracias a lo extenso del terreno, se levantarán pabellones sencillos para clases, guardar herramientas, semillas, frutos, etc. Actualmente se está levantando el primero.

La siembra

En estos mismos días se están sembrando unas magníficas patatas. ¡A cuántos pucheros van a ir a parar las patatas del Sagrado Corazón!

Una visita

1845. Merece de verdad la pena darse una vueltecita por la granja a la hora del trabajo.

Forma un cuadro por demás pintoresco y simpático aquel *estajo* de trabajadorcillos de diez a doce años, que después de cantar su *Santo Dios* con toda la devoción que lo cantarían nuestros abuelos en semejantes ocasiones y echarse su *salivilla* en las manos *pa* que no se escurra la *herramienta,* voltean los azadones con la misma facilidad con que treparían por el árbol a coger un nido ¡Y que no es bonito verlos allí en mangas de camisa con su *ración de pañal salido,* satisfechos porque saben que allí se les quiere, recibiendo en aquellas carillas tersas, encendidas por el trabajo, y no arrugadas ni por la pena, ni por el vicio, las caricias de un sol andaluz que (con perdón de otros soles sea dicho) ¡es el sol más alegre de todos los soles del mundo!

Y ¿los domingos? Cambia la decoración. A *ellos* suceden *ellas:* las adultas de la escuela nocturna y las niñas del catecismo. Aquí, un grupo *bailándose* las tres consabidas seguidillas y *partiendo* hasta las piedras con sus coplas, sus *palillos* y sus palmas. Allí, otro grupo rodeando a su maestra, entretenidas en la piadosa tarea de quitar las espinitas al Corazón de Jesús (ya habrá ocasión de dar a conocer el procedimiento). Más allá, unas que saltan, otras que cantan y, por último, todas que se reúnen y rezan el santo rosario, contentas y agradecidas, a su Madre Inmaculada, porque las quiere y las *mima* tanto...

El jardín

Ahora está en sus comienzos: la constante bienhechora doña Antonia Falcó, muy entendida en achaques de jardinería, ha tomado por amor al Sagrado Corazón la tarea de la formación del jardín.

Con él no faltarán flores para el altar del *el Amo* y de nuestra Madre Inmaculada y quizá sobrarán algunas que, vendidas, ayudarán a los gastos de la obra.

Lo que se ha recibido

1846. No falta de vez en cuando alguna buena alma que, entusiasmada ante esa obra tan provechosa y simpática, exprese su entusiasmo con algún donativo.

Días pasados nos colaron por las puertas un carrito nuevo como para una bestia, por ejemplo, un burrito. Lo mandaba el señor don Enrique Díaz.

Otro día nos regalaron unos cuantos carros de estiércol la señora de Díaz y don José Rueda.

De camino vienen y con destino a la granja cuatro plantones de *kaquis,* regalo de unas buenas religiosas, tan aficionadas al incógnito como amantes del Sagrado Corazón.

Otro señor, don Guillermo Núñez, ha ofrecido dos colmenas para miel y venir él a enseñarles a los niños el manejo y cuidado de las mismas.

Hay también ofrecimiento de dos cerdos.

Y otras cosillas más que están anunciadas y que acá se agradecen mucho y se pide al Sagrado Corazón se las pague.

Lo que no acaba de venir

¿Te acuerdas, amigo *Uno,* de mi repetida petición de un *modesto penco?*

Pues todavía no ha venido.

Ni todavía ha venido un burrito que nos está haciendo falta como el comer.

¿No sabrías tú de alguien que lo tuviera de más? No le hace que sea chico. Aquí se haría grande sin dinero, porque el verde abunda.

Mira si tendré ganas del burrito, que si tú, amigo *Uno,* me lo encontraras, era yo capaz de proponerte para la gran Cruz de Alfonso XII.

¡Vaya si sería un servicio pedagógico!

¡Ah! Si sabes también de quien le sobre una *noria,* una *becerrilla, una cabrita* o semillas de plantas bonitas o raras, te propongo para dos cruces, a más de pagarte la *comisión* acostumbrada entre nosotros.

Y mira

qué contraste; empecé mi epístola pidiéndote perdones y termino ofreciéndote grandes cruces.

Digo, con tal de que te las merezcas.

E si non, non.

Tuyo in C.J.- *El Otro*».

Postdata del 5 de abril.

¡Ya apareció aquéllo!

1847. ¡A que lo aciertan ustedes! ¡A que sí!

-¿El *modesto penco?*

¡Ajajá! El deseadísimo y el tan requerido *penco* para nuestras obras, ya llegó.

Bueno; pero no vayan ustedes a creer que se ha concedido como se pedía, que excede en mucho a nuestras modestísimas pretensiones, como que aquello ni es *modesto* ni es *penco,* que es un soberbio caballo fuerte, noble y la mar de *apañado* para lo que hacía falta.

-¿Y se puede saber quién ha sido el buen alma...?

Como poderse saber y decir, creo que se puede, aunque es de los que tienen incomunicadas sus manos para que no se entere la una de lo que hace la otra. Pero, ¡viva el buen ejemplo!, ha sido esa buena alma y buen corazón y buena persona, el señor don José Moya, de Paterna del Campo, diputado provincial y constante bienhechor de nuestras escuelas.

¡Pues bien, muy requetebién por el señor don José Moya!

¡Otra!

1848. ¿Más?

-Sí, señores, hay otra buena noticia que dar, y es que, ¿se acuerdan ustedes de aquella petición de EL GRANITO de una *vaquita* para la granja? Pues ya vino la vaquita, digo está acabándose de criar la que va a venir.

-Pero, ustedes son la gente de la suerte. Su boca es medida.

-¡Qué se le va a hacer! Ésa es la ventaja de pedir para los niños y en nombre del Sagrado Corazón de Jesús.

-Y la vaquita, ¿quién?

-Pues un señor amigo nuestro que tiene unas vacas muy buenas y unas bodegas muy afamadas y un corazón muy bueno; don Enrique Díaz y F. de Llanos.

Ahora un favor a cambio de las breves noticias que he dado: ¿quieren ustedes pedir al Sagrado Corazón dé a estos señores el ciento por lo que han dado a los niños pobres y después la gloria eterna?

Porque nosotros ya lo hemos pedido y deseado.

Otra postdata. También se ha cambiado el *break* grande que nos regalaron con un muy apañado *milard.* De modo que no faltan más que las guarniciones.

¡A que vienen también!

¡Y vinieron!

OBRAS POST ESCOLARES

El Patronato de Aprendices

1849. De EL GRANITO de 20 de noviembre de 1909.

Esta obra, tan chiquita y tan reducida como hoy está, es, sin embargo, *mi ojito derecho.*

Mientras más voy tratando con chicos y con grandes, más me voy convenciendo de que en las ciudades, sobre todo, la causa de la perversión de los hombres es casi siempre la soledad en que se encuentran.

La soledad o aislamiento con respecto al sacerdote y a la iglesia es, a mi modo de ver la causa, si no total, principal al menos, de la indiferencia religiosa primero, de la prevención después y del odio y de la perversión por último, en que se encuentran las masas obreras de nuestras ciudades.

Es que son muchos y muy atrayentes los *amigos* que le abren los brazos y lo llaman: el periódico, el casino, el café o la taberna, el cabecilla o reclutador político, sin contar con las pasiones que siempre tiran *hacia afuera y hacia abajo.* Y si por el lado de acá no hay una mano verdaderamente amiga que detenga, aísle y conserve, el obrero se va, se va y, ¡cualquiera lo coge más!

Y claro es que no hay que esperar a la última, sino madrugar, que siempre se dijo que «el que da primero, da dos veces». Es decir, que hay que coger al niño en la escuela y no dejarlo cuando pasa al taller, confiando en que la buena semilla de aquélla le bastará para que no se extravíe.

1850. Yo creo, y lo he dicho ya muchas veces, que la escuela cristiana, con ser mucho para la cristianización del pueblo, no es más que un veinticinco por ciento de lo que hay que hacer.

Si queremos que la obra de la escuela sea completa, después de ella hay que poner el Patronato de Aprendices, o como se le quiera llamar, y después de éste, el Centro Obrero o el Sindicato profesional, y después y siempre, algo que lo acompañe, que le interese el corazón y el estómago, y que lo rodee como con red de cariño e interés y no lo deje salir nunca.

Yo sé que aun así, los falsos amigos del mundo se llevarán su presa, y que no todos los nuestros serán fieles. Pero también digo que, aunque pocos, estos pocos serán buenos de verdad, y por convicción, estarán preparados para ser los apóstoles de mañana y los mejores apóstoles. Que la mejor propaganda obrera es la que se hace por los mismos obreros.

Y, ¡la verdad!, entre un puñado de obreros católicos de verdad y sinceridad, y una muchedumbre de ellos, atraídos y sostenidos *sólo* por amor al *mendrugo,* yo me quedo muy gustoso con los primeros.

1851. Bueno, pues toda esa filosofía *barata* ha salido a propósito del *Patronato de Aprendices* que acabamos de fundar en este curso en nuestras Escuelas del Sagrado Corazón.

Que ¿qué es eso?

Pues ahora una cosa muy sencilla: son veinticinco o treinta muchachos, de los que han salido ya para trabajar, de nuestras escuelas diurnas, que se reúnen por las noches en una de las clases y allí repasan Doctrina, escritura, lectura, cuentas y dibujo.

Eso ahora. Después, cuando la clase sea más numerosa y a medida que se vayan conociendo las aptitudes de los alumnos, se irán poniendo clases de mecánica, física, contabilidad, inglés (aquí de mucha utilidad por la abundancia de Compañías inglesas), modelado, conocimientos superiores de religión, etc., etc. Es decir, todo lo que tienda a poner a nuestros alumnos en condiciones ventajosas para las luchas de la vida.

Y junto con esos conocimiento, que los ilustren, vendrá la cajita de ahorros, la sociedad *sportiva*, las jiras en días festivos a monumentos célebres o al campo después de oír la santa Misa, el orfeón... y todo cuanto contribuya a unirlos y encariñarlos con la escuela que los recogió párvulos.

¿Sueños? Yo no sé si serán, pero me parece que el Corazón de Jesús no querrá que lo sean.

Por mi parte, aseguro a ustedes que tengo mis cinco sentidos y mis tres potencias puestos en el puñadito de aprendices, medio chiquillos y medio hombres, con sus labios ya sombreados por el bozo del presunto bigote y con sus manos ya duras por los nacientes callos.

Y punto por hoy, que a la pluma se le ha ido el *santo* al cielo hablando de los aprendices y no ha dejado sitio para hablar de las escuelas de adultas, de la dominical del Polvorín y de otras cosillas que entraban en el programa de hoy.

Otro día será con el favor de Dios.

De EL GRANITO de 20 de diciembre de 1909.

La escuela dominical del Polvorín

1852. Verdad que ya hace tiempo que no digo una palabra a los amigos de EL GRANITO del célebre Polvorín, de aquel famoso barrio tan separado como olvidado de Huelva, en donde de manera maravillosa aparecieron aquella iglesia y aquellas escuelitas, que tanta falta estaban haciendo.

Pues bien, hoy le ha tocado el turno al Polvorín, y aunque pocas, quiero dedicarle algunas palabras a la última obra que en aquella casa se ha fundado.

Ya está dicho el título: su fin, como el mismo indica, es conservar el fruto de las escuelas diurnas de niñas, reuniéndolas los domingos, cuando ya han dejado de pertenecer a aquéllas, y atraer a las mocitas del barrio, instruyéndolas en las nociones de la primera enseñanza y educándolas con el catecismo.

Bueno, y ¿ustedes creen que aquello es coser y cantar? ¿Ustedes creen que las invitadas a obras tan útiles y tan evidentemente beneficiosas se han dado por entendidas?

Pues se han equivocado de media a medio, y yo les voy a decir en qué está la equivocación.

¡Oído a la lección de desencantos, que no deja de enseñar algo bueno!

La promulgación

1853. Divulgación de la noticia por las niñas de las escuelas diurnas, aviso particular a muchas jóvenes por las maestras y maestros de la misma escuela, tres toques de campana a la hora de la clase, me parece, y a ustedes creo que también les parecerá, buena promulgación de la escuela dominical.

Bueno, pues ¿saben ustedes cuántas acudieron el primer domingo?

¡Una!

Y aquí empieza la enseñanza que hay que tomar de nuestro desencanto.
Las cuatro señoritas propagandistas enviadas, maestras por amor al Sagrado Corazón de Jesús, se pusieron a dar clase a aquella única discípula con el mismo gusto (exterior al menos) y buena cara, que si hubieran tenido una escuela de cien jóvenes.

Segundo domingo

En éste se aumentaron los medios de promulgación: a los medios empleados se unió la vista e invitación casa por casa y grupo por grupo, por las pacientes maestras, y oyendo aquí una palabra de dudoso gusto y allí una repulsa y más allá un encogimiento de hombros de indiferencia, se fueron para su escuela con ¡tres alumnas! Es decir, dos más que el domingo anterior, o, en forma más halagadora, el docientos por cien de la entrada anterior.
Pues ¡clase a las tres y hasta su poquito de rifa!

Tercer domingo

Repetición de las visitas y de los toques de campanas y ¡siete alumnas!

Cuarto domingo

¡Seis alumnas!

Quinto domingo

¡¡Tres!!

¿Qué hacemos?

Pues esperar a ver quién se cansa antes, si el demonio poniendo dificultades y quitando ganas, o nuestras *chifladas* yendo con lluvias y con fango (y vaya si abunda por allí) y con calor y de puerta en puerta y con poca gente y pasando por encima de la mala voluntad, de la indolencia, de las burlas y de todos los demonios juntos *de este y del otro mundo.*

1854. ¿Y por qué...

no quieren aprovecharse de los beneficios de la escuela? ¿Por qué no acuden a una obra tan evidentemente útil? ¿Es por ignorancia? ¿Es por malicia? ¿Por las dos cosas juntas?
Yo no quiero meterme en eso. Lo que sí digo, para aliento de las catequistas de por acá y enseñanza de las de por allá, es que, dadas las malas doctrinas, que con un tesón digno de mejor causa, se están predicando al pueblo, dada la corrupción de costumbres tan espantosa que corre, y mucho más en un barrio como el que nos ocupa, en el que hasta ahora no ha habido ni escuela, ni iglesia, y la mayor parte de los niños y niñas no han tenido más enseñanzas que las de las escuelas protestantes de Huelva (gracias a Dios hoy no las hay ya) y la propaganda de malos periódicos y la profusión de tabernas y casas *non sanctas* en un número que asusta; dados -repito- todos esos elementos pesando sobre su pueblo o sobre un barrio, no tiene nada de extraño que la gente, la nueva y la vieja, esté *dura* para ir a la iglesia y a la escuela católica, y que, como decía una de por allí, no *les saliera del cuerpo ir* a esas cosas.
Lo raro, lo verdaderamente extraño, sería que después de tener metidos en el cuerpo y en el alma todos aquellos ingredientes, tuvieran ganas de ir.

1855. ¡Conque a seguir sembrando! Y antes y después de la siembra, pedid al divino *Jardinero* que eche su bendición para que arraigue la semilla y se les acabe de mover el alma a aquellos pobrecitos del Polvorín.

Y ya veréis *como a Dios rogando y con el mazo dando...* ya veréis como detrás de los niños y niñas, que ya llenan hoy aquellas escuelas, vendrán los mocitos y las mocitas y los viejos y las viejas y no tardará en ser una hermosa realidad el que el barrio del Polvorín sea y se llame el barrio del Corazón de Jesús.

Las Hermanas de la Cruz

1856. La generosidad del celoso párroco de la Concepción y veterano de la Acción Social, don Pedro Román Clavero, que ofreció el solar, 8.000 pesetas y un incesante trabajo, y la caridad de los católicos, han levantado un espacioso edificio a estas beneméritas Hermanitas que se dedican a la asistencia domiciliaria de los enfermos y a dar clases gratuitas a niñas y adultas pobres.

El bien que se espera de esta institución es mucho, especialmente en la asistencia espiritual de los enfermos.

El gran secreto

Y no solamente el *secreto* de la prosperidad de estas obras y de otras más que en gracias a la brevedad omito, sino la flor de todo esto, es el número de comuniones que se van recibiendo en Huelva.

Como que sólo en los tres últimos años se han recibido:

109.425 el de 1908
121.604 el de 1909
128.481 el de 1910

Y estas cifras, que en otras partes quizá dirían poco, en Huelva dicen mucho, mucho...

Como que ha habido tiempo en que *no se sabía de ningún* hombre que comulgase...

Y que resta

1857. Y, si tocados todos los resortes y hechos todos los llamamientos a la piedad de los fieles, éstos no responden y se empeñan en dejar la iglesia sola ¿qué resta hacer? A mí se me ha ocurrido este *último recurso*, que expuse en mi parroquia el 4 de marzo de 1910 (primer viernes) y después en EL GRANITO DE ARENA, con el título de

LA OBRA DE LAS «TRES MARÍAS»

1858. Y decía así:

Tiempo ha

que en mi mente viene dando vueltas una idea y en mi corazón un deseo algo inquietante sobre una Obra que yo estimo de urgente necesidad.

Madurados, a mi parecer, una y otro, quise aprovechar el primer viernes de cuaresma para hacer su promulgación a mis feligreses, y ponerlos desde luego, como yo pongo todas mis obras, proyectos y deseos, al amparo y protección del Sagrado Corazón de Jesús.

Lo que en la plática del retiro de aquel día dije, quiero repetirlo aquí para su mayor divulgación.

Pero antes de exponeros la Obra y a guisa de prolegómeno indispensable, quiero poner de manifiesta **una situación muy triste**[10].

CAPÍTULO VII

EL FRUTO

1859. He aquí la palabra, la palabra mágica, la que por sí misma pone en movimiento más fuerzas, despierta más energías, alienta más sacrificios y enjuga más lágrimas que todas las consideraciones y razones aducidas y por aducir.

He expuesto ante los ojos de mis hermanos un programa de poderes y en relación con ellos un extenso y atractivo campo de acción parroquial.

Pero no dejaría mi trabajo completo si no añadiera a la enumeración de esta serie de poderes que posee el cura una sola pregunta.

¿Y vendrá el fruto?

1860. Y para responderla a satisfacción, yo quiero hacerme cargo de una dificultad que alguno podría presentarme.

Podría decirme: todo eso que usted ha dicho está muy bonito y muy lisonjero, y después de leerlo, trabajillo le ha de costar a uno reprimir las ganas de echarse a trabajar por las almas, cueste lo que cueste. Pero es menester ponerse en todo, es menester contar con que las pasiones, la ingratitud, la idiosincrasia de los hombres y de los pueblos, impedirán el fruto y harán inútil todo el trabajo.

Usted, como yo -continúa mi argumentante- conocerá sacerdotes muy celosos y trabajadores que, a pesar de los trabajos y las desazones de su celo, se mueven en el vacío más desconsolador. Y usted conocerá pueblos tan duros y obstinados que ni la predicación de un beato Diego de Cádiz los conmovería.

Y de todo eso saco yo -concluye mi interlocutor- que en esos pueblos y en esas circunstancias hay que decirse:

¿A qué trabajar tanto si se consigue tan poco?

¿Qué os parece -digo yo ahora- el raciocinio del amigo? ¿No es verdad que los hechos que cita y mil más que pudiera citar de esa índole, parecen confirmar su conclusión pesimista y desconsoladora de cruzarse de brazos ante esa paralización del fruto?

Por esto vuelvo a preguntar: ¿Vendrá el fruto? O, en otras palabras: ¿Podremos contar siempre con el fruto?

Y respondo estableciendo la

Certeza del fruto

1861. Y no se extrañen mis hermanos, ni teman que, para contrarrestar su pesimismo exagerado, exagere yo mi optimismo.

---

[10] Sigue una exposición del nacimiento de la Obra de las «Tres Marías, para los Sagrarios-Calvarios», tal como lo expuso en el libro *Aunque todos, yo no.* Cfr. TOMO I de estas Obras Completas, pp. 56-127.

Cfr. también *El abandono de los Sagrarios acompañados y Mi Comunión de María;* ídem, pp. 133-338 y 993-1194.

Repito que el fruto de nuestros ministerios es cierto, o, más terminante: digo que siempre que el sacerdote obra en nombre de Jesucristo, obtiene fruto.

Y me fundo para afirmarlo, no en la opinión más o menos autorizada de un teólogo, sino en la promesa del Maestro divino.

Recordad aquellas frases: *Yo os elegí y os puse para...* Certeza de nuestra misión. ¿Para qué se nos ha elegido?

1º *Os puse,* certeza de la obligación de nuestro ministerio; 2º *y deis fruto,* certeza del fruto; y 3º *y vuestro fruto sea permanente*, certeza de la fecundidad y consistencia del fruto.

1862. Para mí no tiene duda que el sacerdote, cuando trabaja como tal sacerdote, es decir, con la pureza de intención y con la fe sobrenatural en la eficacia de su ministerio con que debe obrar, *siempre obtiene fruto,* porque Jesucristo lo ha elegido y puesto para eso, para trabajar y dar fruto.

Si en el orden natural Dios no permite que se desperdicie ninguna fuerza, por insignificante que sea; si en la naturaleza se aprovecha la gota de agua que rebosa del vaso y el átomo imperceptible que se desprende de los cuerpos en descomposición y el soplo del aire que agita suavemente la espiga del trigo, ¿podemos creer que en el orden sobrena- tural, que es el orden de las delicias, de la predilección de Dios y especialmente en las acciones del sacerdote, que ocupa el primer rango en aquel orden, permita Dios que se desperdi- cien energías? ¿No debemos creer que es mucho más perfecta la solidaridad de fuerzas en este orden que en el otro? ¡Claro que sí! Si la fe me dice que el *requiescat in pace* que dice el cristiano más ruin de la Iglesia hace estremecer de alegría al purgatorio y el *amén* que dice el último monaguillo repercute, triunfante, en la Iglesia de la tierra, del purgatorio y del cielo, ¿puedo yo creer que el trabajo del sacerdote, ministro de Jesucristo, autor de ese orden sobrenatural, puede perderse en el vacío?

1863. No y mil veces no. Yo protesto con toda la energía de mi alma de cristiano y de sacerdote, contra ese pesimismo esterilizador que incomunica al sacerdote con todo aquello con que Jesucristo ha querido que viva unido, contra ese pesimismo que trata de hacer del sacerdote, un condenado a *emparedamiento* perpetuo, una luz que no ilumine, un fuego que no caliente, una palabra sin eco, una planta que no dé sombra...

No, para eso no ha *elegido ni puesto* en el mundo al sacerdote nuestro Señor Jesucristo.

Pues si eso es tan cierto, ¿cómo se explican aquellos casos de paralización y desaparición del fruto de que hablaba al principio?

La explicación yo la veo en que Dios nuestro Señor, por fines altísimos y de mucha misericordia para nosotros, no ha querido que sus ministros conozcan ciertamente ni el *tiempo, ni el lugar, ni la calidad, ni la medida* del fruto que corresponde a sus trabajos.

Un ejemplo

1864. El labrador prepara sus tierras y las siembra. Ese labriego, a pesar de todos sus afanes y vigilias, de sus sudores y lágrimas, no podrá saber de cierto ninguna de estas cuatro cosas:

Él no puede saber si el *buen tiempo* adelantará su cosecha o el *mal tiempo* la retrasará. Ni si vendrá una racha de viento que cuando sus plantas estén en flor, les arrebatará el polen y lo llevará a fecundar plantas muy lejanas. Ni si sus frutos serán más sazonados o menos. Ni, por último, conocerá de antemano la proporción del fruto con la semilla.

Esas cosas se las ha reservado Dios. Pues una conducta parecida sigue con el fruto de nuestro ministerio.

Y, después de todo, ¿qué falta hace saber esas cosas?

1865. A ti, hermano mío, bástete saber que esa lágrima que derramas en la soledad de tu Sagrario llorando ausencias continuas, y que esa gota de sudor con que riegas tu camino, y que ese desprecio generosamente sufrido y esa ingratitud mil veces repetida y mil veces perdonada, y que ese consejo

no oído y esa buena intención mal interpretada, y que ese pedazo de pan y ese plato de tu mesa que diste al hambriento, y que esa ropa interior de que te desnudaste para vestir al desnudo y que ese cúmulo de sacrificios, penas, trabajos, sinsabores, peticiones y favores ni conocidos ni pagados... bástete saber, hermano mío, que todo eso tendrá *su fruto cierto* para ti y para los demás. Para ti, porque has dado gloria a Dios y has obedecido, y eso siempre tiene premio; para las almas, porque quien quiere y puede, lo ha prometido.

Quizá mirando por la conservación de la humildad y confianza de tu alma en Él, o temiendo tus engreimientos no te lo deja ver. Será quizá tu sucesor el que recoja un fruto que no sembró. Será quizá que los ángeles del Señor, vista la dureza de tus feligreses, han transplantado el polen de tus semillas a otras plantas en otras tierras. Será quizá, que *el Amo de la mies*, para demostrarte que Él es el único Amo, muda la naturaleza de la semilla que tú sembraste, y te da otro fruto que tú no esperabas. Será quizá que para darte tiempo y ocasión de reconocer algunos defectillos y malas mañas en la siembra, retrasa el fruto. Será lo que quiera que sea, pero cónstete que, si hay siembra, hay fruto, y que *no volverá vacía* palabra u obra que haya salido de ti para las almas.

1866. Consecuencias de esta doctrina tan interesante:

1ª Que el sacerdote tiene la promesa cierta del fruto.

2ª Que el sacerdote no siempre verá en la presente vida su fruto.

3ª Que de toda obra sacerdotal brota siempre un triple fruto: Uno para Dios, la gloria que se le da. Otro para el mismo sacerdote, el bien que se hace a sí cumpliendo la voluntad de Dios y su misión, y el otro para las almas por quienes trabaja, y

4ª Y quizá la más importante: que el fruto lo da Dios, aunque Él ponga como *condición* el trabajo nuestro y, por consiguiente, no nos premiará *según el fruto* que Él nos haya dado, sino *según el trabajo* que nosotros hayamos puesto.

Esto consuela mucho y mueve a dar muchas gracias al Corazón de Jesús.

***

1867. Y aquí terminaría mi librejo, satisfecho yo de haber hecho, si no una obra literaria o científica, que dé fama de hombre de letras o de profundidades, al menos una obra de misericordia, poniendo al servicio de mis hermanos los curas tristes, aburridos o desalentados, todos los consuelos y alientos que en mi fe, en mi experiencia y en mi cariño hacia ellos, he podido encontrar. ¡Dios sea servido en que estas pobres paginillas hayan logrado su objeto! Terminaría, repito, si no se me hubiere ocurrido acudir a una dificultad que suele oponerse a los proyectos y obras nuevas. ¡El dinero!

Mucho puede, en efecto, hacer el cura -me dirá alguno-, pero todas esas cosas hay que hacerlas con dinero, y eso es, precisamente, de lo que carece el cura, hoy tan empobrecido.

Pues bien, yo me hago cargo de esa dificultad y añadiré por vía de apéndice.

APÉNDICE

UNA RECETA PARA BUSCAR Y ENCONTRAR DINERO PARA LAS OBRAS BUENAS

1868. La fórmula es muy breve y con la misma brevedad quiero yo exponerla.

Prevengo, ante todo, que no he descubierto la *piedra filosofal*. Y, a pesar de eso, aseguro que con mi receta se obtiene dinero.

Primer ingrediente

Necesidad de la obra. Es decir, que la obra para la que se busque el dinero la *necesite* la gloria de Dios o el bien de las almas.

Por consiguiente, dejémonos de pensar en obritas de capricho o gusto y busquemos qué obra u obras *necesita nuestra parroquia.*

Segundo ingrediente

1869. *Conservación del espíritu de la obra:* El espíritu de una obra es la *razón de ser* de la misma. Dios no tiene nada ni a nadie en el mundo para *vaguear*, lo tiene para algo.

El individuo y la obra que deja de servir para lo que Dios los ha hecho, pierden su razón de ser y se pierden.

¿Se crea, porque es necesaria, una obra para rezar, por ejemplo, Padrenuestros? Mientras allí se recen bien Padrenuestos, la obra vivirá. ¿Se crea una obra *porque es necesaria* para enseñar de balde a los niños pobres? El día en que por cualquier concepto se empiece a tomar dinero por la enseñanza, es la víspera de la muerte de aquella obra. ¿Se crea, porque se juzga necesario, un centro, un asilo, un periódico con este carácter y con aquel fin, que son los que convienen para remediar aquella necesidad? Pues si no se quiere que aquello huela a muerto, que no pierdan ni el carácter ni el fin.

La razón de la decadencia de muchas obras buenas que empezaron muy prósperamente, está sencillamente en eso, en que perdieron su espíritu.

Y a la inversa: una obra que conserva su espíritu, vive.

Tercer ingrediente

1870. *La constancia* en los que dirigen la obra.

Para la marcha de toda obra buena, hacen falta Dios y *un hombre.*

Mientras la obra sea buena y necesaria, Dios no se aburre ni se va. Luego, si la obra decae, ¿de quién será la culpa? ¿Quién será el aburrido?

Hace falta constancia para *sumar* siempre simpatías, cooperaciones, limosnas, aunque sean de a céntimo, para no dejarse entusiasmar demasiado con los grandes éxitos ni abatir con las grandes derrotas. Para no sacrificar lo principal a lo secundario, que puede ser un puntillo de honra o de amor propio. Para saber esperar la *hora de Dios,* que siempre suena. Hace falta constancia en *el hombre de la obra* para que, cuando los que se hayan aburrido y cansado se harten de aburrimiento y cansancio y sientan ganas de volver, se lo encuentren en el mismo sitio en donde lo dejaron.

Yo aseguro que una obra que tenga al frente un varón tan heroicamente constante, podrá, quizá flaquear, disminuir, pero morir, no. Es imposible...

Obtenidos estos tres ingredientes,

Agítense

con la *actividad* del celo, y la mezcla

Póngase al fuego

de un amor muy *vivo,* muy confiado y muy sentido al Corazón de Jesús.

Y no se aparte

hasta que haya soltado un *microbio*, que hace mucho daño a aquellos ingredientes, y que se llama el *yo*.

Y entonces

con toda seguridad, vienen las pesetas y todos los medios necesarios para las obras buenas.
Y el que dude de la eficacia de esta *receta*, que la pruebe por un poco de tiempo y desaparecerán sus dudas[11].

CONCLUSIÓN

1871. Muy breve y muy sustanciosa.

¿A qué trabajar tanto si se consigue tan poco?
He aquí la pregunta del pesimismo, y, más que pregunta, el argumento de que se vale para amarrar las manos, sellar los labios y encadenar los pies del sacerdote.
A esa pregunta o a ese argumento, ha respondido este libro demostrando a la buena de Dios, y con argumentos que, si no son muy brillantes, son muy contundentes:

Que hay que trabajar

1º Porque **nunca** se pierden, ni el tiempo ni el trabajo.
2º Porque **siempre** hay en qué trabajar.
3º Porque, visible o invisible, pronto o tarde, **siempre** hay fruto.
4º Porque, en virtud de la ordenación sacerdotal, los dones de naturaleza y gracia que teníamos y los que por ella hemos adquirido, no tienen más razón de ser que **el trabajo** por la gloria de Dios y el bien de las almas.
5º Porque, y esto es lo principal, lo manda nuestro Señor Jesucristo.

1872. Y, por consiguiente, que el sacerdote que no trabaja nada o no trabaja por esos fines es:
1º *Un torpe negociante* que desprecia grandes ganancias.
2º *Un dilapidador* de los bienes de Dios.
3º *Un desobediente* al más encarecido y trascendental de los mandamientos de su Maestro y Padre.
4º *Un gran desgraciado,* por haber perdido su razón de ser. De modo que mientras hay un JESUCRISTO que mande **ir** con todo su poder y toda su misión y mientras tenga el sacerdote una boca para **hablar** con Dios y con los hombres, y unas manos con qué *trabajar* y unos pies con qué *moverse* y un cuerpo que hacer pedazos por la penitencia, y un alma que se derrita de pena y de amor ante un Sagrario, y mientras haya ALMAS muertas que pidan resurrección, o enfermas que busquen salud, o tristes que quieran consuelos, o débiles que necesiten ayuda, o ignorantes que busquen luz, o necesitados de cualquiera cosa que demanden socorro; mientras haya todo eso -repito- el sacerdote no tendrá razón para decir:
-¡No se puede hacer nada! ¿A qué trabajar tanto?
Ese lamento *daña a las almas,* a las que priva del fruto de la Redención; *daña al sacerdote,* porque inutiliza su ministerio, y *daña a Jesucristo,* porque le quita gloria y almas.
¿Sabéis cuándo sería lícito ese lamento?

---

[11] Véase en *APOSTOLADOS MENUDOS, tomo III de estas OBRAS COMPLETAS, el capítulo IV:* Una dificultad para el apostolado.

Cuando se acabaran los Sagrarios de la tierra y el Corazón de Jesús dejara de querer a las almas.

¡Nunca! ¿Es verdad? ¡Nunca sucederá eso!

Pues, Dios mío, Corazón bendito de Jesús, Maestro y Alentador divino de los sacerdotes, quita esas palabras tan frías y tan tristes de sus labios, sustituyéndolas, después de haber hecho circular por sus corazones y por sus venas fuego tuyo, por estas otras:

Me gasto y me desgasto
por vuestras almas.

Huésped querido del Sagrario de mi iglesia, contigo quiero, Corazón bendito de Jesús, ¡trabajar y sacrificarme por las almas hasta morir por ellas! AMÉN. AMÉN.

A MODO DE EPÍLOGO

1873. Revisando las pruebas de la 5ª edición de este librillo, al que el Amo bendito parece ha querido poner alas incansables para que no deje de volar ante los ojos de mis hermanos los sacerdotes y mágico influjo para estirar brazos cruzados y ceños arrugados por el enervamiento y el desolador pesimismo, revisando -repito- esas pruebas, llega a mi mesa de trabajo una carta escrita por el buen párroco de un pueblecito catalán, con una sinceridad tan atrayente y un dejo de amargura tan estimulante de la compasión, que no he podido resistir al deseo que me ha venido de hacer de la carta y de mi respuesta el epílogo de esta nueva edición.

¡Quiera el Corazón de Jesús que esta respuesta mía sea remedio y preservativo del mal de que se queja mi comunicante y con él tantos y tantos otros hermanos amenazados de sumergirse en el mar de los fracasos y desalientos apostólicos y parroquiales!

Dice la carta

1874. *«Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Málaga.*

Excmo. Sr.: Después de veinte años de vida sacerdotal y cerca de cuatro que estoy en una parroquia-calvario, he adquirido el libro de Su Excelencia LO QUE PUEDE UN cura HOY, y lo he leído hasta la página 121. (Continúo todos los días sirviéndome de él como de lectura espiritual).

Sin que sea petulancia ni orgullo, me atrevo a decir a V.E. que he puesto en práctica las doce cosas «que puede un cura dentro y fuera de su iglesia», pues el 12 de octubre de 1927 hice pintar toda la iglesia parroquial. En 1926 les procuré una Misión y en el 27 y en el 28 un quinario, etc., etc.

Pero es que no quieren. Voy todos los sábados a las escuelas. En estos días, menos asistencia que en los demás. Y si no todos, algunos padres y madres dicen que voy a hacerles perder el tiempo. En fin, son ciegos y sordos voluntarios.

La Asociación de Hijas de María, anémica. La de la Virgen de los Dolores, ídem. Ahora quiero restaurar o restablecer el Apostolado de la Oración. Deseo que me suscriba a EL GRANITO DE ARENA y que me envíe algunos ejemplares de la Conferencia que V.I. dio en la Semana Social de Sevilla, para repartir. Yo procuraré *chiflarme* por el Amo, pero temo que esta parroquia no saldrá de su indiferencia, porque -le repito- hombres y mujeres -no todos- no quieren. Besándole el anillo pastoral me prometo de V.I.s.s. en el Corazón de Jesús.- *F.N., párroco*».

La respuesta

1875. *«Al muy querido Sr. cura de Santa M. de P.:*

Leía yo su desconsolada carta y me detenía en la más triste de todas las palabras con que va usted describiendo y lamentando la frialdad, ingratitud e inconsecuencia de sus feligreses para con todas sus industrias de celo y sacrificios por su salud: "Pero es que no quieren".

Triste es, en verdad, la palabra que recuerda la escena en que proféticamente describe Isaías al Redentor con sus brazos extendidos todo el día al pueblo, *no sólo no creyente... sino todo lo contrario.*

Y ¿sabe usted por qué me he detenido más en esa palabra? Porque en mis ratos de conversación y desahogo con el Jesús de los Sagrarios, que pastoralmente visito, es una frase parecida, pero puesta en los labios y en el Corazón de Jesús abandonado y desairado, la que me sirve de tema y de torturador.

«¡Si aquí no me quieren!», paréceme oír como envuelto en un gemido al Jesús de esos templos sin comensales para su mesa, sin oyentes para sus sermones, sin asistentes para sus Misas, sin nadie o casi nadie para nada que se refiera a Él... Y yo, que he querido con toda mi alma a mis padres y que me derrito de placer al sentirme querido por ellos, en el cielo como en la tierra, pienso y paladeo, mirando la cara triste de Jesús, la angustia de muerte y el amargor que mi madre hubiera sentido al poder decir un día, una hora: «¡mi hijo no me quiere!, ¡no me quiere!», y sigo pensando: Más, infinitamente más que mi madre me quiso a mí, quiere Jesús a sus hijos de este pueblo... Jesús, Jesús, ¿cómo puede nombrarse y con qué medida medirse la angustia de tu gemino: «aquí no me quieren?».

1876. Pues bien, sacerdote hermano mío, ese Pastor Jesús que quiere a sus ovejas y padece por ellas infinitamente más que nosotros, *no se va, ni deja de dar gracias y bienes, ni se cansa de esperar que vengan, noches y días, meses y años y siglos...*

el que dijo: dad y se os dará, pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, da, pide, busca y llama a cada instante desde su trono de ruinas y desaires del Sagrario y... a cada dádiva y a cada latido de su Corazón tienen que entreabrirse sus labios para dejar escapar su triste: «¡no, no me quieren!».

Y vea usted, amigo mío, qué manera de amar y de vengarse de los ingratos y duros tiene este loco Amador y Pastor de las almas.

Después de cada día de abandonos tan crueles, está deseando que venga la mañana del nuevo día para ofrecerse en sacrificio a su Padre celestial por las manos de su compañero de abandonos y oprobios, el sacerdote, en alabanza, acción de gracias, expiación e impetración por el pueblo que no alaba, no agradece, no pide perdón ni le pide nada.

1877. Hermano, honradamente le aseguro que no conozco un resorte pastoral que más excite a dar a los que no dan, a buscar a los que no quieren dejarse encontrar, a llamar a los que se obstinan en no dejar entrar, que esas Misas celebradas en las iglesias solitarias, esos sacrificios sin oferentes visibles, sin espectadores, esos altares calvarios sin lágrimas de compasión de Marías, o, a lo más, bostezos o cuchicheos de aburrimiento de distraídos o curiosos...

Mi consejo

1878. Amigo y hermano, lea hasta el fin *Lo que puede un cura hoy,* aplique a su parroquia lo que pueda y le dejen aplicar, que una experiencia larga tiene demostrado que esas recetas *curan,* y con mucho fruto, si al Dador de él place, o con poco o ningún fruto, si así lo permite, siga usted poniéndose en cruz como se pone el Jesús de su Misa, mirando a su pueblo, *no sólo no creyente, sino todo lo contrario.* Y cuente con que el triunfo definitivo es siempre de Jesús crucificado y de los crucificados con Él.

Un abrazo y bendición de su affmo. S.S.A.yH.- *Manuel González, obispo de Málaga*».

LA ACCIÓN SOCIAL DEL PÁRROCO

Obligado por la quema de mi Palacio de Málaga a hacer nueva edición de LO QUE PUEDE UN CURA HOY y de LA ACCIÓN SOCIAL DEL párroco, me ha parecido conveniente, por lo que se completan los temas, reunirlos en un solo volumen.

CONFERENCIA EN LA TERCERA SEMANA SOCIAL
DE SEVILLA

Unas palabras de añadidura para la décima edición de esta Conferencia

1879. ¡Qué lejos de mi ánimo, cuando tuve este rato de conversación, que eso fue, más que discurso, mi conferencia en la Semana Social de Sevilla, estaba la divulgación que iban a alcanzar mis pobres palabras!

Nueve numerosas ediciones, aparte de las copias en EL GRANITO DE ARENA y otras publicaciones católicas, ¡bien han hecho volar estas ideíllas sobre la *Acción Social del párroco y según un párroco!*

Al verme hoy obligado a publicar nueva edición por nuevas y amables demandas, me ha parecido conveniente releer aquellas paginillas por si los acontecimientos, que se suceden con una rapidez vertiginosa y las ideas que hoy aparecen triunfantes, aconsejaran rectificaciones, ampliaciones o enmiendas.

Y como resultado de mi examen, puedo poner al principio de esta edición: *Lo que vi, sentí y aconsejé como cura, lo sigo viendo, sintiendo y aconsejando como obispo.*

A excepción de algunas fundaciones u obras que ahí se citan, que han muerto o crecido por la ley de la defectibilidad humana, lo demás, es decir, la doctrina y las orientaciones siguen siendo y quiero que lo sean hasta mi último aliento, mi doctrina y mis orientaciones.

1880. Esto es, que sigo creyendo que mientras no llevemos nuestro amor al Corazón de Jesús y a los prójimos por Él, hasta la *chifladura,* o llámese con nombre más serio o técnico lo que eso representa, esa pobre cuestión social no la resuelve nadie. ¡Nadie!

Y lo afirmo con energías nuevas y creo que con autoridad mayor, después de haber visto la capital de mi diócesis arder en fuego de infierno y verme en peligro muy próximo de ser achicharrado o asesinado en la noche del 11 de mayo de este año.

Yo no sé que ese fuego de odio de infierno pueda apagarse o superarse más que con fuego de Corazón de Jesús vivo en el Sagrario...

MANUEL GONZÁLEZ
obispo de Malaga

Gibraltar, primer viernes de octubre de 1931.

Presentación de la persona

Excmos. y Rvdmos. Sres.:[12]
Señores Semaneros:

[12] Los Excmos. y Rvdmos. Sres. Arzobispos de Sevilla y Granada y Obispos de Coria, Salamanca, Vich, Badajoz, Plasencia, Ciudad Rodrigo y Guadix.

1881. Tengo que comenzar confesando una equivocación. Yo me figuraba que iba a sentir un *poquillo* de miedo. Me había equivocado. Aquí lo que se siente es *mucho* miedo. Y no es para menos el espectáculo que se presenta ante mis ojos. De una parte, esos venerables prelados, maestros de Israel y jueces de la doctrina, dignos de nuestra veneración, no sólo por su autoridad, sino también por sus virtudes y ciencia. De otra, vosotros, que sois la plana mayor de la Acción Social Católica española, apóstoles del amor o en camino de serlo, y de otra parte, yo: es decir, un pobre *López,* como subrepticiamente me ha bautizado el programa, o un pobre González, como me pusieron en la pila bautismal de San Bartolomé, de esta ciudad. Un pobre cura, más acostumbrado a hablar con humildes obreros y niños desarrapados, que a meterse en estas lides científicas, que, dicho sea en honor de la verdad, le vienen muy largas y anchas.

Todo, sin embargo, cuanto os diga para hacer o excusar mi presentación está demás, pues quien puede, y es obedecido por mí siempre con gusto, me ha dicho: «Habla»; y cuando lo ha dicho, él sabrá por qué.

1882. Después de todo, señores, el arcipreste de Huelva no es un cargo, ni un hombre que ejerce un cargo. Es una *razón social*, tras de la cual se ocultan unos curas que se quieren mucho, y no piensan ni sueñan más que en salvar el pueblo que Dios les ha confiado. Un grupo de hombres y otro de mujeres que saben hacer muy bien dos cosas: amar al Sagrado Corazón de Jesús con todas sus ganas y obedecer a sus curas. Y, para que nada falte, un Banco inacabable, con más crédito que el Banco inglés y un Jefe, un Amo, que es, ya lo conocéis: el Santísimo Corazón de Jesús.

Cuando se os dice, pues, que va a hablar el arcipreste de Huelva, no es un Juan particular quien os habla, sino un pueblo nuevo, redimido y regenerado por el amor, que quiere decir lo que *ha recibido* y lo que *ha hecho,* para estimular a sus hermanos a que hagan mucho, para que reciban más.

Presentación del tema

1883. *«La Acción Social del párroco»,* he aquí el tema señalado. Y sobre él tengo que deciros, ante todo, que siento mis inquietudes, porque parece que detrás de él ve uno asomar una serie de consejos y reglas, y, dándolos, una cara adusta de maestro, que amonesta y riñe, y ¡la verdad!, ni a mí me pega eso, ni vosotros lo necesitáis, tanto más cuanto que aquí yo no hablo sólo a párrocos, sino a muchos a quienes apunta el bozo o sombrea el bigote.

Si no lo tomáis a mal, y no os llamáis a engaño, yo rectificaría el tema en esta forma: *La Acción Social Católica, según la entiende un párroco,* siquiera éste sea la última palabra del *Credo.*

Procuraré ser útil y breve, y me daría por contento si consiguiera entreteneros agradablemente un rato, sirviendo, aunque fuera como de *intermezzo* de música (aunque ésta no sea de la aprobada en la última Asamblea)[13], que os hiciera amena vuestra estancia en esta Semana Social que celebramos.

Una definición

1884. ¿Qué es Acción Social Católica? Dejando ahora su significado amplio, o sea, la influencia que el catolicismo ejerce en la sociedad con su doctrina, su moral, su jerarquía, sus sacramentos, su gracia y su historia, influencia esencial y constante, yo la limito aquí a su aceptación corriente, esto es, a la influencia de la Iglesia sobre la parte más numerosa y desgraciada de la sociedad, sobre el pueblo.

En esta acepción puede definirse la Acción Social Católica: el conjunto de obras que los católicos han de realizar para ir al pueblo y traerlo a Cristo.

---

[13] La 3ª de Música religiosa que acababa de celebrarse en la misma ciudad.

Es un *viaje de ida y vuelta*, que empieza, el de ida, en Cristo y termina en el pueblo, y empieza en el pueblo, el de vuelta, y termina en Cristo.

Tomo aquí por pueblo a esa masa de hombres que bulle en cafés y tabernas, que lee periódicos y folletines a cuarto la entrega, que gime bajo las ruedas de una máquina o sobre la mesa de una oficina. Ese pueblo que paga y... pega, cuando se cansa de pagar. Ese pueblo -digo- es el campo de la Acción Social Católica.

¿En dónde está el pueblo?

1885. Para orientarnos, es menester situarnos (decía ayer tarde el señor obispo de Vich). Si, pues, nuestros trabajos han de orientarse hacia el pueblo, comencemos por tomar su situación.

¿En dónde está el pueblo? ¡Ah, señores!, yo no soy pesimista por la gracia de Dios, y yo sé que aun hay pueblo cristiano y que lo habrá siempre, porque la palabra de Cristo no faltará nunca, pero también sé que hay una gran parte del pueblo que está muy lejos de nosotros. Más lejos que los antípodas, más lejos que la luna y el sol, y si entre criaturas limitadas pudieran mediar distancias infinitas, yo os diría que ese pueblo está infinitamente distante de nosotros.

1886. He estado muchas veces entre obreros y he conseguido estrechar sus manos con las mías, meter mi mirada en sus ojos, mi pan en su estómago y hasta mi cariño en su corazón. Pero, ¡qué pena he sentido al ver que no podía meter a Cristo en su inteligencia y en su corazón! Y ¿quién es capaz de medir la distancia que hay entre un alma con Cristo y otra sin Cristo? Y si del obrero-individuo pasamos al obrero-masa, ¡Dios mío, qué ausencias tan espantosas de Cristo, qué distancias tan horribles!

¡Pobrecillos! ¡No tienen ellos toda la culpa, ni la mayor parte siquiera! La mala educación: he aquí el primer culpable. ¿Cómo se educan los niños pobres?

El niño pobre no encuentra en su camino más que puntas de pie amenazadoras. La punta del pie del casero, porque deteriora las paredes. La punta del pie de ¡su padre!, que paga en la inocente criatura rencores ajenos. La punta del pie del guarda de paseo, del municipal de la calle, del maestro a *palo seco,* del capataz de su fábrica, y cuando sea mayor, no serán puntas de pies las que vea, sino puntas de plumas que chorrean veneno... Cada golpe que recibe es un callo en su corazón; cuando llega a ser hombre, ese corazón no es de carne, sino de piedra, si no es que los vicios no lo han convertido antes en una gusanera.

Viaje de ida

1887. Yo no tengo que encarecer la necesidad del *viaje de ida* a ese pueblo. Hablo a convencidos, a hombres que tienen por lema de sus empresas, de sus trabajos en la prensa, en la tribuna, en el púlpito, en los círculos y en todas las aplicaciones de actividad el *ir al pueblo* de León XIII.

Yo perdería el tiempo si me dedicara a convenceros de la necesidad de *ir al pueblo.* Aquí lo que se pregunta, lo que cada cual quiere saber para ponerlo en práctica al punto, es *cómo* hay que hacer ese viaje, o sea, qué

Provisiones

que hacen falta para llegar hasta el término del viaje.

Y a eso respondo, desde luego, que siendo el viaje largo, largas han de ser también las provisiones.

1888. Oigamos ahora a los *médicos* sociales, quienes dicen que lo primero de que hay que aprovisionarse es el *dinero.* El pueblo -prosiguen- no nos entregará el corazón mientras no le entreguemos la bolsa. El dinero es preciso para dar, comprar, sostener, estimular, para todo. Quienes predican la necesidad de la *ciencia sociológica*, ¿cómo, razonan ellos, nosotros que apenas si recordamos algo de lo que estudiamos en el seminario o universidad, si apenas sabemos leer más que en *nuestro misal,* vamos a meternos en la difícil ciencia de la sociología con sus múltiples ramificaciones de las que no conocemos ni aun los nombres de sus tratadistas, algunos bien enrevesados por cierto? Éstos pregonan la necesidad de la *influencia o ascendiente* para hacer algo. Aquéllos, del *ingenio o habilidad* para entremeterse, atraer, organizar y entretener a las muchedumbres. Y otros, por último, la necesidad de *auxiliares* o coadjutores, ¿qué vamos a hacer -dicen- tan solos, tan sin apoyo?

Sin negar el valor de cada uno de esos elementos, y reconociendo que algo de todo eso hace falta para el viaje, creo que parapetarse ahí es no enfocar bien la cuestión. Creo que puede tenerse todo eso y no resultar Acción Social Católica, ¿por qué?

1889. Cuando estudiábamos lógica en el seminario, nos enseñaron que entre la potencia y el acto, los medios y el fin, debía haber proporción. Y digo yo: si la Acción Social Católica es una acción puramente natural, bien, muy bien está que se procuren esos medios naturales y de tejas abajo. Pero si la Acción Social Católica es, además, una obra o serie de obras sobrenaturales por razón de su principio o de su fin; si no es sólo una Acción inspirada en la simpatía, en la comprensión, en el negocio, en una repugnancia puramente natural a la injusticia, entonces hay que mirar más alto, hay que buscar también medios de tejas arriba; en una palabra, hay que contar con Dios más de lo que se cuenta.

Y allá va

Mi teoría

1890. Que no es mía, sino del Evangelio, en donde la he aprendido.

Un cura va a un pueblo perdido. La iglesia vacía, el Sagrario solo, las telarañas y los animalejos son sus compañeros. Cristo odiado o desconocido. El pueblo, los pobres, los desgraciados, los ancianos, que siempre siguen la misma suerte que Jesucristo, explotados o abandonados. El pudor de las doncellas, en peligros inminentes y constantes. La inocencia de los niños, pisoteada en el arroyo. El matrimonio, sustituido por la mancebía. El vicio reinante y la virtud escarnecida. Predica y no se le oye. Celebra funciones y no se asiste. Saca procesiones y se le deja solo con los *gallegos* del *paso.* Va a casa de los enfermos y es arrojado a la calle. Va a recoger los muertos y ¡hasta los muertos le son arrebatados! Espera que siquiera se le acerquen los pobres, y ¡hasta los pobres se rebajan en pedir una limosna al cura!...

He aquí, señores, un pueblo *ido y muy ido,* ¡no fantaseo!, he aquí un magnífico campo de experimentación para la Acción Social Católica. ¿Qué hará el cura?

No cuenta ni con una moneda de cinco céntimos. ¡Es pobre y no hay quien le dé! ¿Ciencia? Lo poco que recuerda de lo que aprendió en el seminario. ¿Influencia, ambiente? Cero o cantidades negativas. ¿Qué hará?

Yo creo que si ese cura tiene sangre cristiana en sus venas, no tiene otro recurso que irse al Sagrario y hartarse de llorar, contando sus desolaciones a su Compañero de abandono: al Jesucristo solo y despreciado, y repetir esa faena una y muchas veces, y yo os aseguro, señores, que es una amenaza terrible para un pueblo impío un cura llorando ante un Sagrario desierto.

En marcha

1891. Ahí, ahí es donde yo creo que ha de empezar ese cura para su Acción Social Católica: mirando mucho a Cristo, y llenándose de aquella mirada dulcemente triste que busca en quien descansar y no halla.

Llorando con Cristo que llora, acompañando a Cristo abandonado, poniendo su corazón muy cerca del Corazón de Cristo, muy cerca, hasta que se punce con las espinas que coronan a éste, hasta que pasen al suyo algo de las hieles amargas que en éste rebosan, estableciéndose así un flujo y reflujo de penas y amores, haciéndose él el adorador, el amante, la víctima por toda su pobre parroquia...

Ése es el primer paso, asociarse a Cristo, entrar en compañía con Él, enamorarse de Él, quererlo con toda el alma, y ¿queréis que os lo diga de una vez? *¡Chiflarse* de amor por el Corazón de Jesucristo!

Ni más ni menos.

Y perdonad, señores, el tono de sermón, siquiera sea sin paño, que esto va tomando. Yo no sé hablar, ni pensar, ni sentir de otro modo, y doy gracias a Dios y a mi amadísimo prelado, porque me han puesto en ocasión de hablar claramente de estas cosas con quienes me entienden y sienten, que harto fatigado estoy de hablar disimulando o reprimiéndome a los que reciben con prevenciones mi doctrina.

Chifladuras

1892. Y ya va saliendo la teoría. ¿Está ya *chiflado* ese cura? Pues que se echen a temblar todos los demonios de aquel pueblo, angélicos y humanos, que ya les queda que pasar. Que tiemblen las escuelas laicas y los falsos apóstoles y los explotadores y los periódicos malos y todo lo malo, porque aquello ya no es un cura, que es un *ciclón* que les viene encima. Y que se alegren los niños abandonados, los cesantes, los perseguidos, los pobres, los explotados, que aquello no es un cura, sino un *pedazo de cielo* que se les entra por las puertas.

1893. ¿Está *chiflado?* Pues ya vendrá gente, que un *chiflado* hace ciento. Vendrá dinero, porque quien tiene poder para ablandar los corazones, lo tiene con más razón para aflojar los bolsillos. Vendrán ingenios e iniciativas para obras sociales adecuadas y fecundas, que el amor tiene intuiciones. Vendrá la constancia, que no desmaya ni ante las ingratitudes de los hombres, ni ante las pruebas de Dios. Vendrá, en una palabra, el *tren* que se necesita para ir desde Cristo al pueblo. Los coches serán las obras sociales, Sindicatos, Cajas, Escuelas, Círculos, etc. Los factores, revisores, jefes de estaciones y personal subalterno serán los *chiflados* por el cura. El maquinista, el cura, el fuego y el vapor, el Corazón de Jesús.

Y ahora ¿andará el tren?

Señores, ¡ni el sud-exprés!

Un pero...

1894. Quizá objete alguno al verme en estas elevaciones: «Usted pide mucho para la Acción Social Católica. Usted quiere santos a los hombres de Acción Social, y los santos ni son de todos los días ni son cosa fácil».

Yo respondería a ese amable contrincante: «Es verdad que los hombres más aptos para la Acción Social Católica son los santos, ¡que ése es el verdadero tipo del *chiflado!* Pero ¡que no se alarmen los teólogos, ni se escandalicen los profanos! Puede darse el caso de estar uno *chiflado* por el Corazón de Jesús y no ser santo, ¿la razón? ¡Es tan bueno ese Corazón que se deja amar y hasta que se *chiflen* por Él, con tal de que se le *dé palabra formal* de meterse en vereda y aspirar a ser bueno!».

Un ejemplo

1895. ¡Huelva! Me da miedo hablar de cosas en que intervengo yo, siquiera sea como pobre instrumento y uno de tantos, porque estoy convencido de que en las obras de Dios, mientras menos *yo*, mejor; eso es lo que estorba.

Con todo, escrito está: *Que vuestra luz brille ante los hombres para que glorifiquen a vuestro Padre celestial que está en los cielos.*

¡Gloria a Dios!

¿Podéis explicarme cómo en poco más de tres años se fundan y sostienen un Centro Católico con más de quinientos obreros, con su Caja de Ahorros y su Monte de Piedad; escuelas gratuitas para mil, entre niños y adultos de uno y otro sexo; un barrio obrero, una panadería económica, una biblioteca ambulante, obras de catecismo, dos talleres de ropa para los pobres, una Granja Agrícola Escolar, dos iglesias en barrios extremos, obras moralizadoras de los presos, Secretariado del pueblo...?

¿Podéis explicarme cómo en menos de dos años se han gastado sólo en escuelas más de 25.000 duros y que con un periodiquillo tan chico como EL GRANITO DE ARENA se hayan ganado en menos de un año más de 5.000 pesetas? ¿Podéis explicarme cómo en iglesias en las que las comuniones diarias ascendían, cuando más, ¡a tres!, pasan hoy de ¡ciento! y al mes, entre todas, llegan a ¡diez mil!...?

El gran porqué

1896. Es que allí se ha empezado por *Él y por Ella.* Si salimos a pedir limosna, nos pasamos antes por el Sagrario. Si alargamos la mano y nos descubrimos para pedir por los niños, lo nombrarmos a *Él*, a *el Amo.* Si se nos enciende la cara de vergüenza (¡hay que pasarla tantas veces!), nos acordamos de que *Él* lo quiere. Si ponemos una primera piedra, la medalla con su imagen forma el cimiento. Si terminamos una obra, la coronamos colocando en lo más alto su imagen. Si reunimos niños en torno nuestro, el primer nombre que les enseñamos y el primer amor que les inculcamos es el amor de *Él* y de *Ella.*

1897. Si conversamos, siempre sale su nombre. Si nos alegramos, a *Él* damos gracias. Si nos persiguen, *Él* nos conforta. Si tenemos deudas, *Él* nos da crédito. Si nos alaban, a *Él* se le da la gloria, y de mí puedo deciros que lo meto hasta en los brindis de los banquetes y los *lunchs* a que asisto por razón de mi cargo. Yo he hablado del Corazón de Jesús a *propósito de...* ¡la telegrafía sin hilos! (El Corazón de Jesús, en lo alto del Calvario, ¿no es una *gran estación* telegráfica que, sin hilos de ninguna clase, envía sus ondas de amor y de luz no sólo a través del espacio, sino del tiempo? ¿Y qué otra cosa son los sacerdotes sino los *telegrafistas* de ese Telégrafo divino?, etc., etc.).

Por eso, señores, Huelva, la Huelva nueva, no es ya un pueblo como otro cualquiera, que es un *¡manicomio suelto!,* con sus *chiflados* clérigos y seglares, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, niños y niñas, éstos ¡qué bendición! niños y niñas *confesores del amor,* perseguidos y apaleados algunos de ellos por ¡sus mismos padres!

¡Bendecidlos y aplaudidlos, señores, como yo los aplaudo y los bendigo con toda la efusión de mi alma!...

Y hemos terminado nuestro *viaje de ida.*

La vuelta

1898. Yo no creo que haya entre los hombres de la Acción Social Católica, quien se atreva a proponerse *ir al pueblo sólo* para mejorar su situación económica, intelectual y de tejas abajo.

Bueno es eso, y digno de todo encomio, y, aunque no consiguiésemos más, ya habríamos obrado como cristianos y merecido bien de Dios y de la sociedad.

Porque es cierto que la fe pone en el alma del cristiano una sensibilidad tan exquisita, que toda injusticia y todo dolor producen allí su impresión y una como obligación imperiosa de procurar su remedio.

1899. Pero, señores, si queremos de verdad el bien del pueblo y *todo el bien* del pueblo, si queremos no sólo arrancar el fruto malo, sino el árbol y la raíz que lo han producido, hemos de ir a él no sólo porque somos cristianos, sino *para hacerlo cristiano,* porque *únicamente,* haciéndolo cristiano a él, y cristianizando todo lo que le rodea, es como pueden repararse aquellas injusticias y disiparse aquellos dolores que tanto herían nuestra sensibilidad de cristianos, y cortar la raíz del árbol podrido que ha dado aquellos malos frutos.

Hay que dar a cada cosa su lugar: no hagamos fin lo que sólo puede ser medio.

El término

1900. Tenemos el *tren* preparado. Conducidos por él, hemos llegado al pueblo. Lo tenemos a nuestro alcance, nos codeamos con él en el Círculo, en el Sindicato, en la Escuela, etc. Hemos obtenido para él buenos jornales, casa, comestibles, abonos baratos. ¿Y ahora, qué? ¿No hay nada que hacer con él? ¿Hemos de ensasr *sólo* en adornarle bien los coches, hacer éstos muy *confortables,* sin preocuparnos del término y la dirección del viaje?

¡Ay, señores, que el pueblo no sólo tiene hambre de pan, que la tiene de muchas cosas que valen más que el pan! Tiene hambre de verdad, de cariño, de bienestar, de justicia, de cielo y, quizá, sin que se dé cuenta, de Dios. Y si las lágrimas de sus ojos nos impulsan a movernos a su favor, ¿las lágrimas de su corazón, las desgarradoras de su alma, nos han de dejar en una *neutralidad* impasible?

No, no. Hay que procurarle, junto o después del pan del cuerpo, el pan del alma. Hay que imitar al Maestro, que después de hartar de pan al pueblo con un milagro, lo prepara para anunciarle el *otro pan* que da la vida eterna.

No nos extraviemos

1901. Si la Acción Social Católica, no persigue otra cosa que resolver problemas económicos, elevar clases, borrar desigualdades, abarata géneros, etc., no procurando *lo otro* con el mismo afán, y dándole el lugar principal, o dejándolo que resulte como consecuencia natural de todos esos beneficios económicos y sociales, yo me permito creer que esa Acción Social sólo conseguirá efectos muy parciales y pasajeros por no haber tocado el mal en su raíz, o verá cumplido una vez más aquello de «quien da pan al perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro». Porque, no lo olvidéis, el pueblo, mientras no lo hacemos nuestro por la religión es *perro ajeno,* que vendrá a nuestro campo a tomar el pedazo de pan que le damos y, tomado, nos volverá las espaldas para ir a comérselo en las tiendas socialisas o anarquistas.

1902. No digo yo con esto que se formen nuestros Centros y Obras Sociales para reunir a los hombres y rezar con ellos el santo rosario todas las noches o llevarlos de la mano a Misa todos los domingos; ni que esas obras sean cofradías con fines piadosos y alguna que otra aplicación social. No; lo que digo es que si no queremos que nuestros adversarios nos crucen la cara llamándonos hipócritas, digo que si somos hombres de acción, porque somos cristianos, es menester tomar a Cristo con todas sus consecuencias. Es menester buscarlo a Él en todas nuestras Obras Sociales. Es

preciso no olvidar que nuestras obras, por muy populares y beneficiosas que sean, y muy disfrazadas que las presentemos, han de atraerse prevenciones y odios, que ésa es la suerte en el mundo de Cristo y de sus obras; es esencial, en una palabra, a la Acción Social Católica ir siempre, tender siempre a Cristo.

¿Cómo?

1903. Enlazando en las Obras Sociales los intereses terrenos con los del alma. Practicando el *por activa y por pasiva,* juntando el beneficio o interés temporal que remedia necesidades y enjuga lágrimas, con la palabra cariñosa, el consejo amistoso, la observación oportuna, que, saliendo de un corazón lleno de Cristo, lo haga nacer o resucitar en las pobres almas, que no viven su vida, y haciendo todo esto de tal modo que el pueblo pueda recorrer la escala con que san Pablo trazaba el gran plan de economía cristiana de todos los siglos. *Todas las cosas son vuestras,* hay que dar o devolver al pueblo lo suyo, lo que Dios le ha dado, *vosotros de Cristo,* para que, usando bien de esas cosas, *vaya a Cristo, y Cristo de Dios,* para que por Cristo y con Cristo dé a Dios la gloria y el honor, fin y felicidad suprema de todo hombre y de toda sociedad. He ahí el verdadero término del viaje.

Reparos

1904. Quizá me objete alguno que yo he olvidado la misión de justicia que la Acción Social Católica tiene que realizar.

Ahí quiería yo venir.

La Acción Social Católica ¿es obra de caridad o de justicia?

Es cuestión más importante de lo que parece, porque si la Acción Social Católica es obra de justicia, perdemos el tiempo en discutir orientaciones y fines, pues la justicia no tiene más que una palabra: pagar lo que se debe, y todo lo demás huelga.

Yo creo no estar equivocado diciendo que la Acción Social Católica tiene dos aspectos o dos motivos: uno de caridad y otro de justicia. Uno de reivindicación y otro de misericordia, con esta diferencia: que no siempre es obra de justicia, pero sí lo es de caridad, aun siéndolo de justicia.

Me explicaré. (Y temo, señores, que a estas alturas se hayan cambiado los sujetos del miedo. Empecé teniéndolo yo de vosotros, y voy a acabar teniéndolo vosotros de mí).

1905. En la sociedad en que vivimos hay injusticias grandes, horribles, irritantes en grado sumo. Vosotros, como yo, las conocéis y las lamentáis. No tengo necesidad de enumerarlas.

¿Qué hace la Acción Social Católica ante esas injusticias? Trata de reivindicarlas, ¿cómo?

Predicando o *apostolando por caridad* la necesidad y la obligación de esas reivindicaciones, y, mientras los obligados a ellas no las realizan, no pagan lo que deben, suplir y rellenar *por caridad* los huecos que esas injusticias dejan abiertos.

Pero en la sociedad hay siempre, además de esas injusticias, las penas, lástimas y calamidades propias del rastro funesto de un pecado eminentemente social o, más bien, antisocial.

Sobre esas penas y esas heridas sociales, siempre abiertas y pidiendo conmiseración siempre, la Acción Social Católica derrama *misericordiosamente* el bálsamo confortador elaborado con el *vino* del amor y el *aceite* de la piedad.

Ésa es la Acción Social Católica. Unas veces es la influencia de Jesucristo obligando a los Zaqueos de todos los tiempos a devolver con creces lo mal habido. Otras veces es la compasión del samaritano que repara las faltas y los egoísmos del fariseo. Es siempre el amor del Corazón de Jesús que *pasa haciendo bien* por la pobre sociedad.

Un gran olvido

1906. Y porque se olvida eso del amor y se da principal papel a la ciencia, al dinero y a otros factores humanos, creo yo que se quedan mancas y cojas e inútiles muchas obras de Acción Social Católica.

Se cree por muchos que con fundar una obra, dotarla de un buen reglamento y de medios de vida económica, se ha hecho todo, y yo digo, señores, que con todo eso no se ha hecho sino un veinticinco por ciento, si acaso, de lo que hay que hacer.

Decíame con acento de satisfacción un amigo que acababa de fundar un Centro Obrero:

-Ya estoy tranquilo, porque los tengo allí metidos; ya puedo descansar.

-Hermano -le respondí yo-, ¡pues si yo creo que ahora es cuando empieza usted a trabajar!

Fundad escuelas, círculos y demás Obras Sociales; dotadlos bien; poveedlos del mejor material; reunid muchos niños y socios y no haced más que eso, y la escuela servirá para que los niños pueden leer *El País y El Motín*, que encontrarán en la puerta. Y el Centro servirá para que los obreros pierdan el amor al hogar y se aficionen a la vida de casino, y las demás obras se verán cualquier día convertidas por arte y gracia de algunos más listos en obras laicas o socialistas (conozco casos).

Lo que falta

1907. Pero poned en esa escuela amor, mejor dicho, poned un *chiflado* que ame de verdad por el Corrazón de Jesús a los niños pobres, y veréis lo que hace: un día ve a sus niños flacos, de mal color, ¡comen mal! Y aunque él coma tan mal como ellos, se ingeniará de manera que la *Gota de Leche* o la *Cantina Escolar* conviertan el dinero del niño rico en comida buena para sus niños pobres. Otro día verá que sus niños se van al taller, o a la oficina, y antes que en los oídos de ellos, están sonando con eco triste en su corazón las blasfemias, las indecencias, los malos tratos que les esperan, y ese dolor le mueve a hacer otra *locura*. La *Escuela de aprendizaje,* o la *Sociedad de gimnasia, o el Oratorio festivo,* etc.

En esas obras aunque sea un ratito por la noche o cada domingo, él podrá ver a sus niños y con su palabra y su cariño restañar las heridas del día. Otro día ve el cuartel y a sus antiguos aprendices dentro. ¿Los dejará?, no. Enfrente de la puerta del cuartel él pondrá la *Sociedad de esgrima, la Asociación de cualquier nombre para soldados;* y para cuando vuelvan a sus hogares, él creará Centros. Y cuando se entere que sus hijos son explotados él los agremiará para que no sean conculcados sus derechos o para que se abaraten sus alimentos o las cosas de su uso. Y cuando caigan enfermos o estén parados él fundará el *Socorro mutuo o el Monte de Piedad* y no los dejará hasta que se mueran. Digo mal, para no abandonarlos ni aun después de muertos, él fundará ¡hasta una *Sociedad de socorros para las ánimas benditas!*

¡Eso hace el amor!

¡Y ésa, a mi entender, es la parte del cura en la Acción Social Católica!

1908. Dadme Obras Sociales sin amor, y sin amor llevado hasta la *chifladura*, y me habréis entregado un montón de huesos con los que podremos formar un buen esqueleto, pero sin nervios, sin músculos y, sobre todo, sin alma, que podrá moverse por la electricidad o artificialmente.

Dadme Obras Sociales con un verdadero *chiflado al frente,* y a aquel esqueleto se pegarán los nervios y los músculos, y vendrá el aliento de Dios que da vida y vida fecunda, espléndida, inacabable, con frutos de bendición para la tierra y para el cielo.

Un caso

1909. Señores, una de las obras, la principal sin duda, de que el Sagrado Corazón ha querido valerse para echar la buena semilla de la regeneración de Huelva, es la Obra de las Escuelas gratuitas. Su coste diario es de 50 pts., aparte de lo que ahorra la generosidad de algunos maestros que renuncian al sueldo. El número de educandos entre niños y adultos de uno y otro sexo anda muy cerca de mil. Pues bien, no pocos de los que visitan esas escuelas, extrañados de la vida providencial de ellas, preguntan: «¿Y con qué cuenta usted para su subsistencia?».

Y para ellos y para los que vengan después y para que no se olvide nunca lo que la experiencia nos ha enseñado, yo quiero poner en el patio de esas escuelas, en una lápida con caracteres que se lean bien, este letrero:

Mientras aquí se ame al Corazón de Jesús y a los niños pobres, habrá escuelas.

Con eso, señores, creo que se deja un buen testamento...

Epílogo

1910. Como epílogo de esta desaliñada conferencia o rato de conversación, permitidme que os lea unos así como artículos o bases de la Acción Social Católica, que de vez en cuando me complazco en recordar, publicándolas en EL GRANITO DE ARENA, y que resumen bien todo lo que llevo dicho.

Nuestras posiciones

Para que la acción de los católicos sea social y católica, hay que persuadirse bien de los siguientes axiomas cristianos:

1ª Dios, en las obras hechas para su gloria, no premia el *fruto recogido, sino el trabajo empleado (para los descontentadizos).*

2ª Podemos hartar a un pobre (pecador o incrédulo) de comida, de dinero y de bienestar, y podrá no convertirse. La conversión es obra *exclusiva de la gracia de Dios (para los presuntuosos).*

3ª En las obras que se emprenden por y para Dios, no es Dios quien pone la menor parte *(para los tímidos).*

4ª La obra mejor empezada puede hacerse mala o inútil por la inconstancia *(para los flojos).*

5ª *El dinero,* con valer tanto, es lo menos necesario para la acción, cuando se cuenta con *buenas voluntades* y se sabe contar con la *gracia de Dios (para los calculistas).*

6ª Más obras buenas dejan de emprenderse o de proseguirse por falta de confianza en Dios, que por falta de dinero *(para los desconfiados).*

7ª La piedad es útil para todos *(para los buenos).*

8ª La Acción Social Católica es un negocio que el hombre lleva a medias con Dios. ¿Quién ganará más y se aburrirá más pronto? *(para los pesimistas).*

Ahora una súplica

1911. Yo no sé si a mí me toca hacerla ni si será atrevimiento. Pero mi corazón me empuja a que la haga. Después de todo, hablo delante de mis Padres y Pastores y a ellos someto humildemente mi petición.

Si os desagrada, olvidad la petición y al que la hace.

Si os agrada, hacedla vuestra, calentadla con vuestro entusiasmo y olvidad también al que la hace, que eso no hace al caso.

Vedla aquí: Si el gran principio, el *gran motor* de la Acción Social Católica, como decía ayer el señor obispo de Vich, es el amor al Sagrado Corazón de Jesús; si Él ha hecho esas cosas en Huelva

y en donde quiera que se le busque con ganas, ¿no le agradaría a Él y nos convendría a nosotros el que se proclamara Patrono de la Acción Social Católica española?

Más aún; hablamos en Sevilla, la tierra clásica del culto a la Inmaculada, y si designio es de Dios, el salvar a la sociedad presente por el Corazón de Jesús, designio suyo es también porque lo ha dicho el Papa, el que a ese Corazón se vaya por María y precisamente en el misterio de su Concepción Inmaculada.

Así ¡los dos juntos! ¡El Corazón de Jesús y la Inmaculada Concepción!

¿Los queréis por Patronos de la Acción Social Católica española?[14].

¡Señores!

¡es hora de partir, el tren está formado!

¡Revisores, factores, a vuestro puesto! ¡Maquinistas, al Sagrario! ¡Corazón de Jesús enciende el fuego! Pueblo perseguido y explotado, ¡al tren!, ¡que toquen la campana! y... ¡a marchar!

HE DICHO

[14] La petición, recibida por el auditorio con atronadoras salvas de aplausos y señaladísimas muestras de entusiasta asentimiento, fue recogida bondadosamente por nuestro queridísimo Prelado, en el discurso de clausura de la SEMANA SOCIAL y propuesta al Consejo Supremo de la misma.